

ars
/ P

tela

JUAN MANUEL COTTA

RECREO FELIZ



LIBRERÍA Y CASA EDITORA

DE

JESÚS MENÉNDEZ

FUNDADA EN 1900

B. de Irigoyen, 136

BUENOS AIRES

1933

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

RECREO FELIZ

LABOR DEL AUTOR

LIBROS DE LECTURA APROBADOS

por el

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

- PAN (1er. grado inferior)
PERLITAS (1er. grado superior)
VUELO INICIAL (2º. grado)
UN PASO MÁS (3er. grado)
TIERRA HOSPITALARIA (4º. grado)
SURCOS Y ALAS (5º. grado)
EL COMPAÑERO ESPIRITUAL (6º. grado)

LIBROS DE LECTURA RECREATIVA, TEATRO ESCOLAR, ETC.

- LA OFRENDA DEL MAESTRO (Prólogo de
Víctor Mercante) agotado
LA ABEJA DE ORO agotado
EJEMPLOS agotado
EVANGELIO ESCOLAR agotado
HALT-WALT Aparecerá próximamente

VARIOS

- POEMAS HEROICOS agotado
BRIZNAS, SURCOS Y EVOCACIONES (Poesías) agotado
ARPEGIOS (Poesías) agotado

LAURELES (Poesías)	agotado
RETAZOS DE PAMPA (Cuentos)	
PEDAGOGÍA FESTIVA (Cuentos)	agotado
LÍNEAS PARALELAS (Poesías)	
¿DIOS ES AMOR? (Novela)	
UNA TESIS POSIBLE SOBRE LA CARIDAD	agotado

COLABORACIÓN LITERARIA

ZAMBA (Zarzuela. Música de Rodríguez Garay)	
LAS MADRECITAS (Zarzuela)	
	(Música de Rodríguez Garay)
COPITO DE NIEVE (Zarzuela)	
	(Música de Rodríguez Garay)
LAS DOS MUÑECAS (Zarzuela)	
	(Música de Rodríguez Garay)
HIMNO DE LA ESCUELA NORMAL DE QUILMES	
	(Música de Espoile)
NIDO ABANDONADO (Huainito) (Música de Otero)	
LA ESCUELA (Himno) (Música de Otero)	
LA HILANDERA (Canción) (Música de López Figueroa)	
MATERIAS PRIMAS (Zamba) (Música de Serpentine)	
ZAMBA (Música de P. Sofía)	
BANDERITA (Marcha) (Música de Lara)	
EL NIÑO (Recitado) (Música de Tur)	
HIMNO A FRANCISCO PODESTÁ	
	(Música de Verardini)
¡SEMBREMOS! (Canción) (Música de Rodríguez Garay)	
EL RESERO (Canción) (Música de Ayllón)	

Hecho el depósito de ley.

72.40
8/1-1

JUAN MANUEL COTTA

RECREO FELIZ

Poesías - Monólogos - Diálogos - Comedias
Cuentos - Anécdotas - Reflexiones
Para los Niños

(Prólogo del Dr. Ismael Moya)

(22)

LIBRERÍA Y CASA EDITORA

DE

JESÚS MENÉNDEZ

FUNDADA EN 1900

B. de Irigoyen, 186

BUENOS AIRES

1938

125 X 180

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRÓLOGO

CONSIDERACIONES ACERCA DEL AUTOR

El día que se componga una antología de verdad, consagrada al niño, el nombre de Juan Manuel Cotta ocupará en ella, y a justísimo título, un lugar de privilegio. Juan Manuel Cotta es maestro y poeta. No hubiera podido rectificar este bello destino señalado por Dios. El joven labrador de las campiñas chivilcoyanas, se acercó un día a la ciudad, con los ojos llenos de aurora y el alma purificada con la lección del cielo y del agua, del pájaro y del árbol; allí se hizo maestro. Su primer admirador fué, precisamente, el director de la Escuela Normal ⁽¹⁾, hombre de aguda penetración psicológica, que supo adentrarse en el alma lírica del alumno poeta y alentar sus vuelos. La vida puso muchas veces a dura prueba la vocación de Juan Manuel Cotta, al través de inmerecidas adversidades; pero, a la manera del claro río que, luego de sortear la piedra oponente, vuelve a su itinerario, tan lleno de sol y de armonías como antes, la vocación poética de Juan Manuel Cotta parecía renovarse, fortifi-

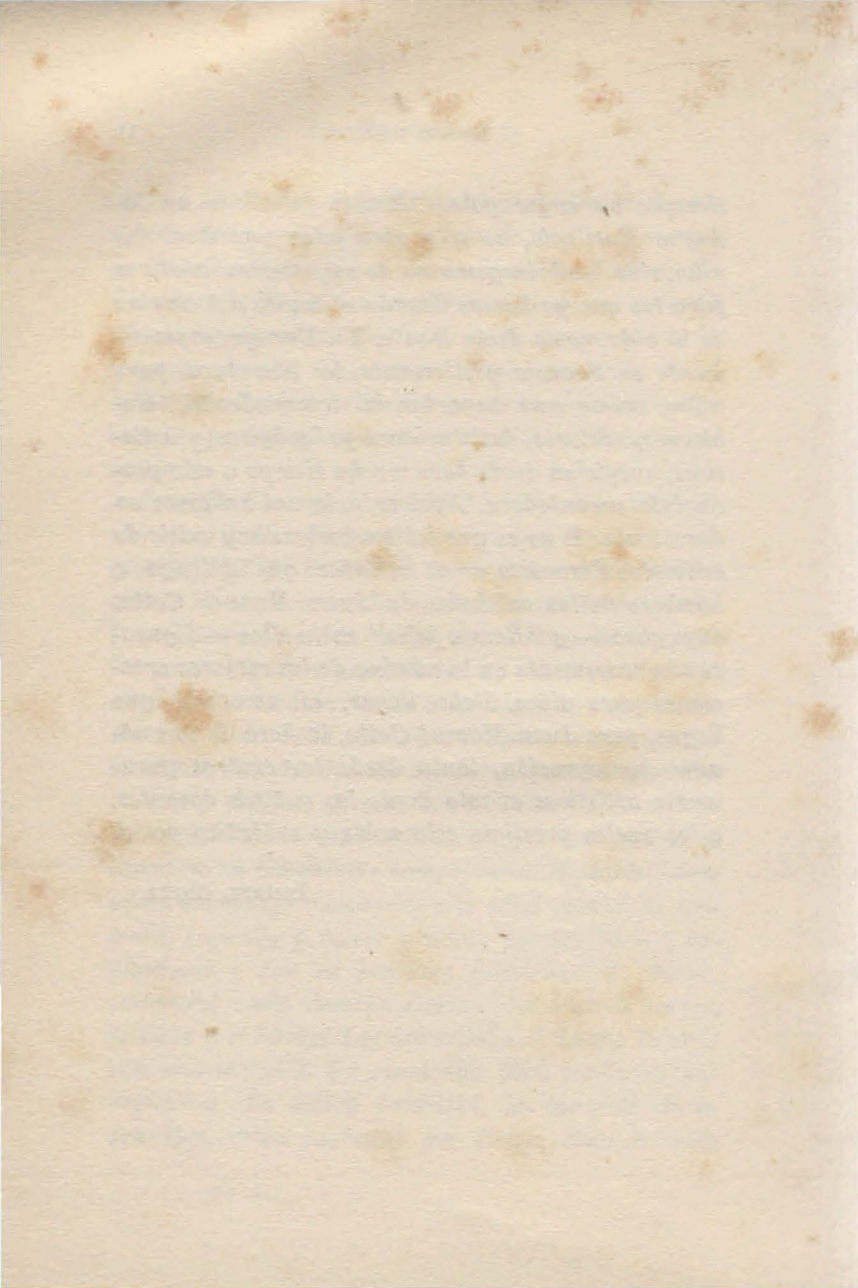
(1) Alejandro Mathus.

carse y ahondarse después de cada contraste. A esta altura de su vida, él sigue siendo tan poeta como en los días románticos de la Escuela Normal de Chivilcoy. ¡Magnífica confirmación de su autenticidad como artista! Cotta no es poeta porque se lo haya propuesto, sino porque tenía que serlo. Si el Ervar de Carlos Ortiz ara y canta, nuestro autor enseña y canta, que es una divina manera de sembrar...

Sencillez de agua, suavidad y espontaneidad de flor, hay en los versos de este poeta, cuya delicada sensibilidad de artista se ha reflejado tan nítidamente en la obra escolar y en la creación literaria. Un espíritu familiar anima las composiciones, de tal manera que, al escucharlas, se nos figura que el autor se las está cantando a los hijos de su corazón. En este libro bello encontraréis poesías apropiadas al niño del Jardín de Infantes, poesías que son caricia y música, de esas tan difíciles de encontrar en la maraña de antologías con que nos agobia el comercio en lamentable competencia. Hallaréis otras admirablemente adaptadas a la edad mental de primero, segundo y tercer grados; poesías breves, armoniosas y con su perfume filosófico. Y, luego, ¡advertid cómo domina Cotta los metros cortos, la rima y el ritmo! Los tetrasílabos a Laura Beatriz son una melodía. Es quizá más fácil cantarlos que recitarlos. La difícil facilidad, la novedad de la sencillez, están logradas por Cotta. Esto ha sido

siempre su mejor gala. "Recreo feliz" es un seductor florilegio, no sólo para solaz espiritual del niño, sino también generoso de sugerencias emotivas para los que ya hemos llegado al medio del camino de la vida, como decía Dante. En Europa, especialmente en Francia y Alemania, la literatura para niños asume una importancia trascendental. Gobiernos, editores, instituciones pedagógicas y artísticas, auspician desde hace mucho tiempo a esta producción encantadora. Aquí todavía nos hallamos en desventaja. Y no es que falten poetas: hay crisis de estímulo. Pero esto no es valladar que detenga a hombres de las calidades de Juan Manuel Cotta, cuya obra — y "Recreo feliz" entre ellas — figurarán honrosamente en la nómina de las mejores creaciones para niños. Debe llegar, es necesario que llegue, para Juan Manuel Cotta, la hora de la unánime consagración, tanto desde los centros puramente artísticos cuanto desde los centros docentes, a los cuales prestigia este noble y auténtico poeta.

ISMAEL MOYA.



EL POEMA DEL HOGAR

1800 1800 1800 1800

LOS VERSOS DE LAURA BEATRIZ

(AYER)

La luna
mi cuna
plateó.
El viento
su acento
me dió.

Chiquita,
buenita,
yo soy.
Señores:
Mis flores
os doy.

OTROS VERSOS DE LAURA BÉATRIZ

(Hoy)

¡Oh, luna
de ayer:
mi cuna
velaste.
Pasaste
después.

Un año,
dos, diez...
¡Extraño
mi cuna,
oh, luna
de ayer!

¿Tu plata?
No sé...
¡Ingrata!
¡Coqueta!
La diste al poeta.
¡Contempla su sien!

N O N O

El sueño en el péndulo
se hamaca: "Tic-tac"...
y sobre unos párpados
se quiere hospedar.

Anduvo cien leguas,
al cielo subió,
y en un rayo de oro
se vino del sol.

"Tic-tac"... Cansadito,
ya quiere bajar.
Ha visto esta frente
de nieve y coral.

El sueño se viene
como un caracol.
"Tic-tac"... en el pecho
hace el corazón.

"Tic-tac"... Ya está el sueño
sobre esta beldad.
Señor: haz que nunca
se le acerque el mal.

Sueñito, sueñito:
¡qué bien se durmió!
Mis brazos, su cuna;
su guardián, mi amor.

LOS VERSOS DE JUAN ÁNGEL

¡Ya es un hombre! ¡Tres meses! Tres hojitas
del árbol del destino. ¡Suerte! ¡Suerte!...
Que sea un vencedor con el arado
o con la idea... ¡Bah!, con lo que fuere.

Ya dice "Ajó". Ya dice muchas cosas
que la ignorancia nuestra no comprende,
y al agitar sus brazos en el aire,
pinta su porvenir como un vidente.

Laura Beatriz lo mira y lo acaricia.
—¡Ya somos dos! — exclama, y el pebete,
filósofo, poeta o mercachifle,
mirando cualquier cosa se entretiene.

Dos zapatitos más... dobles cuidados...
mal jornal... y los años se nos vienen...
¿Es más dolor? ¡Jamás! Esto es gran dicha
que los que no son padres no apeteen.

¡Venga el hombre a mis brazos! Algún día
yo bajaré a los tuyos en la muerte.
Tu madre quiere para ti la gloria.
Yo... ¡la gloria, también, si la mereces!

D O Ñ A L U N A

Anda doña Luna
por el cielo azul,
buscando la imagen
del niño Jesús.

La senda es de plata
y tiene un rosal
cubierto de flores,
bellas a cuál más.

En cada ramita
canta un ruiseñor...
Los niños, entonces,
rezan su oración.

Y cruzando nubes,
sobre un colibrí,
el sueño más lindo
llega del confín.

Sueño plateado,
yo sé quién te halló:
doña Luna Blanca,
la abuela del sol.

¡Arrorró! La Luna
del cielo se fué.
Dormida a estas horas
ya estará también.

LOS VERSOS DE BLANCA HELENA

Nubecita blanca,
orlada de sol:
¿No sabes mi nombre?
¿No sabes quién soy?

Mariposa inquieta,
dueña del rosal:
¿Por dónde esta senda
me conducirá?

Jilguerillo loco
del canto sin fin:
¿Seré buena siempre,
muy buena y feliz?

*(Una voz divina,
el eco de Dios,
dijo a Blanca Helena
esto que oí yo:)*

—¿Quién eres? La bella.
Irás hacia el bien.
Serás muy dichosa.
Triunfarás doquier.

Pero sigue siendo
buena. La bondad,
éjida es que afronta
el error y el mal.

C A N C I Ó N

Diablito de rojo,
diablito de gris:
este bribonazo
no quiere dormir.

Ven a aconsejarle
que hay que descansar.
—Me calzo en seguida; (*Ahuecando la voz*)
ya voy... — Tras... tras... tras...

(*Ruido de pasos*)

—¡Espera! No vengas.
Dímele al Señor
que mande al arcángel
con un ruiseñor;

Que el niño es muy bueno,
que no hace enojar
a nadie, y que quiere
mucho a su mamá.

Nono, nono, duerma,
que el diablo se fué,
y vela en su alcoba
la imagen del bien.

LOS VERSOS DE ROBERTO HORACIO

Miro hacia allá. Todo sigue
adelante, sin cesar.
El sureo es como una flecha
que hilvana a la inmensidad.
La quilla es noble energía
que va dividiendo al mar.
Las alas de la mecánica
o las del ave augural,
son la verdad y el ensueño
del hombre, este Ícaro audaz.
El riel que vibra es progreso;
el camino, un nervio más
que ata este pueblo a otro pueblo
para hacer firme la paz.
La palabra, en el espacio,
anda en plena libertad
sembrando amor, poesía,
ciencia, afanes, caridad...
Miro hacia allá. Junto a todos
me esfuerzo y sigo a la par.
Yo quiero ser buen obrero;
yo quiero ser mucho más:
patriota, poeta, sabio...
¡hombre! Precioso ideal:
¡Ser hombre! Yo he de ser hombre.
Por eso miro hacia allá,

LA SUERTE DE LOS MALOS

Anda un mosquito
sobre mi tul.

¡Qué serenata
con su rum-rum!

¿Me querrá tanto?
¡Vaya a saber!
(Viene la abuela
yo no sé a qué).

¿Se fué el mosquito
o se calló?

¿A esa viejita
teme el bribón?

Hay leve sombra
en la pared.
La abuela apenas
la puede ver.

Con la bujía
se acerca, y ¡zás!,
algo en la llama
se oye estallar.

¡Pobre bandido!
No hay que hacer mal
a los que viven
en santa paz.

También castiga
duro la ley
a los que olvidan
cómo hay que ser.

CABALLITO DE MADERA

Me detengo frente a un cerco.
Perros, chicos, hombres... Gime
cierto vals un organillo
desdentado. El paso firme,
gira a ciegas el jamelgo.
Un zanguango en alto imprime
movimiento a la sortija,
mientras a unos u otros dice:
“¡Una vuelta al que la saque!”
Los muchachos, recio, insisten;
se golpean las muñecas;
caen, se alzan, gritan, ríen...
Ahora toca “San Lorenzo”;
van diez discos y son quince.
Se remueve la clientela.
Yo me quedo con mis “pibes”.
“Otra vuelta” — dice Blanca.
Roberto, “otra”. Juan sonrío...
(A sus ansias, sus doce años
con vigor de acero inhiben).
Laura, ayer, su caballito
enfrenó. Mas, ni por chiste

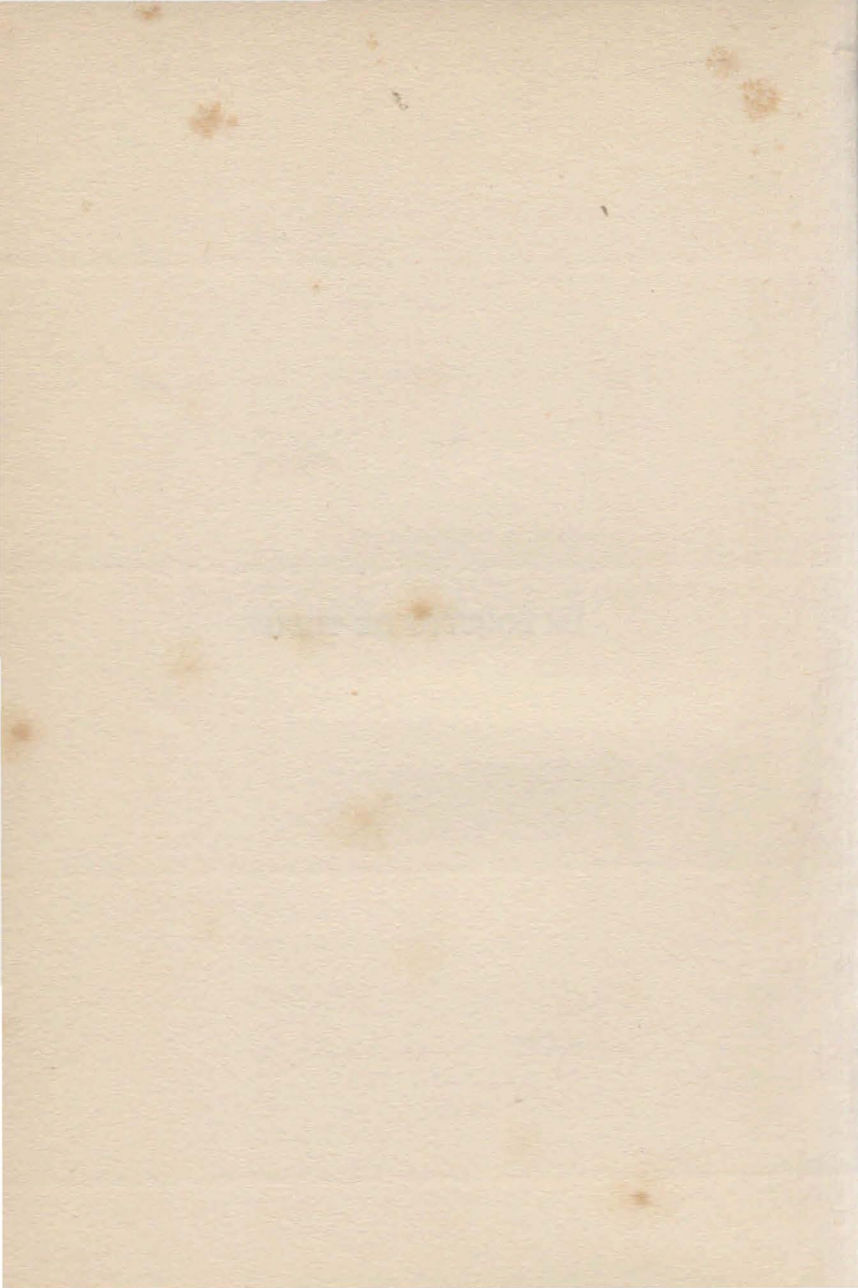
el recuerdo acepta. En cambio
yo me he puesto serio y triste.
Yo jamás di cuando niño
una vuelta. Cuando quise,
razonaron: "Si tú tienes
tu petizo", "Cierto" — dije,
y en la estancia, a mi regreso
ensillé a mi brioso "Chiche",
y por lomas y cañadas
galopando largo fuíme.
Pero no era mi petizo.
No era el campo eso. ¡Sublime
sueño casto! Yo viajaba
por un mundo azul, sin límites,
en un pingo de madera.
Hoy me hirió el ansia terrible
de evocar aquello. Y pienso
que de aquello nada existe.
¡Calesitas, calesitas!...
La existencia se resiste
a sacar otra sortija.

.....
.....

.....

—¡Vamos, hijos! — reconvine
a los dos pequeños. Pronto
regresamos. Pero aun vive
ese instante. ¡Fantasías
de los hombres y los pibes!

UN POQUITO DE TODO



TA - TE - TI

Este triangulito
— “vida”, “pan”, “amor” —,
tiene sus tres vértices:
“mamá”, “papá”, “yo”.

Yo soy en el mundo
simple ta-te-ti
que jugó el destino
con un serafín.

Los tres, tres miguitas
somos, que hizo Dios...
¡Ta-te-ti! ¡Ganamos!
¡Mamá! ¡Papá! ¡Yo!...

COPITO DE NIEVE

Este copito blanco
bajó del cielo;
está muerto de frío,
muerto de sueño.

Voy a ver si la estufa
conserva fuego.
Duerme, copito blanco,
mientras yo velo.

¡Ay! Malito, te fuiste.
¡Ingrato! ¡Feo!
¿Por qué es así el copito
de nieve, abuelo?

—Pregúntale a mis canas
por qué vinieron
y por qué, aunque las quieras,
se irán muy lejos.

(Se puso el cielo obscuro,
nevió muy lento.
El anciano y la niña
se adormecieron).

LA BANDERA

Azul-celeste y blanca
es mi bandera.
No la manchó el oprobio
ni aun en la guerra.

Es un lienzo de gloria
que no alardea.
Va la paz en sus pliegues
siempre sin mengua.

Belgrano soñó un día
su imagen bella
y San Martín llevóla
por toda América.

Al frente de sus huestes
irá doquiera
jalonando el progreso
con sus escuelas.

Cuando cruza los mares,
su caudal lleva,
de mieses sazonadas,
de amor, de ideas.

¡Salud, enseña amada,
mi augusta enseña,
símbolo de justicia,
no de la fuerza!

DÍA DE REYES

Jamás los zapatitos pretendientes
faltaron del umbral. Eran pequeños,
sin correas ni hebillas. ¡Ay!, sus dueños
eran tres muchachitos inocentes.

Yo vi a los tres muy tarde, impertinentes,
espíar, y en la pared hacer diseños.
Debían rebullir raros ensueños
en las combadas líneas de sus frentes.

Supe que al alba estaban en la puerta,
cuando trajeron la abuelita muerta
con la limosna escasa de esa noche...

Niños que tenéis mesa, padres, leyes,
benigno Dios... ¡pedid a los tres Reyes
que en el humilde hogar, den con derroche!

MOTIVO RURAL

Azul está el cielo,
claro el arenal.
La luna... un globito
para carnaval.

La noche se emponcha,
y hacia la ciudad

galopa en el viento
tendiendo el cardal.

Caminito clásico:
polvareda y, tras,
rumor de herraduras,
silbido que va.

Y en la encrucijada
de la calle real...
¡se acabó el cuadrito
que quise pintar!

POMPA DE JABÓN

Dí, preciosa: ¿Qué pretendes?
¿Ir al cielo a ver a Dios
en el globo cristalino
de esa pompa de jabón?

¿No contestas? ¿Soplas, soplas?
Ya se rompe... Ya... ¡Una... dos!...
Así son las vanidades
que infla a veces la ambición.

Tú, mañana, aspira, asciende
mientras no oigas que una voz
te aconseja: "¡Ten prudencia,
que al final está el dolor!"

«¡Cuántas vidas no supieron
escuchar su corazón
y acabaron como acaba
cualquier pompa de jabón!»

CAMPANITA ESCOLAR

Campanita buena
del nítido son:
tu suave canción
no produce pena.

Después que la aurora
nos llama al trabajo,
constante el badajo
nos grita: "Ya es hora".

Y entonces su suela
gasta el chico astuto
o el que ni un minuto
malogra en la escuela.

¡Oh! Tú nunca vibras
notas de dolor.
Un numen mejor
alienta tus fibras.

Y si hay en la casa
un duelo, enmudeces,
y al sentir con creces
la desdicha pasa.

Tu bronce no canta
ningún credo grave.
“Venga el que no sabe”,
dices pura y santa.

Y bajo tu techo,
con cariño ingente,
se abulta la frente
y se ensancha el pecho.

Campana sublime,
campana escolar:
tu dulce cantar
es el que redime.

Campana sonora
como el yunque obrero:
hasta el rabonero
acaso te adora.

Campana cuyo estro
atizan cien musas:
si llamas, ¿qué excusas
pondrá el ocio nuestro?

Campana de paz,
campana de amor:
que nunca el rencor
empañe tu faz.

Y que ni la envidia
y que ni la saña,
por empresa extraña
te pongan en lidia.

LA CABALLERÍA GAUCHA

Sobre sus briosos corceles
van los valerosos gauchos.
Semejan un escuadrón
de corredores centauros.
Sus rústicas lanzas llevan
endemoniado entusiasmo.
Tiembla la pampa y el monte
bajo el tropel de sus cascos.
No entienden de disciplina
ni escuchan voces de mando;
pero no vuelven la espalda
ni a la muerte tienen asco.
Saben que es noble la causa
por la que lucha Belgrano;
saben que si les va bien
serán libres en sus campos.
Ayer, con el alma ardiendo,
respondieron al llamado
que en trance tan azaroso
hizo el pueblo tucumano.

Suena el clarín. Nadie tira
las riendas con débil mano.
En ruda carga arremeten
como escuadrones del diablo.

No hay orden que les obligue
a volver. No queda espacio
sin que en seguida se llene.

Y aunque el cañón abre claros,
nadie tiembla, nadie implora:
se baten como espartanos.

Las bayonetas se doblan
en sus pechos acerados.
Si rueda el potro, allí mismo
ruedan en su ley: peleando.

Son fieras que no se doman,
y se parecen al rayo
que va, que nunca regresa,
pero que al ir hace estragos.

Al fin la fuga enemiga
dejó en las hierbas sus rastros.

Recia entonces la charanga
improvisó heroico canto
que parecía decir:

“Los argentinos triunfaron
en Tucumán, con la ayuda
de sus intrépidos gauchos”.

BATALLA DE CASEROS

Ved las huestes entrerrianas
y sus valientes aliados:
cruzaron el Paraná,
ya galopan sobre el llano,
ya están junto a Buenos Aires
dando pavor al tirano.
Traen el único medio
de romper el yugo bárbaro:
el empuje de las lanzas
contra el error hecho callo.
Como el bisturí que cura
hundido en el pecho amado,
hiriendo recio y profundo
se convencerá al hermano...
¡Dolor y último recurso
que ya se ha justificado!
Un influjo heroico atiza
sin duda a todos los bandos;
mas, unos van con buen rumbo
y otros con rumbo extraviado.
Rosas tiene hombres valientes,
aunque los más son sicarios.
Los de Urquiza son de fibra
y en sus filas se han templado.
Unos son los eslabones
del despotismo nefando;
otros son las fuertes hachas

que descuajarán lo malo.
Ya se miran. Se acometen.
El cañón ya está tronando.
Corren, caen los jinetes,
huyen solos los caballos,
se revientan los fusiles,
se arrodillan los soldados,
se enronquecen los clarines
y los sables se hacen arco.
Retrocede la mesnada
y huye vencido el tirano.
“¡Libertad! ¡Gloria!”, se escucha
de un extremo a otro del campo,
y la única bandera
que aquí y allá ha flameado,
aunque con manchas de sangre,
como si estuviera orando,
anuncia: “Por fin haremos
tangibile el sueño de Mayo”.

A SAN MARTÍN

San Lorenzo fué tu ensayo de león americano,
pero en Cuyo concebiste pensamiento soberano
y en los Andes te mediste como un águila caudal.
Por Los Paños y Uspallata tus altivos granaderos,
tus infantes aguerridos, tus serenos artilleros
avanzaron cimentando la anhelada libertad.

Maipú y luego Chacabuco consagraron tu memoria;
desde entonces fué tu esclava donde quiera la
[victoria,
de la cual nunca sacaste ni un provecho personal;
pero América la invicta, al rever sus anaqueles
y al saberse tu deudora, te prodiga sus laureles,
y así dice al consagrarte: “¡Fué el más grande
[Capitán!”

En la tierra de los incas culminó tu trayectoria;
pero, humilde, te alejaste aun nimbado por la gloria
y buseaste heroico exilio repasando el hondo mar.
Te olvidaron los ingratos, y la muerte, al encon-
[trarte,

no hizo más que descubrirte, no hizo más que
[levantarte
de un envión a lo más alto de tu eterno pedestal.

San Martín, padre sin tachas: Yapeyú será el
[santuario
sin mancha de la Historia, y también el corolario
de tu vida, en todo instante, por cien rasgos,
[ejemplar.
Yapeyú será el emblema del Ejército Argentino.

Yapeyú, cuna del Grande: Quien se ponga en tu
[camino
ha de honrarse, y si ha faltado, se podrá regenerar.

EN BUSCA DE UNA MADRE

Ansiando el Rey hallar en sus dominios
alguna madre digna de su Dios,
escoltado por pajes y lebreles,
una mañana límpida partió.

Ganó la selva, y donde vió una choza
detuvo su corcel y preguntó:

—¿Qué harás de tu hijo?

—El buey que lleve a cuestas
la carga de mis años...

—Bien. ¡Adiós!

Cruzó el arroyo y al bajar la falda
dijo a la esposa fiel de un leñador:

—¿Qué harás de tu hijo?

—El lienzo delicado
que en mi desgracia ciña mi dolor.

El Rey, sin vacilar, clavó la espuela
y, por el llano, en el confín se hundió.

Grave la noche su crespón tendía.

El Rey la rienda a su corcel soltó.

No lo escoltaba ni un lebrel, ni un paje...

Todo en su furia el bruto separó.

Donde la tenue y amorosa llama
de humilde hogar brillaba, se apeó.

—¿Qué buscáis, peregrino? — dijo un labio —,
y respondióle el Rey:

—¡Una ilusión!

El labio continuó:

—Tales manjares,
no hay en mis arcas, pero tengo amor,
y fruta y miel, y perlas de los nidos
y, en vez de vinos, agua.

—¡Por favor!

díme: ¿eres madre? — preguntó el monarca.

—¡Sí! — la mujer con altivez gritó.

—¿Qué harás de tu hijo?

—Un hombre que posea
en lugar de cerebro, un corazón!

—¿Para que guarde gratitud de cuanto
le das sufriendo?

—No ofendáis, señor,
a una madre...

—¡La madre que buscaba
para honrarse tu Rey! — el Rey juró,
y se fué, y tras su fuga voló el eco
de la madre que alzaba su oración.

COMBATE DE SAN NICOLÁS

Tendidas las blancas lonas
van bogando las goletas.
La “25 de Mayo”
es tal vez la más velera.
Detrás viene la “Invencible”
y a babor de ésta, la “América”.
¿Dónde van cuando ni tienen
seguro el lienzo en la entena?

Aves del mar, se aventuran
donde soplan las tormentas.
No temen a la onda móvil
ni a la brisa traicionera.
Llevan fibra en el timón
y muy buen viento en las velas.
El enemigo que tiene
varones, también sin mengua,
las ve salir, las atisba
y las escolta de cerca.
Cuando las tiene a distancia
conveniente, las rodea
y abre el fuego poderoso
que pone balas certeras.
Cual si aguantara el dolor,
el río patrio se encrespa
la vez que un raudal de sangre
sobre su lomo gotea.
Acribilladas, las naves
de Azopardo, se repliegan
hacia la costa buscando
algún apoyo de tierra.
Romarate las acosa
y al abordaje les entra.
Hay cien luchas cuerpo a cuerpo,
pero ninguno se entrega.
Cuando la suerte se vuelve
para los libres adversa,
corre abnegado Azopardo

munido de ardiente mecha.
Va a volar a Santabárbara
cuando un grupo se intercepta
y en dura lucha lo tiende
herido sobre cubierta.
¡Bendito el varón que sufre
por desatar sus cadenas!
¡Bendito el afán al cual
no puede acallar la fuerza!

LA CANCIÓN DE LAS PLANTAS

¿Quiénes no han tenido en su humilde huerto
un rosal siquiera? ¿Cuál ha sido el muerto
que dos siemprevivas no tuvo en su fosa?
¿Qué abeja, o qué ave o qué mariposa
buscando el bosque no cruzó el desierto?

Las plantas son algo del hombre. Las plantas
son novias bonitas o son madres santas
que nos dan su sombra, que nos dan su abrigo,
que nos dan su savia... ¡No conozco amigo
más noble que un árbol! ¡Árbol, tú me encantas!

Árbol generoso, árbol rico y bueno,
rey de la comarca, madre en cuyo seno
anida la alondra, se aduerme el estío:
árbol, yo te adoro; árbol, padre mío:
¿por qué si el verdugo te hiere me apeno?

¿Seremos hermanos? Allá, en el abismo de la vida, donde se afana el tropismo (1), tus células blancas, mis células locas casi se confunden..., ¡ay!, y hasta las rocas tú sabes que tienen algo de mí mismo.

Tus antepasados (2) que hoy guarda la tierra son más que los míos, y el hombre se aferra por desenterrarlos para darles fuego en hornos, en fraguas y hogares y, luego, lanzarse al trabajo, lanzarse a la guerra.

La fábrica que alza gentil chimenea, en cada engranaje y en cada polea lleva el alma, acaso, de tus viejos muertos, cual llevan tu savia todos tus injertos, cual llevan mis hijos mi sangre o mi idea.

Palmeras robustas, frondas africanas que son faros o ubres de las caravanas que van al Egipto, que van a Liberia; árbol de la estepa, liquen de Siberia, musgo de los polos y las cumbres canas:

Yo canto a los frutos, yo canto a las flores, yo canto al reparo que dais sin rencores

(1) Tendencia de la planta hacia la luz, la humedad, el calor, etc., impulsada por las vitales necesidades de sus células.

(2) La hulla.

a las alimañas, al hombre y al río,
y a un sauce mis dulces ensueños confío
y a un rosal le cuento todos mis dolores.

¡Oh!, palmas valiosas que los vencedores
helenos lucieron colmados de honores:
yo quisiera un día, aun el de la muerte,
lucir otras palmas, y sentirme fuerte
como Aquiles o esos grandes trovadores.

Bosques de Fenicia, que a la mar cayeron
y que en muchos rumbos la mar recorrieron
llevando el comercio, la guerra y la gloria:
he soñado mucho leyendo la historia
de las aventuras que os acontecieron.

Las tres carabelas de Colón, crujientes,
eran de haya o pino; también los valientes
que las tripulaban eran recios, graves,
como las encinas. Carabelas, naves,
carroñas del bosque sobre las corrientes...

Si el bosque no hubiera arrancado de cuajo
vuestros duros tallos, estaría aún bajo
del viejo horizonte la sombra de América,
y en vano el piloto diría: "Es esférica
la tierra que rueda cual rueda un andrajo".

Cruces sepulcrales que he visto en el cieno:
de un árbol salisteis. Cruz del Nazareno:
un árbol gigante te dió su madera.

Bordón de mendigo y asta de bandera:
sois rajas de otro árbol... ¡Todo árbol es bueno!

Todo árbol es noble. Quien sufre, quien llora,
invocando a un árbol, pida sin demora,
frutos para el hambre, flores para el llanto...
El arpa más bella, la de mejor canto,
de un árbol es carne que vibra sonora.

Mi cuna fué un árbol. Otro árbol dió todo (1)
para que se alzara mi choza del lodo.
Tal vez cuando acabe conmigo el destino,
me guarde una caja hecha de un espino
o hecha de un abeto que riego y que podo.

Ninguna ponzoña me ha herido tan hondo
como la de pena terrible que escondo
desde que un invierno tronchó cien laureles...
Pena igual me abate cuando los claveles
marchitos se ahogan de un vaso en el fondo.

No sé de otro drama que más me afligiera
que aquél de la sacra, prolífica higuera
que el patio adornara del viejo Sarmiento.
La vez que esto evoco se me va un lamento
más triste... tan triste cual si me muriera.

(1) Desde esta estrofa, hasta la penúltima, puede utilizarse la poesía para la recitación en la escuela primaria y grados superiores. Lo demás es para jóvenes y personas de mayor edad.

Troncos que en otoño, cuando yo era niño,
fuisteis a la estufa, blancos como armiño;
troncos que los vientos locos derribaron.
¡Ay! Cual vuestras hojas, los años rodaron,
mas yo os he guardado profundo cariño.

¡Y las avecitas? Cada cual su nido
tenía en las ramas bien entretejido.
¡Pobres avecitas! Las barrió el acaso.
Perdieron el árbol que era su regazo.
¡Perdimos el árbol!... ¡Cuánto hemos perdido!

¡Hombres: si del Orco piso los umbrales,
echadme en un foso y plantad rosales,
que den gajos verdes y cárdenas rosas
donde vayan siempre muchas mariposas,
y a la caza de ellas, muchos colegiales!

G Ü E M E S

Fué el centauro americano portador de la victoria;
donde muchas fracasaron, alcanzó envidiable gloria,
donde muchos sueumbieron se elevó como un titán,
y es por eso que su nombre se recuerda donde quiera
y va acaso en las tres franjas de nuestra ínclita
[bandera,
señalando el mejor rumbo, como un índice virtual.

Era un hito inconmovible. Donde más hacía falta se exponía defendiendo las fronteras de su Salta, o volaba con sus gauchos hacia el norte de Jujuy. El repique de los cascos de los épicos corceles, con jinetes avezados a cubrirse de laureles, azoraba al enemigo concentrado en Potosí.

Ni la lluvia penetrante con sus dardos cristalinos, ni los vientos aulladores como bandas de caninos, ni el estío sofocante con su aliento embotador, ni la noche pavorosa ni el boscaje traicionero, ni el torrente fragoroso ni el audaz desfiladero detuvieron el empuje de su clásico valor.

Predilecto hijo de Marte, como Ulises, como Aquiles, jamás supo de derrotas ni aguantó yugos serviles; jamás tuvo treguas mansas ni durmió sin vigilar. Su alma noble y vigorosa, su alma casi siempre en
[flama,
se agitó en todos los campos semejante a una
[oriflama
azotada por las rachas de frenético huracán.

Forjador de cada fibra y tal vez de cada idea, en cada hombre de sus huestes, encendió radiosa tea en los pechos generosos de los criollos del redor, y enseñó el nombre de patria con ejemplo de alta
[estima,
unas veces sobre el llano y otras veces en la cima, al amparo de los cerros o cuadrado frente al sol.

El honor y la victoria sin cesar llevó consigo;
lo elogió en brillantes partes el intrépido enemigo;
señalaron los más doctos su talento singular,
y la Historia ha calculado que su acción en la
[frontera
fué un alerta al mismo tiempo que una rígida
[barrera
resguardando los destinos de la augusta Libertad.

¡Ay! Por eso, cuando el hado misterioso, grave y
[triste,
dijo al pago dando un grito: “¡Martín Güemes ya
[no existe!”
sonó un llanto en cada fila y otro llanto en cada
[hogar,
y se cuenta que en desbande, por las peñas y los
[bosques,
aun las sombras de los gauchos, rastreadores como
[gozques,
van en marcha preguntando por su egregio Capitán.

FÁBULAS E HISTORIETAS

LOS DOS CAPITANES

Por el mar de las torvas ambiciones,
en aquella sin par, terrible andanza,
iba el ancho bajel de la esperanza
encarando al destino y los ciclones.

Tripulábanlo dos bravos varones,
capitanes los dos de gran confianza,
cuyas glorias, el fiel de la balanza
igualaban, tras mil oscilaciones.

Por necia emulación, bajo el retumbo
del mar, riñeron, y al torcer el rumbo,
tragó al bajel, enfurecido, el mar.

Entonces, un albatros enigmático,
dijo, como si fuera un catedrático:
“Para un solo bajel, un capitán”.

NUEVO JUEZ DE UN VIEJO PLEITO

Aún la calumnia
de un tal *Lafontén* (1)
fué llevada al fuero
de Gorrión, gran juez.

Según la leyenda
del sabio francés,
trabajó la Hormiga
con amor y fe.

La Cigarra en lo alto
de un alto laurel,
cantó noche y día
como a somatén.

Llegado el invierno,
el hambre más cruel
sufrió la cantora
y luego el desdén;

Porque doña Hormiga
rechazóla: — Usted
su premio ha cobrado,
yo el mío también.

(1) Autor francés de la fábula titulada "La Cigarra y la Hormiga". Se escribe *Lafontaine*.

Cigarra responde:

—¿Mi premio? ¿Por qué?

¿No vale la música?

¿No le hizo a usted bien?

¿No van las legiones
con bandas? Después
que obtienen el triunfo,
¿no cantan? ¡Pardiez!

¿No cantan las madres
y en la iglesia el fiel?
Zumbando, la abeja,
¿no nos da su miel?

No hallando la Hormiga
qué idea oponer,
le dice: —Veamos
a don Perapel.

Caminan muy serias.
¿Qué irá a suceder?
Los frutos maduran.
Filosofa el buey.

—¿Qué quieren, señoras? —
pregunta cortés
Perapel. Responden
ambas: —Señor juez...

—Disculpen. Soy parte.
Doña Hormiga, usted,
me roba las flores,
me hace padecer...

—¡Bribón! — Más despacio.
(Cigarra esta vez
rió largo, muy largo
su: “Je, je, je, je”).

Pero de repente
dijo Perapel:
—La Cigarra canta
y es mi parecer,

que el canto es tan bueno
para vivir bien
como el pan y el oro,
y es oro a su vez.

Disgustada Hormiga
interrogó al buey
y éste aconsejóle
buscar otro juez.

El gran magistrado
en ese cuartel,
era un gorrioncillo
tragón como un pez.

Bajando de un gajo
dijo: —Las oiré.
(Hormiga y Cigarra
dieron buen traspiés).

¡Zás!... De un picotazo
las tragó y se fué.
Codiciando un higo
sentenció después:

“ Señoras que fuisteis
“ dos vidas ayer,
“ oídme y contadlo
“ como os lo diré:

“ *Todos en el mundo*
“ *cumplimos la ley*
“ *de vivir. Tratemos*
“ *más nobles de ser*”.

“ *Por tanto, en el labio*
“ *ni en el pico esté*
“ *jamás la calumnia,*
“ *mortífera hiel*”.

EL PEDESTAL DEL ÁGUILA

Envidioso al juzgar cómo volaba
un águila caudal, el pobre mono

sentía en las entrañas el encono
que con diestra potente le estrujaba.

La vez que el ave por allí pasaba
en incursión de plácido abandono,
de un ciprés alto en el ramoso cono,
del alba hasta la noche, él vigilaba.

Cansado de aguardar, tuvo la idea
de descargarle bárbara pedrea
con la ayuda de todo el arrabal.

¡Vil empresa! Formada una montaña,
vió sobre ella posarse esa mañana,
indiferente, al águila caudal!

EL MUÑECO SABIO

Un charlatán, en la feria
mostraba un muñeco en lo alto,
diciendo: “Vamos, pregunten
que ha de ponerlos al tanto
de sus negocios, sus ansias
y de todo...”

Dió dos pasos
un chico, pagó, y el hombre
(ventrílocuo consumado
y audaz sin par en el mundo),
dijo: “Tú serás un santo
si no robas caramelos

y me das otros centavos”.
Echó el tonto una propina
y se fué alegre, saltando.
El charlatán gritó: “Pasen
que aquí está lo que han buscado”.
Una madre, vieja, enferma,
rogó: “Señor: he llorado
diez inviernos miserables
por mil huellas, caminando
en pos de un hijo que un día
se fué, tal vez engañado”.
—Págueme — dijo el perverso —
y sabrá por esos labios
dónde está...

—¡Falso! — gritóle
su ayudante, y ya excitado,
destrozó el muñeco. Luego
dijo: “¡Madre! De tus brazos
se fué mi inocencia tras
de esta ficción. ¡Hombre malo!
¡Faltándole el corazón
así fuera todo un sabio!

Se echó el mozo de rodillas
y rompió el corro en aplausos.
Palabras no halló la madre,
pero su abundante llanto
fué la gratitud más pura
que Dios recogió en sus manos.

CÓMO APLAUDEN LOS PERROS

Extrañóse un anciano que marchaba en santa paz, por su áspero camino, del tesonero afán con que un canino hasta sangrar la boca, le ladraba.

—Yo te doy las piltrafas — le gritaba — cuando en las Pascuas mato algún porcino; yo te libré una vez de un mal vecino que a arreglarte las cuentas se acercaba.

Su burro rebuznó: —Sabe todo eso y que le has dado pan, azúcar, queso, que no echó ni echará nunca en olvido.

—Entonces — gritó el viejo —, ¿por qué ladra? Respondió el burro: —Porque así le cuadra. Y no te odia... ¡Su aplauso es su ladrido!

RATA, RATÓN Y RANÚN

Si me prestan atención
los sapitos de la noria
contaré la linda historia
que sigue a continuación:

Ranuti Ranún, el nieto
de abuela Rana Ranina,

muy sí señor se encamina
a lo de Ratín Ratón.
No le falta la chistera
ni su jaquet de remojo.
¡No tiene el tipo mal ojo
ni desperdicia ocasión!

Su abuela, siempre prudente,
le recomienda buen tino,
y le dice: —Tu camino
palmo a palmo mirarás.
—¡Pierde cuidado! — Ranuti
le grita desde la acera
y alza en alto la chistera
mirando un tanto hacia atrás.

Muy pronto dió con Ratín,
que no iba menos paquete.
Más de un vampiro pobrete
los miró con atención.
A casa de doña Rata,
la de los ojos brillantes,
se encaminaron campantes
Ranuti y Ratín Ratón.

Había allí francachela
con Roquefort y Champaña.
El baile, que jamás daña,
alegraría el festín.
Cuadrado en noble actitud

quedó a la entrada Ranún.
Con el aldabón, "tun-tun",
hizo dos veces Ratín.

—¡Cuánto placer! — doña Rata
dijo al verlos, muy cumplida.
Y los mozos, en seguida
hablaron con emoción:
—Ranuti Ranún, celebra
su belleza, ilustre dama.
—¡Admirador de su fama
es también Ratín Ratón!

Mientras Ratín sus ojazos
en la princesa fijaba,
Ranún casi le tragaba
la mano que fué a besar.
Doña Rata, muy coqueta
y halagada repetía:
—¡Esta rara cortesía
se tiene que celebrar!

Pasaron al comedor
y sentados a la mesa
vieron llegar la cerveza,
con singular emoción.
La dueña bien generosa
llenó los vasos cien veces.
¡Bebieron para diez meses
Ranún y Ratín Ratón.

Viéndolos bien humorados
les dijo así doña Rata:
—Hoy que no ronda la Gata,
¿quieren ustedes cantar? —
Ratín y Ranún oyeron
a la princesa turbados:
—Estamos algo resfriados —
atinó Ranún a hablar.

Mientras Ratín encendía
el habano que encontraba,
Ranún hábil se excusaba
de este modo bien gentil:
—Usted lo hará como nadie,
doña Rata noble y bella,
a quien envidia la estrella
y la rosa del pensil.

Sin dudar de los tunantes
—mozos de chispa y de garra —,
doña Rata la guitarra
comenzó suave a tañer.
—¡Delicioso! — le dijeron.
Ella creyó a los bandidos,
y duplicó los chillidos
con vanidad de mujer.

Pareciéndole oportuna
a Ranún la musiquilla,
invitó desde su silla

a Ratín, para danzar.
Y tambaleantes bailaron
minués, zambas y algún cuando,
sin pensar que iba llegando
Doña Gata Gatomar.

¡Señor! Dos ojos de fuego
iluminaron la sala.
De un zarpazo como bala,
tendido quedó Ratón.
—¡Rico es esto con cerveza —
doña Gata gruñó fiero.
No dejó luego ni el cuero
y se acostó en un rincón.

Mientras huía, doña Rata
topó con dos recios gatos.
Ninguno de sus zapatos
para muestra allí quedó.
—¡Bien sabroso — ambos dijeron —,
el banquete de este día!
(En una cervecería
uno después se empleó).

—¡Piernas, para qué las quiero! —
Ranún decía en la huída.
El hombre aprecia la vida
cuando el peligro es mayor.
El niño guarda el juguete
cuando el azar lo destroza.

Ya deshojada la rosa
parece mucho mejor.

Le volaba la corbata,
quedó lejos la chistera
y bullía en su mollera
el consejo maternal.
Era tarde. En la llanura
ni una charca se veía
ni cuevecita se abría
para aliviar tanto mal.

—¡Al cabo un túnel! — se dijo
Ranún, ciego de alegría,
y con su terror por guía
como un bólido allí entró!
Pato, que hambriento ese instante
en el lago bostezaba,
dijo: —No me lo esperaba —
y con gran gusto almorzó.

Al pie de su hongo-palacio,
abuela Rana, doliente,
al rezar devotamente
invoca a su regalón:
—No escuchaste mi consejo,
y bebiste hasta enviarte...

*¡Quién del buen rumbo se aparte
hallará igual perdición!*

POLILLA

Polilla no vuela...
Polilla es un gozque
de Blanca y Roberto.
Polilla es muy joven.

Polilla, no obstante
sus años, se impone.
Alguien ya lo dijo:
"Si parece un hombre".

Lo respeta el sapo
que sale a las doce;
la Overa y el Negro
le dicen muy dóciles:

"Miau... miau". Con orgullo
Polilla responde:
"Guau... guau". (Yo no entiendo
de esta habla un palote;

Pero se me ocurre
que al cabo, en el orbe,
dos gatos y un perro
destruyen un mote).

Cuántas ocasiones
la abuela observóme:

“Como perro y gato”.

“No pareces hombre”.

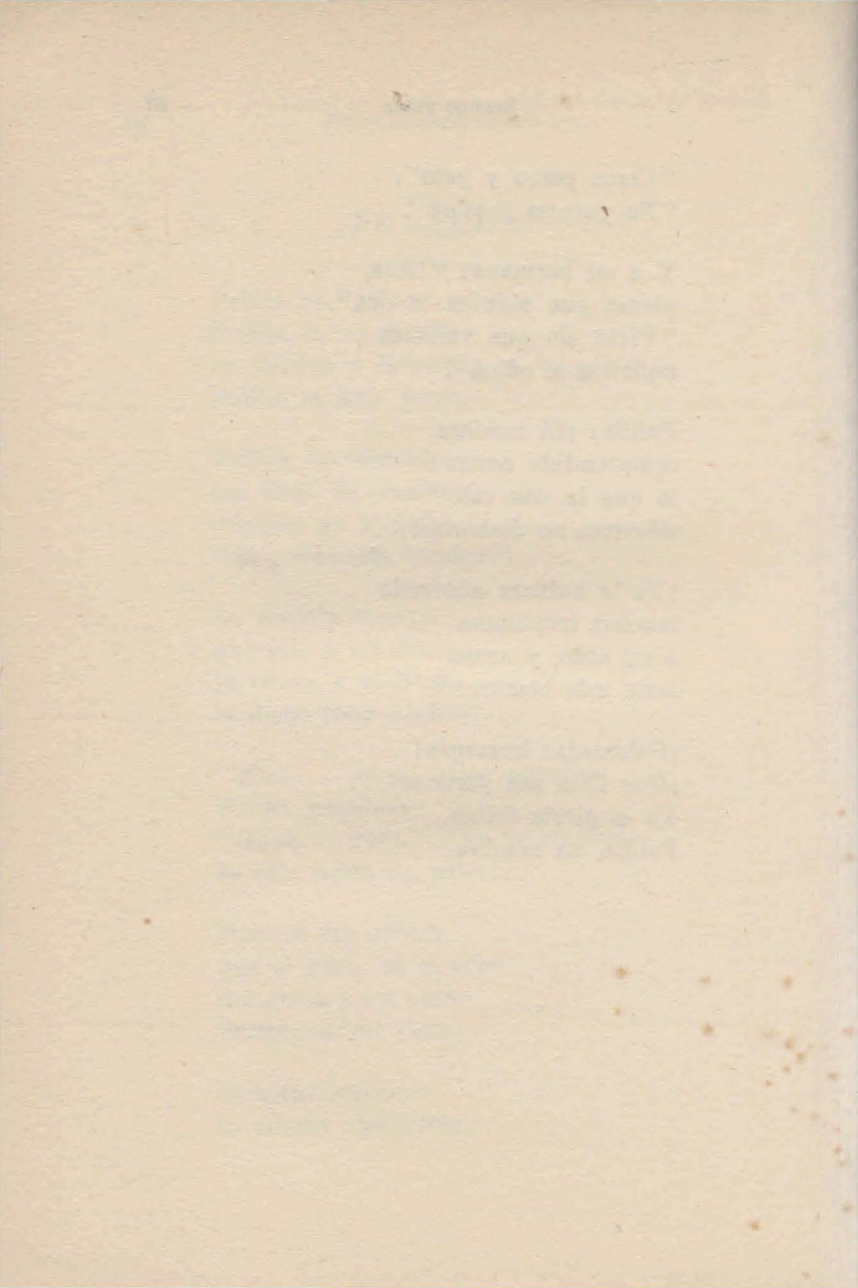
Y a mi hermana: “Niña,
piensa que alguien te oye”.

“Vivid sin que vuestros
espíritus se odien”.

Polilla: ¡Si hubiera
comprendido entonces
lo que la paz vale
mientras no deshonre!...

¡Yo le hubiera ahorrado
muchos tropezones
a mi afán, y acaso
sería más hombre!

¡Calumnias humanas!
¡Que Dios nos perdone!...
Ya es gloria felina,
Polilla, tu nombre.



MONÓLOGOS

BOBOLSTON

EL DÍA DE LA MADRE

Un sillón, con almohadones y otros detalles que revelan que ha sido ocupado por alguna persona enferma. Una mesita con frascos. Arriba, en la pared, el retrato de una mujer. Muebles y objetos apropiados a una salita modesta. Entra la niña con su muñeca en un cochecito. Sobre la muñeca, un gran ramo de rosas u otras flores.

NIÑA (A la muñeca)

Te has dormido, ¿no? ¡También te he paseado por la vereda y el jardín!... (Fijándose en el sillón, deja el cochecito y la muñeca, corre hacia él y coloca el brazo sobre el respaldo. Mira como si alguien hubiera en él). Tú me decías a mí así. Me paseabas también por todos los rincones. Velabas mi sueño. Curabas mi fiebre con besos. Me entretenías con lindísimos cuentos. Me dabas la sopa allí. Y en este mismo sillón me hamacabas... (Lo pone en

movimiento, suavemente). Así... así... Cantándome al oído. (*Canta*). “Arroró mi nena, — arroró mi amor; — duerme en estos brazos, — junto al corazón. — Cuando yo me vaya — donde se halla Dios — ¿quién vendrá a cantarte — el dulce arrorró”. (*Solloza*). Y te fuiste... ¿Por qué, mamaíta? No, no te has ido. Yo te veo aquí (*señala el sillón*), porque tú no te has borrado de mi recuerdo. Tú vives, porque yo me comunico contigo a cada instante, y a cada instante te envío besos en mis oraciones. Le digo a Dios que fuiste la madre más buena del mundo. (*Mirando al público*). ¿No se enojan, chicos? Digan ustedes lo mismo de las suyas. Porque es verdad eso para cada uno. Cada madre es un tesoro. ¡Dichosos de vosotros, los que aun las tenéis a vuestro lado! Pero los que como yo la visteis marcharse... (*Pausa*). ¡Oh! Si la recordáis como yo, creeréis verla, y el consuelo os animará a seguir recordándola. La llevaréis en vosotros mismos. Porque ella os dió el sér. Y por eso vosotros sois como un trocito de su corazón. Vosotros sois ella misma en otra forma que al andar de los años volverá a ser una forma igual a ella. (*Pausa, y vuelve a mirar el sillón*). ¿Ya no te acordabas tú de mí? ¡Tanto silencio! ¡Tanta sombra!... Pero yo te traje esas flores. Le di de comer al canario y lo acerqué para que te cantara. (*Se oye el canto de un canario*). ¿Oyes? ¡Es que está de lindo tu jardín! ¡Vieras cómo se ha vestido de rosa el duraznero!

¡Y las abejas que andan en las retamas! (*Pausa*).
¡Si pudieras acompañarme! (*Mira el retrato. Se
restrega los ojos*). ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Madre santa!
(*Cae de rodillas, con las palmas de las manos jun-
tas. Ora*). Madre mía; madres de todos los niños
del mundo que estáis en el cielo o en la tierra; ma-
dre de Dios: Que nadie os haga mal jamás; que el
trigo elegido de todas las eras sea para vuestro
bienestar; que los tallos de las más ricas maderas
den ardientes brasas para amenguar el rigor de las
invernales noches en que veláis junto a las adora-
das cunas; que los más primorosos jardines os ofrez-
can el perfume que ha de deleitaros; que la música
más exquisita sea compuesta por los hombres de ge-
nio para halagaros; que vuestros hijos, antes que
nadie, os lleven constantemente en la memoria,
cuando os alejéis del mundo, y no se aparten nunca
de vuestro lado sin obligación imprescindible, mien-
tras tengan la dicha suprema de veros andar bajo
la misteriosa bóveda del cielo. ¡Madre mía! Madres
de todos los lugares y razas. Madre de Dios: ¡Ben-
didas seáis entre todas las mujeres, y en medio del
respeto de todos los hombres, al seguro amparo de
la mano del Divino Creador! ¡Madre! ¡Madre mía!

TELÓN

EL "SABIO"

*Viejo de larga barba y melena;
grandes lentes, levitón, etc. En la
pieza: mesa, biblioteca, libros por
el suelo, etc.*

¡La ciencia! ¡El arte! ¡Pardiez!
¡Todo eso encierran los libros
que están sobre mi escritorio
tan dulcemente dormidos?

(Indicando).

Éste nos habla del mundo,
éste del bien y el destino,
éste del amor y el odio,
éste... ¡ni habla! Es muy antiguo.
¿Qué es lo que enseñan? Tomadlos,
y os lo dirán de corrido.
Cuarenta años que los tengo
y que por ellos conquisto
el grave nombre de sabio
que pesa como un martirio.
¡Cuarenta años que no paso
de deletrearles los títulos!
No es por no haberlo intentado;
mas, nunca me he decidido.
Y al fin, si otros nos demuestran
que aparentar es lo mismo,

¿para qué iba yo a quemarme
las cejas como un cretino?

Todos me dicen: “¡Señor:
es usted un sapientísimo!”

Yo no me alarmo y, sereno,
doy las gracias y sonrío...

¡Especulación en todo!
Este mundo está perdido.

¿Yo sabio? Pero, señor,
si yo apenas sé que existo.

El que sabe que no sabe
es sabio, Sócrates, dijo.

Si es así, va sin modestia:

¡soy más sabio que un pollino!

Pero veamos un día

después de cuarenta estíos

lo que dice este libraco

que ha de tener más de un siglo.

(Toma un volumen).

¿Versos? No me hacen feliz.

¡Bah!... Casi es tiempo perdido.

Sin embargo, comencemos

para palpar el estilo:

(Leyendo).

“Sólo el necio no ama el verso
que el gran bardo deja escrito;
mas, muere el necio, y el verso
es gloria eterna...”

¡Muy lindo!

Si yo sé, duermes mil años.
¡Al suelo! Me has ofendido.

(Lo arroja. Toma otro).

Este ha de ser más prudente,
y está el pobre viejecito.
¡Eh!... Las ratas dramaturgas
le han roído el pergamino.

(Leyendo).

“El imbécil que me guarde
y no me lea seguido,
que muera de indigestión
o se lo trague un abismo...”
¡Este es un libro indecente!
¡Este es un libro maldito!
¡El fuego ha de consumirte
lo mismo que a un cigarrillo!

(Toma otro).

¿Serás más honrado tú?
¿O serás cual tu vecino?

(Leyendo).

“Odio al espíritu bajo
que no sabe de idealismos.
Amo a quien lleva en la frente
el fanal de su destino...”

(Se palpa la frente).

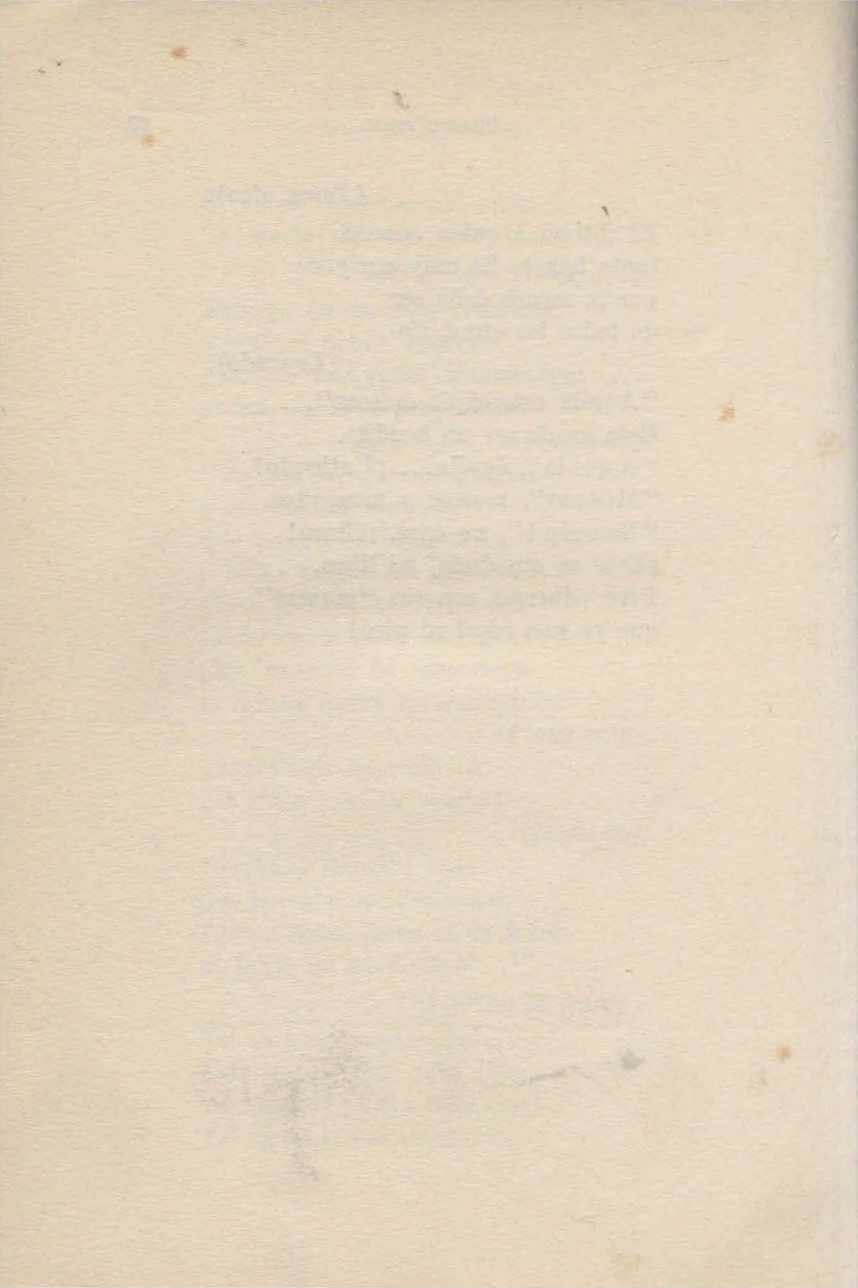
Yo no tengo nada aquí...
Este no me ama. ¡Maldigo
a su autor! ¡Vaya un autor!
Tal vez haya enloquecido.

(Toma otro).

El último a quien concedo
tanto honor. Es muy antiguo:
por lo menos debe ser
de todos los otros, tío.

(Leyendo).

“Aquila non cápit muscas”...
Esto ha de ser un bendito.
“A-qui-la”, águila... ¡Entiendo!
“Mus-cas”, moscas o mosquitos.
“Non-cápit”, no caza. ¡Claro!
¡Este es, sin duda, mi libro.
Pero ¡duerme con sus “muscas”,
que yo *non cápit* ni pico!



DIÁLOGOS

11100000

LA MARIPOSA Y EL ROSAL

Patio. Niña de ocho años, en una sillita que semeja un jarrón o maceta. La cabecita entre hojas y rosas. Es el rosal. La otra, más o menos de la misma edad, con alas, antenas, etc., es la mariposa. Otras plantas naturales. Pueden oírse gorjeos un instante.

MARIPOSA

(Aleteando, de planta en planta).

Nací ayer y el mundo entero
me pertenece. Volando...
volando voy por el río,
por los montes, por los campos.
Nací en un árbol. ¿Soy flor?
Cantaban mucho los pájaros.
¿Soy nota? No vi a mis padres,
no tuve nido ni halagos.
De una mortaja salí
vestida de azul y blanco.

(Me han dicho que es al revés
la evolución de lo humano:
Cuando nieva en los cabellos,
los cuerpos se van curvando,
se hace la sombra en los ojos
y quedan mudos los labios). (Pausa).

¡Cuánto anduve! De ayer a hoy
no hay lugar dónde no he entrado.

La noche me asustó un poco.

¡Oh! Pero ni bien brillaron
esos puntitos de fuego
me alegré. — ¡Viene aclarando? —

dije al clavel. — Es la luna —
me respondió. — ¡Soberano

debe ser el dueño de este
globo azul donde vagamos! (Pausa).

¡Soy flor de un cereo divino?

¡De arpa divina soy canto?

(Se acerca al rosal).

¡Quién, lo mismo que el clavel,
me dice de la tierra algo?

¡Soy pétalo, nota?...

ROSAL

¡Pchits!...

MARIPOSA (*Sorprendida*)

¡Ah!... ¡Una voz? ¡Quién ha chistado?

¡Oh! ¡Tú?... ¡Tú?... Precioso nido...

¡Al fin hallé a mis hermanos!

ROSAL

Son mis rosas.

MARIPOSA

¿Mariposas?

ROSAL

Y mis pimpollos preciados.

MARIPOSA

¿Pim?... Pim... pim... po...

ROSAL

¿No me entiendes?

MARIPOSA

... llo... pimpo... ¡Pimpollo! ¡Al cabo
doy con los míos! ¡Qué triste
será irse siempre rodando
sin ver a los que nos dieron
la existencia!

ROSAL

¡Bicho raro!

(*Aparte*).

No entiende o quiere a su modo
vernos... ¡Pues me reiré un rato!
Así es, parienta. No llore (*En voz alta*).
ya que en tal caso no estamos.

Acérquese y conversemos. (*Pausa*).

¡Y es linda esta flor del diablo! (*Aparte*).

(*La mariposa se acerca*).

¿Tiene apetito? A la mesa,
ya están mis chicos sentados.

Mire. Néctar...

MARIPOSA

¡Qué abundancia!

ROSAL

Mire allí...

MARIPOSA

¿Siendo tan caro?

ROSAL

Cuestión de bajar al sótano

por la escalera del tallo.

Algún poco de rocío...

MARIPOSA

¡Qué manjar más delicado! (*Probando*).

¿Y sus hijitos?

ROSAL

No comen.

Obsérvelos: mudos de hartos.

MARIPOSA

¡Qué correctos! ¿A la escuela

van así tan bien formados?

ROSAL

Tienen todo aquí. Los hombres

suelen a veces llevarlos...

MARIPOSA

¡Con qué orgullo ese honor cuenta!

ROSAL

Observa muy mal.

MARIPOSA

¿Es llanto?

¿Que los hombres no son buenos?

ROSAL

No es eso. Es que discrepamos.
Tampoco piensan las piedras
que al darles forma, son malos,
ni mis hijos si los cortan
para adornar sus palacios,
para ofrendar a sus muertos
o para honrar a sus bardos.

MARIPOSA

Parienta, y yo, si me quedo,
¿podré servir para un ramo?

ROSAL

Tal vez...

MARIPOSA

¿Sí?

ROSAL

Tal vez, o verse

con el cuerpo atravesado
sobre un corcho, en un museo
para deleitar a un sabio.

MARIPOSA

¿Verdad?

ROSAL

Mire; por la tapia (*Señalando*)

ya se viene descolgando
un chiquillo con su red.

MARIPOSA

Parienta. Me voy volando.
Vuele usted también.

ROSAL

Querida:

Ya Dios todo lo ha arreglado.
 Una racha, en el otoño,
 las alas ha de quitarnos.
 Pero en el cáliz, oruga
 de nuestra existencia, largo
 viviremos, y los nuestros
 con los suyos, en verano
 volverán a hablar.

MARIPOSA

De modo...

ROSAL

Que un ratito la he engañado.

MARIPOSA

¿No soy pétalo ni nota?

ROSAL

Ni yo insecto.

MARIPOSA

¡Desencanto!

¿Qué somos?

ROSAL

Dos formas. Huya,
 que la otra forma ha bajado. (*Señalando*).
 ¡El terror de los gorriones!
 Para la madre, su encanto.

MARIPOSA

¡Adiós!, Rosal, que mereces
 alas, si son de tu agrado.

ROSAL

¡Adiós!, Mariposa. Quiera
Natura darte a puñados
néctar, luz, calor, perfume,
y hogar donde no haya llanto.

(Se asoma el chico con su red, espionando; huye la mariposa, y la niña que hace de Rosal rodea los tallos con sus bracitos, cubriéndose).

TELÓN

LOS LIBROS NO TIENEN SUEÑO

Un escritorio al frente. Estanterías, archiveros, bibliotecas, libros, papeles. Se abren automáticamente dos bibliotecas: la que está a la derecha y la de la izquierda.

LA CARTILLA *(Sale canturreando)*. —

A - o - e - i - u.

El cielo está azul.

A - o - e - u - i.

No quiero dormir.

A - o - i - u - e.

El cuco se fué.

A - i - u - e - o.

Ha llegado Dios.

O - i - u - e - a.

¿Qué haces, mamá?

LA GRAMÁTICA (*Saliendo sigilosa*). — Siguiéndote los pasos, pillá. No nos has dejado dormir. ¿Son horas de levantarte con este frío?

LA CARTILLA. — Es que hoy damos una lección brava:

A - o - e - i - u...

LA GRAMÁTICA. — ¡Basta! ¡Basta! Toda la noche con ese canturreo. En el otro cuarto el abuelo, con su tos...

LA CARTILLA. — Agregue: Y yo con mis rezongos. Papá con la puntualidad de sus números: dos por dos, por cinco, más ochenta, dividido por diez, menos ocho. Tanto reoveco y vuelta para volver a decir: ¡Dos!

LA GRAMÁTICA. — ¡Chiquilla, chiquilla!...

LA CARTILLA. — ¿Se olvidó de mi nombre? Yo me llamo Cartilla.

LA GRAMÁTICA. — Y yo Gramática. ¿Por eso no soy tu mamá?

LA CARTILLA. — Y abuelo, Diccionario, y papá, Cálculo Mental... ¿Ha visto que también sé?

LA GRAMÁTICA. — No lo dudo. Te sobra lengua.

LA CARTILLA. — ¿Por eso será que siempre me dice la maestra que no domino bien la lengua? ¿Por

qué no me corta la puntita, mamá, así la maneja mejor?

LA GRAMÁTICA. — ¡Qué tontuela eres! La lengua a que se refiere la maestra es otra cosa. Es lo mismo que idioma. No manejas bien la lengua o idioma cuando dices: “Yo quiero pan”, “El agüelo ha decido que el murciégalo es el ave del diablo”.

LA CARTILLA. — ¡Ah! Pero yo no digo así. Y sé también que el murciégalo... Que el animalito, ése, no es ave.

LA GRAMÁTICA. — ¿Cuál animalito?

LA CARTILLA. — Ese...

LA GRAMÁTICA. — Ese es una letra. Veamos. ¿Cuál animalito?

LA CARTILLA. — El mus... mus...

LA GRAMÁTICA. — El mus es un juego de cartas. ¡Vamos, pues! No hay que temer. Dílo bien.

LA CARTILLA. — El mur...

LA GRAMÁTICA. — Bien. Bien. Adelante.

LA CARTILLA. — El mur-cié-la-go.

LA GRAMÁTICA. — Ahora, rápido. ¡A ver!

LA CARTILLA. — El murciégalo.

LA GRAMÁTICA. — ¡Bravísimo! (*La besa*). Dime, ahora: ¿No quieres acostarte? Son las tres de la mañana. Hasta las ocho tienes tiempo. Además, ya sabes bien las vocales.

LA CARTILLA. — Quiero saberlas mejor.

LA GRAMÁTICA. — No hay necesidad. Hay que ir

despacio. Abuelo y yo te vamos a auxiliar constantemente. Papá, aunque su profesión sea otra, te enseñará a contar las sílabas de los versos; te hará notar la razón de la pluralidad y el porqué de las palabras compuestas...

LA CARTILLA. — ¡Y qué voy a hacer con tantas letras, palabras?...

LA GRAMÁTICA. — Llenarlas con estos elementos: ideas y emociones.

LA CARTILLA. — ¡Eh?...

LA GRAMÁTICA. — Oye: *Dios - a - ocio - el - y - para - que - humano - no - devorado - género - parezca - rencor - el - de - el - por - crear - pudo - solo - amor - ocurrírsele - el - madre.*

LA CARTILLA. — ¡Mamá!... ¡Si la oye abuelo!

LA GRAMÁTICA. — ¡Conoces todas esas palabras?

LA CARTILLA. — Sí.

LA GRAMÁTICA. — ¡Qué he dicho?

LA CARTILLA. — Una... ma... mac...

LA GRAMÁTICA. — ¡Cuidado, que va a oírte el abuelo! Dí otra palabrita más apropiada, aunque sea dura. No me voy a enojar.

LA CARTILLA. — ¡Adoquín! (*A la Gramática*).

LA GRAMÁTICA. — No te mando que me insultes. Sólo te quise preguntar si había dicho yo algo acertado, lógico... ¡Qué dije?

LA CARTILLA. — Un disp... (*Se lleva la mano a la boca*).

LA GRAMÁTICA. — No temas. Te autorizo.

- LA CARTILLA. — Un disparate.
- LA GRAMÁTICA. — Un dislate, mejor. Lo hice para que vieras que las palabras sin orden gramatical o literario no tienen sentido ni valor. Pero ordenadas, y con lo que mencioné... con “ideas y emociones”, resultan otra cosa. Oye; voy a utilizar aquellas mismas palabras del dislate, en este orden: “*Sólo a Dios pudo ocurrírsele crear el amor de madre para que no perezca el género humano devorado por el rencor y el ocio*”.
- LA CARTILLA. — ¡Ah! Así quedan bien. Yo haré lo mismo con mis letras.
- LA GRAMÁTICA. — No lo dudo. Pero es necesario un sueñito más...
- LA CARTILLA (*De repente se alegra*). — ¡Pero qué tonta soy, mamaíta!
- LA GRAMÁTICA. — No, hijita. No lo eres...
- LA CARTILLA. — ¡Sí lo soy! (*Con gracia, como rogando autorización*). Y si no se enoja...
- LA GRAMÁTICA. — ¡Qué esperanza, hijita! ¿Qué quieres decirme?
- LA CARTILLA. — ¡También usted es tonta!
- LA GRAMÁTICA. — ¡Nena! (*Fingiendo molestia*).
- LA CARTILLA. — ¿Que no se da cuenta que hoy es domingo?
- LA GRAMÁTICA. — ¡Ángel mío! (*La besa*). Somos unas tontas. ¡Verdad, verdad! Con más razón, ¡a dormir hasta las doce! (*La abraza y besa*).

LA CARTILLA. — ¡Hasta luego, mamáita! (*Canturreando como al principio*):

A - o - e - i - u.

El cielo está azul.

A - ... etc. (*Entra en su biblioteca*).

(*La Gramática arregla unas flores sobre el escritorio, mientras cae el telón*).

EL SAPO AZUL

JUAN ÁNGEL (*Mientras revisa afanoso un armario*)

No recuerdo en qué novela
o tratado, yo he leído
que había un sapo muy sabio
que semejaba un zafiro.
Sus dos ojos parecían
estrellas del infinito,
y era grande como un lobo
y bueno como un pollino...

LAURA

¿Qué haces, Juan, en ese armario?

JUAN ÁNGEL

¡Eh! ¿Tú aquí? Me has sorprendido.

LAURA

¿Del sapo azul hablas tú?
Ese es un cuento muy lindo.

JUAN ÁNGEL

¿Tú lo sabes?

LAURA

No muy bien.

JUAN ÁNGEL

¿Quién te lo enseñó?

LAURA

Mi tío.

JUAN ÁNGEL

Cuéntamelo, ¿quieres?

LAURA

Sí.

Había una vez un chico...

Había una vez un hombre...

JUAN ÁNGEL

No y no. Era un abuelito.

LAURA

Si me interrumpes, me callo.

El cuento es como te digo.

Claro que el tiempo y los años

influyen. Hoy eres niño

y mañana serás hombre

y algo después, abuelito.

JUAN ÁNGEL

La existencia cambia o gira

cual la rueda de un molino.

LAURA

Bien, filósofo.

JUAN ÁNGEL

Prosigue.

No te interrumpo.

LAURA

Prosigo.

Había una vez un hombre
que vivía en un abismo.
Se recostaba entre sedas
en su lecho de platino.
En grandes fuentes de oro
comía lenguas de mirlos,
y en copas de ámbar bebía
licores muy exquisitos.

JUAN ÁNGEL

¿Y el sapo azul?

LAURA

Un momento.

Como era el hombre muy rico
y era rey de las cavernas,
a sus cien enanos dijo:
“Para distraer mis ocios
buscad por cien mil caminos,
buscad por cien mil lugares,
y en los lechos de los ríos,
y en los fondos de los mares,
y en los llanos y en los riscos,
y en las selvas y en los aires,
y entre muertos y entre vivos,
un fenómeno que aguce

de admiración mis sentidos”.
 Los cien enanos volaron
 con rumbo desconocido,
 montados sobre panteras,
 peces, buitres, cocodrilos...

JUAN ÁNGEL

Dime: ¿es cuento nada más?

LAURA

¿Qué, tienes miedo?

JUAN ÁNGEL

Un poquito.

Pero continúa.

LAURA

Bien.

Como granos de comino,
 diez enanos perecieron
 de un jabalí en los colmillos.
 Cuarenta fueron al fondo
 de hondo mar embrabecido;
 cuarenta fueron ahorcados
 por un jefe de bandidos;
 nueve se fueron al sol,
 en las alas de un vampiro...

JUAN ÁNGEL

¿Y el sapo azul?

LAURA

Un momento.

Cuenta, falta un enanito.

JUAN ÁNGEL

¿Y ése?

LAURA

Lo sabrás. Escucha:

Ese fué acaso el más pillo:
se fué a la luna y compró
un sapo azul.

JUAN ÁNGEL

Pero, ¿vivo?

LAURA

Mira: el autor no lo dice,
mas, para el caso, es lo mismo.

JUAN ÁNGEL

¿Y qué hizo el gigante?

LAURA

¡Bravo!

¿Con que el gigante? ¡Bravísimo!
El rey, dirás. Se entretuvo
con el hallazgo rarísimo,
y llenó cien carros de oro
para su fiel enanito.

JUAN ÁNGEL

¿Y qué más?

LAURA

Que al cabo, un rato
mi cuento te ha entretenido.

JUAN ÁNGEL

Quisiera oír siempre cuentos.

LAURA

Y verdades también, chico.
Ahora dí a los presentes
que si nada has aprendido,
nada censurable has hecho.

JUAN ÁNGEL

Señores: pues eso os digo,
y os aconsejo que siempre (*Sentencioso*)
que estéis de ociosos, un libro
tengáis con letras parleras,
o tengáis un buen amigo
que os hable de un sapo azul,
de un águila o de un mosquito.
Y así no difamaréis
acaso a vuestro vecino.

Yo, mientras mamá dormía, (*Reflexivo*)
con el cuento entretenido
ni me he acordado del dulce
que hizo ayer. Señores míos:

(*Cambio de expresión*)

falto de chispa, concluyo
y en vuestra bondad confío. (*Reverencia*)

G O B E R N A R . . .

*El Capataz de la estancia y el
Maestro.*

CAPATAZ

Señor: preciso que usted
resuelva un asunto viejo
que debe estar en la sangre
porque preocupó a mi abuelo.

MAESTRO

Sabe usted que no soy sabio
y que tampoco soy médico.

CAPATAZ

Lo sé. Mas, en usted gasta
algún jornal el gobierno.

MAESTRO

Verdad, verdad. . .

CAPATAZ

Y para algo
deberá usted ser maestro.

MAESTRO

Todo es verdad. No me excuso.

CAPATAZ

¿Entonces?

MAESTRO

Tan solo temo
no hallar a su queja alivio.

CAPATAZ

¿Por ignorancia? ¿Por miedo?

MAESTRO

No, señor; hay otra cosa
que no es común en el pueblo:
cordura, prudencia...

CAPATAZ

Ahora

mucho más capaz lo creo.

MAESTRO

Hable, entonces.

CAPATAZ

Es el caso

que tengo un hijo perverso;
no quiere entender razones.
No quiere hacerse resero.
Haragán, pasa las horas
oyendo silbar el viento;
quiere saber por qué hay tantas
luminarias en el cielo;
me pregunta dónde nacen
esos nubarrones negros;
quiere saber por qué llueve
y por qué vuelve el buen tiempo;
de dónde el sol saca rayos,
de dónde escarcha el invierno,
de dónde color las flores
y las aves sus gorjeos?...
Le he pegado una paliza

y no alcanzo a convencerlo
que con eso no se come
ni se toma mejor sueño.

MAESTRO

Ha hecho mal.

CAPATAZ

¡Ajá! Mi amigo:

No le he pedido consejos,
sino saber. Porque a un loco
hay que curarlo.

MAESTRO

¡Protesto!

Su hijo no es loco. Más loco...

(Se retiene).

CAPATAZ

¿Yo?

(Rápido).

MAESTRO

Propiamente no quiero

(Calmoso).

decirle; pero hay más locos
que por desgracia andan sueltos.

(Pausa).

Si me permite que le hable
claro, pero con aprecio...

CAPATAZ

Comience, señor. La vida
me enseñó a guardar respeto.

MAESTRO

Bien. Su muchacho dispone

de lo que llaman *talento*.
Sabe por qué suele el cóndor
tender muy arriba el vuelo;
por qué suelen los chajáes
anunciar que andan cuatrerros;
por qué suele dar las horas
el gallo.

CAPATAZ

¿Así que yo quedo
como un mal padre?

MAESTRO

Despacio...

CAPATAZ

Me ofende.

MAESTRO

Yo no lo ofendo.

Digo lo que sé. Su hijo
necesita otro gobierno.

CAPATAZ

Disculpe. Mas, me doy cuenta
que usted tiene mal los sesos.
Yo fuí como él y una soba
me curó. También mi abuelo
curó a mi padre. El muchacho
mío es un poco más terco.

MAESTRO

Lo matará.

CAPATAZ

¡Dios no lo oiga!

MAESTRO

Póngale a su encono freno.

CAPATAZ

No es encono. Gobernar
es otra cosa...

MAESTRO

¡Le acepto!

CAPATAZ

Gobernar es tener firmes
a otros.

MAESTRO

Error, compañero.
"Gobernar es educar",
dijo hace mucho Sarmiento.

CAPATAZ

De modo...

MAESTRO

Eso es, que si usted
me manda el chico al colegio,
aprenderá a respetarlo,
sabrán lo que guarda el cielo,
sabrán por qué el sol alumbra,
y se tornará más bueno.

CAPATAZ

¿Sabe que me ha convencido?

MAESTRO

De lo que mucho me alegro.

CAPATAZ

Y ahora, para usted sólo:
algo me duele aquí adentro.*(Se toca el pecho).*

MAESTRO

Con no castigarlo más...

CAPATAZ

Ya le digo que es trato hecho.
Pero sufro.

MAESTRO

Cuando sepa
lo que dejamos resuelto
se olvidará, y para usted
será una gloria.

CAPATAZ

¡Remedio
lindo! La escuela es mejor
que el curandero del pueblo!

MAESTRO

Pero no olvide: "*Gobierna*
(Sentencioso)
el que educa; no el que ciego
vocifera, hiere..."

CAPATAZ

¡Nunca
olvidaré ese precepto!

(*Le da la mano*).

¡Adiós, señor! ¡Muchas gracias!

MAESTRO

¡Adiós!... Muy poco vale eso.

CAPATAZ

Oro a puñados me ha dado,
porque oro son sus consejos.

¡Adiós, señor!... (*Saliendo*).

MAESTRO

¡Muy buen viaje!...

¡Buena suerte, criollo bueno!

(*Pausa*).

Mi erudición no le orienta, (*Solo*)
sino el genio de Sarmiento
hablando desde sus libros
por la boca del maestro.

Puedo sentirme dichoso:

¡Hay quien escucha aún ese eco!

Aun hay buenos argentinos.

Aun mandan los grandes muertos.

Redoblaré mis afanes.

Seguiré con mi alfabeto.

(*Arregla sus libros*).

TELÓN

EL DÍA DEL CAMINO

Paisaje, al fondo, con prados montañosos, caminos en diversos rumbos. En medio del escenario, un poste con flechas y direcciones: "Buenos Aires", "La Plata", "Rosario", "Mendoza"... Al levantarse el telón se encuentran los personajes que vienen de la derecha e izquierda, respectivamente.

AUTOMOVILISTA (*Tocando bocina*). — ¡Pero amigo! ¿Es sordo? Por un poco más me lo llevo por delante.

CAMPESINO (*Levantando las manos*). — ¡Eh! ¡Demonios! Tiene y no tiene razón usted. Sordo no soy. Tonto... creo que tampoco.

AUTOM. — Disculpe, señor. Disculpe. No he querido ofenderlo. Mi preocupación ante la posibilidad de haberlo arrollado, me hizo decir eso. Mire que venía en tercera, a todo motor, para subir esa empinada cuesta, cuando al llegar a la explanada me encuentro con un burro...

CAMP. — Así va mejor. Y es más exacto, pues yo iba detrás del burro, como lo ve.

AUTOM. — Si no soy imprudente: ¿no me oía, es sordo?

CAMP. — Oigo volar un mosquito a dos leguas, y ya sé si es palúdico o no...

AUTOM. — ¡Señor! Ni competencia que le hace a su pollino. Pero me sorprende que hallándome a dos pasos y haciendo sonar esto (*toca la bocina*) que aturde (*el campesino se sorprende*) no advirtiera el peligro ni se hiciera a un lado.

CAMP. — Sí, oí... señor.

AUTOM. — Entoncez... si no es sordo, me sorprende aún más.

CAMP. — No — repito —, no soy sordo ni tonto. Le explicaré. Usted viene de un mundo. Yo vivo en otro, aunque pisemos el mismo territorio de la patria.

AUTOM. — ¡Otro mundo? (*Ríe*). No creerá usted que yo soy el Diablo ni yo creeré que usted es Coquena...

CAMP. — Mire. No he querido decir tanto. Pero alguna intención sobre eso hay en mis palabras.

AUTOM. — ¡Sí? (*Ríe*). Veamos, amigo. Hable.

CAMP. — He dejado allá lejos, detrás de aquel cerro, junto a un arroyito que canta en las piedras, mi casita. Yo soy de San Luis. Pero mi esposa, sus padres y sus abuelos son de aquí. Aquí nacieron y no salieron nunca de este lugar. Ellos y mis hijitos, que no conocen más sitio que el valle, creen en muchas cosas. Creen en Coquena, también, el dueño de los

guanacos y las llamas. Al salir para la ciudad, mientras pisaba por primera vez este hermoso camino, inaugurado ayer, me dijeron: “¡Cuidado con Coquena! No vaya a haber roto los puentes. No vaya a venirse en alguna máquina con alguna treta y llevarte”. Yo no creo. ¡Bah!... Pero tanto oír...

AUTOM. — ¿Tanto oír supersticiones no oyó la bocina?

CAMP. — ¡Al contrario! La oí tanto, que me paralizó las piernas. ¡Un guanaco! — me dije.

AUTOM. — Por supuesto que no habrá sido al verme con estos anteojazos y este gorro de lana.

CAMP. — ¡Perdone! Pero...

AUTOM. — ¡Notable, amigo! (*Ríe*). ¡Yo un guanaco!

CAMP. — Exactamente eso, no. Ideas mezcladas con leyendas. La soledad y la sorpresa me embarrullaron todo. Perdone, pues.

AUTOM. — Y usted también, por el sustito..., perdóneme.

CAMP. — Bien, señor. Diga ahora en qué puedo servirlo.

AUTOM. — En este momento, en nada. Voy a la finca de don Nemesio Trejo. Tres leguas aquí derecho. (*Mira un planito disimuladamente*). Al pasar el puente grande, tomo el camino del sur. Una vez que baje el cerro, bordeo el río,

y si no se me acaba la nafta, estoy allá dentro de una hora.

CAMP. — ¿De modo que había sido viejo aparcero del pago?

AUTOM. — No, señor. Es la primera vez que salgo de Buenos Aires. Pero aquí está todo y más de lo que le voy diciendo. (*Le muestra el plano*).

CAMP. — ¡Adiós vaqueanos y rastreadores!

AUTOM. — No tanto. Pero vamos en tren de que cesen en su ardua y patriótica labor.

CAMP. — Al cabo desaparecerán.

AUTOM. — Como factores del progreso de hoy, sí. Pero no se los olvidará, pues sirvieron de mucho, y sirven aún en las regiones apartadas. Además, amigo, ya están inmortalizados en las páginas que en su libro "Facundo" les dedica Sarmiento.

CAMP. — Algo sé de eso, señor.

AUTOM. — Lo felicito, amigo. Ya veo que aunque lo asuste Coquena de cuando en cuando, no desconoce lo bueno ni le huye al progreso, pues va hacia la ciudad aprovechando esta ruta admirable.

CAMP. — Así es, señor. Viera usted lo que significaba ir antes por aquí, de piedra en piedra, al borde del abismo, y quedándose más de una vez a la espera de que el río desbordado por los

aguaceros de arriba se dejara vadear. (*Pausa*). Una vez me ocurrió una cosa linda con éste (*Señala al burro*). Traía las árguenas cargadas de pasas de higo y unas yuntas de pavos. El río era una veta de agua con raros colores, por efectos del sol de la tarde. El burro lo miró y se clavó al borde. Lo azucé y retrocedió. Algo desalmado, lo castigué violentamente. Entonces olió el agua, estiró con suavidad una de las patas delanteras y la tocó. Se echó tan de golpe para atrás, que casi me saca por las orejas; rebuznó triste, tan triste, que me dió lástima...

AUTOM. — Pensaría en Coquena (*Riéndose*).

CAMP. — Mire. Le adivino la intención, y no me enojo: igual que yo quiere usted decir. Sí, señor: pensó igual que yo este animalito de Dios. Y me dió lástima. Pasé los higos y los pavos. Después me lo eché al hombro y lo pasé también.

AUTOM. — Como el montañés del cuento: “A inteligencia me ganarás, pero a fuerza, ¡cuándo!...” (*Sin ofensa*).

CAMP. — Exacto, señor. Los animales también sienten, sufren, proceden bien o se equivocan. (*Pausa*). ¡Qué bien se va ahora por aquí! Me parece que otra vuelta me traigo a mi mujer y a mis hijos, porque al abuelo... ¡ni a lazo! ¡Viera lo que dice cuando ve cruzar a los aero-

planos! Para él, son murciélagos diabólicos que anuncian guerras...

AUTOM. — Bueno, mi amigo. Voy a continuar. Le agradezco su bondad y sana conversación, pues venía algo cansado al no tener con quién hablar.

CAMP. — Ya sabe, señor. Mande. Tal vez nos hemos de ver otra ocasión...

AUTOM. — Mañana mismo. Estos caminos del progreso, son de la patria y sirven para hermanar a los pueblos de América. Pero ante todo se han hecho con el dinero del pueblo, para que el pueblo conozca lo suyo y sea más unido. Por eso es, mi amigo, que para un argentino como yo, que ha vivido en medio de muchas comodidades, será un alto honor retribuir en parte a los que como usted y los suyos han hecho el sacrificio de anticiparse a la civilización. De modo que mañana iré a buscarlo a usted y a su familia para que conozcan a la ciudad y vuelvan de ella, con lo que me será grato brindarles.

CAMP. — ¡Señor! ¿Se va a molestar?

AUTOM. — No le he dicho molestar, mi amigo, sino honrar. ¡Listos mañana a las ocho! ¿Eh?

CAMP. — ¡Muy bien, señor! (*Emocionado*). Muy bien, señor. ¡Gracias! ¡Gracias! Como mande.

AUTOM. — ¡Hasta mañana, amigo! (*Partiendo*).

CAMP. — ¡Hasta mañana, señor! (*Se queda un ra-*

to mirándole). ¡Criollo lindo! Y decían que la civilización los había borrado a todos del mapa.

TELÓN ..

NOTA. — En ésta y cualquier otra obrita, el maestro arreglará la escena conforme a las circunstancias. El automóvil y el burro podrán ser dos juguetes. Si no hay telón, se ingeniará o no se utilizará. Se ha querido ofrecer obritas breves, fáciles, etc., para evitar gastos y pérdida de tiempo. La escuela, sólo por excepción, irá al teatro. En este caso y en cualquier acto de iniciativa social, se cuidará estrictamente la decoración, etc.

EL VIAJE

Cuando se levanta el telón, un niño conversa solo, mientras arregla los hilos que ya ha atado a modo de riendas en el respaldo de una silla. Luego se sienta en otra y azota a la primera con una varilla de mimbre. La abuela, rodeada de costuras, en un rincón, le observa, sonrío, prosigue su tarea, bosteza, cabecea y se duerme.

EL NIÑO. — ¡Eh!, ¡pingo!, ¡pingo! ¡Quieto! Voy a dar un paseo por el mundo. (*Se sienta*). Trote, trote. Al galope, Noble, para que no nos

quedemos en este pantanito, al comienzo, como se quedan en los primeros grados los chiquilines remolones y haraganes, que no estudian. (*Pausa*). ¡Fuera, fuera! ¡Qué perros tremendos! ¡Fuera, fuera! Se parecen a los envidiosos. Se piensan que me van a detener. ¡Ja, ja! ¡Tomen! (*Da un latigazo*). ¡Tomen! Así se acaba con las víboras y las fieras. Ladren, ladren, ahora... ¡Eh!... (*Mirando hacia atrás*). Corran, corran en vano. Sí... ¡cómo alcanzarán a Noble! ¡Hico, hico, vamos! No hay quien detenga a la voluntad de este viajero.

¡Chst, chst!... Ahora vayamos despacio, Noble. ¡Oh, qué abismo, allí! (*Pausa, asomándose*). ¿Qué veo allá? ¡Un pobre hombre que se ha despeñado! Estará muerto... Ese ha vacilado acaso frente al peligro o ha querido salvarlo apresuradamente, o ha ido cegado por el vino, por las sombras, por la pasión...

Vayamos despacio, Noble. A la gloria no se llega a saltos y a la infelicidad se vuela en tren expreso. ¡Eh! ¡Chito! Me bajaré. No es que tenga miedo. La prudencia es valor bien distribuido. Y tanto es así que no temo, que me aventuro a contemplar los buitres que, como los hombres hipócritas y perversos, rodean a aquel corderillo extraviado (*Señala*). ¡Qué torpes, qué malos! Lo han engañado. Él sigue de risco en risco. ¡Qué festín harán luego con el ino-

cente! (*Amenaza cerrando el puño*). ¡Malvados! (*Pausa*). Bien. Noble: ¿te animas a que crucemos el desierto, el río, el mar y lleguemos a ver a las gentes raras de África, las de Asia o las de Europa, Oceanía y el resto de América?

Veo que asientes, escarceando. ¡Bravo! Veo que eres un guapo pegaso. Si te dijera que volaras, volarías... (*Pausa*). ¿Volarías? ¡Oh, qué lindo sería llegar a Marte, para recorrer sus canales? Y contemplar las montañas de la Luna. Y ver los diez satélites de Saturno después de atravesar su anillo. (*Pausa*). ¿Volarías? ¡Sí? Avancemos, entonces; marchemos, marchemos. ¡Hico, hico!... ¡Adelante, adelante, hico, hico!... (*Da un tirón y voltea la silla*).

LA ABUELA. — ¡Chico!...

EL NIÑO. — ¡Jugaba! ¡Qué viaje más lindo pensaba! ¡Si aun me parece cierto!

LA ABUELA. — Y es cierto. La vida es como un viaje...

EL NIÑO. — Se me ocurre que te he encontrado y que aun voy y voy.

LA ABUELA. — Es así, hijito. Tú vas, y vas e irás muy lejos. Yo regreso y nos hemos encontrado.

EL NIÑO. — ¿Quieres que continúe, abuela?

LA ABUELA. — ¡Oh, sí! Continúa. Prosigue. Llega lejos, muy lejos, que si dejamos de divisarnos,

estarás siempre presente en mi alma y yo tal vez en tu corazón.

EL NIÑO. — Bueno, abuela, adiós... (*Le da un beso y se sienta en su silla, mientras levanta la otra*).

LA ABUELA. — No me olvides, ¿eh? ¡Adiós! ¡Felicidad, perseverancia y muchos triunfos!

EL NIÑO. — ¡Gracias! ¡Hico, hico, Noble! ¡Adiós, abuela! ¡Hico! ¡Hico! (*Se mueve en la silla como si trotara*).

TELÓN

EL CARACOL Y LA TORTUGA

Niños de cinco a siete años. El caracol lo representa un niño estirado sobre un almohadón, con la barbilla entre las manos y los codos clavados. Sobre el cuerpecito se le pondrán los demás atributos que lo caractericen. El niño o la niña que represente la tortuga se sentará con las piernas cruzadas, agachándose bastante hacia adelante. Encima, el caparazón, etc.... Cada cual, al lado de un hongo

inclinado hacia el foro. Lento todo el diálogo, salvo tal cual verso, momento de alarma, etc.

CARACOL

Anduve en el río
flotando. Salí.
¡Si me ve el fondero
de aquel mal fondín!

TORTUGA

Yo vine reptando
desde allá hasta aquí.
Nada me dijeron.
¡Ah!... Ladró un mastín.

(Pausa. Corrigiéndose)

Los dueños pensaron:
“Es loco, *Leví*”.

CARACOL

“No sirve ni en salsa”,
de mí oí decir.

TORTUGA

¡Felices calumnias
que salvan, al fin!

CARACOL

Los hombres no miden
sus palabras y
tras ellas malogran
todo el porvenir.

TORTUGA

Andan muy ligero.

(Pausa)

Creo, para mí,
 que con aeroplanos,
 autos y cien mil
 juguetes veloces,
 ni pueden dormir,
 y locos, relocos,
 creen loco a *Leví*.

CARACOL

Cuestión, como todas:
 No te ven a ti,
 porque no interesas;
 pero, ¡en un festín!...

TORTUGA

¡Caldo de tortuga! (*Imitando al mozo*)
 ¡Tiemblo! ¡Patatín! (*Estremeciéndose*)

CARACOL

Ni me asusto yo
 si oigo: "Para mí, (*Imitando el pedido*)
 ¡muchos caracoles
 en salsa de ají!" —,
 con este atenuante:
 "¡Si no hay codorniz!"

TORTUGA

Vamos, camarada,
 a otro sitio.

CARACOL

Sí...

¡Vamos! No descubran,
 si vuelve *Leví*

a ladrar, que tienen
cerca a un tortuguín.

TORTUGA

Y a un caracolillo. (*Pausa. Observan*)

CARACOL

¿Viste al colibrí?

(*De repente, señalando*)

¡Oh!, si les contara (*Casi en secreto*)
que estamos aquí!

TORTUGA

No es tan indiscreto.
Mas, puede ocurrir,
que tras suyo un chico...

(*En actitud de alerta*)

CARACOL

Acabo de oír
que corren.

TORTUGA

¡Corramos! (*Con ansiedad*)

CARACOL

¿Corramos? ¿Eh?

(*Advirtiendo la incapacidad*)

TORTUGA

¡Pehis! (*Ademán. Pausa*)

CARACOL

¡Juguetes del hombre!

(*Después de la pausa. Rogando*)

¡Alas! (*Alargando la palabra*).

TORTUGA

¡Infeliz! (*Reprochándole*)

Calla, que el silencio
es oro. Dormir
debieran los tontos
a veces. Reír
los que tienen miedo.

CARACOL

¿Un tiro? (*Se oye un estampido*)

TORTUGA

Lo oí.

CARACOL

Pues, no era un chiquillo.

TORTUGA

Ya lo presentí. (*Pausa*)

¿Quisieras las alas? (*Burlona*)

CARACOL

¡Ni en sueños! ¡Maní! (*Ademán*)

TORTUGA

¡Me alegro! No ansiemos
nada más. Así,
reptando, reptando (*Repta*)
se va hasta el confín.

CARACOL

Con la casa al hombro
se puede dormir
seguro y alegre.

TORTUGA

El hombre feliz,

¡tuvo más!

CARACOL

Ni un trapo
de nieve o carmín
para una camisa.

TORTUGA

¡Me has hecho reír! (Ríe)

CARACOL

Cenemos. Durmamos. (Decidido)
(Cada cual inclina hacia el
público el objeto que hace de
hongo).

TORTUGA

¡Que ladre el mastín!
(Grita desafiando)

CARACOL

¡Buen sueño!

TORTUGA

¡Buen sueño!

LOS DOS

... Ti-ti-ri-ti-ti...

(Imitando las últimas notas del
arrorró, donde dice: "... se quie-
re dormir". Muy lento y marca-
do. Aun puede continuar eje-
cutando un instrumento u or-
questa).

TELÓN

RELACIONES

PARA EL PERICÓN

VARÓN

¡Qué galopón para verte
dí en mis pingos "Mancha" y "Gato":
éste, la escoba en desuso,
y aquél, los restos de un banco!

MUJER

Al *ñudo* tanto correr
por el patio, gaucho fiero.
Pa las moscas y mosquitos
usa mi *mama* un plumero.

VARÓN

Soy el churrinche que canta
en lo más alto del pino.
Yo no le temo a los vientos
ni al lechuzón de tu tío.

MUJER

Atrevido el paisanito
y, de yapa, presuntuoso:
¡Churrinche? Por el plumaje
apenas serás chingolo.

VARÓN

Ya no te *quero* nadita;
vos le dijiste a Mariucha
que ayer me zurró mi *mama*
porque me comí *l'azúcar*.

MUJER

Y a mí, ¿qué me importa, *che*?
Lo cierto es que te zurró.
Y si te enojas, ¡verás
después de este pericón!

VARÓN

Yo me llamo Martín Fierro
y en mi barrio me respetan.
Así que *vos respetame*
pa honor de tu parentela.

MUJER

¿Qué dice don Martín Lata?
¿Sabe mi nombre, granuja?
No tiemble; se lo diré:
yo me llamo Sisebuta.

VARÓN

Yo soy un gaucho ladino
que anda en busca de la suerte.
¿No sabe, moza quilmeña,
en qué botica la venden?

MUJER

La suerte la lleva encima
y a lo mejor la desprecia:
es la bondad de sus actos
y su propia inteligencia.

VARÓN

Caballito de madera
es mi afán de ser mejor.
Ranchito con flores lindas
es mi criollo corazón.

MUJER

Avestrucito ligero
junto a la fatalidad
es mi honradez argentina
que nadie doblará.

VARÓN

Caminito de la cumbre
que me lleva no sé dónde,
es mi destino y lo quiero
como el avaro a sus cobres.

MUJER

Dios así lo amparará
y yo rezaré en su ayuda.
Confíe, gaucho, y prosiga.
sin maldecir su fortuna.

VARÓN

Payador de todo tiro,
 si me manda, cantaré.
 En mis pagos las calandrias
 se ahuyentan cuanto me ven.

MUJER

¡Payador! ¡Lo felicito!
 Pero por la pinta, creo
 que si canta han de aplaudirlo
 riéndose, los benteveos.

VARÓN

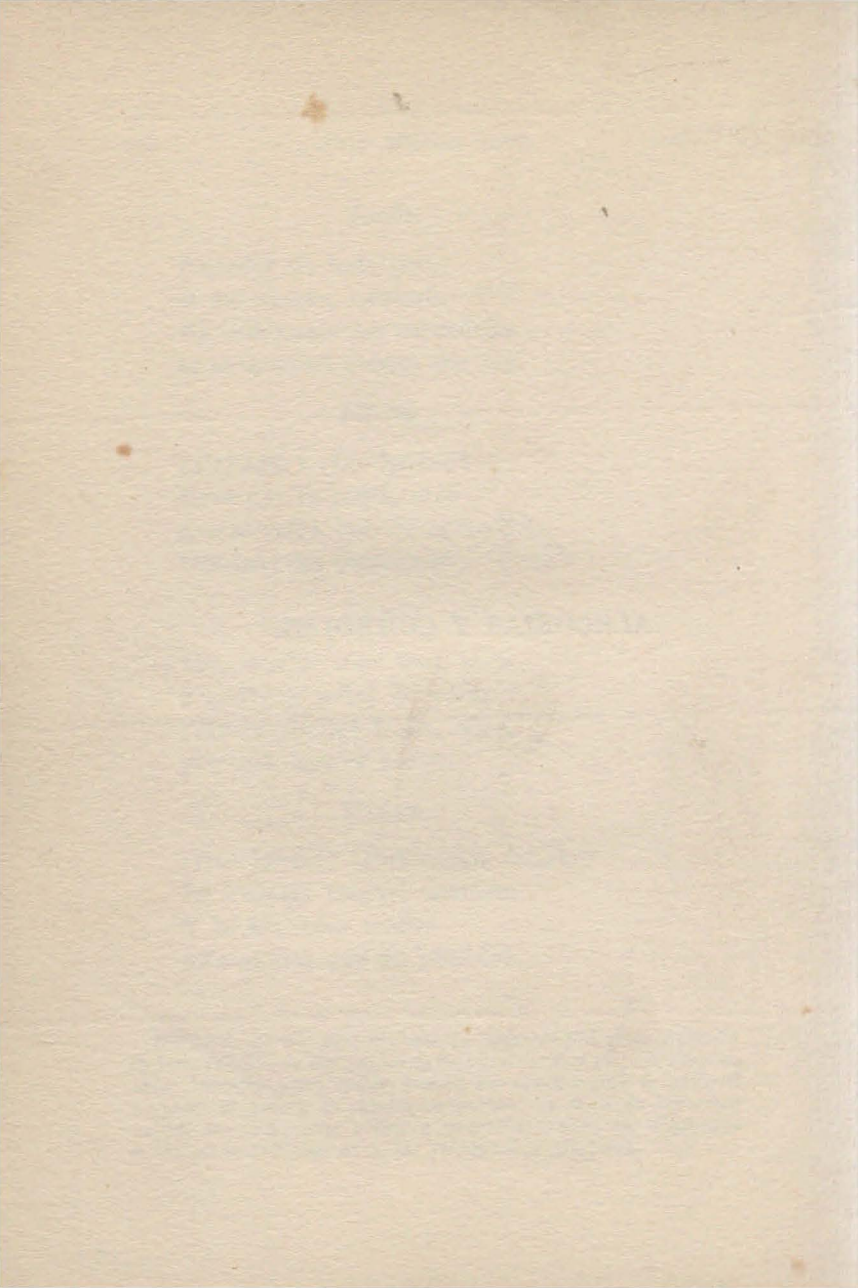
He resuelto irme muy lejos
 a rodar mundos de veras...
 ¡Hasta dónde? Lejos, lejos,
 por allá, por la *vedera*.

MUJER

¡Qué horror! ¡Qué coraje gaucho!
 La historia hablará después.
 Y tu aventura tendrá
 más ruidos que un cascabel.

NOTAS. — a) *Aprovéchese la oportunidad para advertir la incorrección de las palabras en letra cursiva; b) Se ofrecen estas estrofas para evitar que en los actos donde se baile el pericón, el gato o la zamba, se pongan en boca de los niños coplas sin duda más bellas y expresivas, pero no ajustadas a las circunstancias ni a las finalidades escolares.*

ALEGORÍAS Y COMEDIAS



EN EL DÍA DE LA PATRIA

Conjunto organizado así, en el escenario: La República, en el centro; detrás y en lo alto, la Libertad con las cadenas que ha destrozado; a la izquierda y a la derecha de ésta, respectivamente, la Justicia y la Historia con sus atributos; la Ciencia y la Paz, a uno y otro lado; en la misma forma, el Trabajo y la Industria; a ambos lados de la República, boys-scout, marinos y militares, sentados escalonadamente, y delante, niños escolares con sus útiles y niñas con ramos; a derecha e izquierda, cerrando el cuadro, dos niñas de pie, sosteniendo arcos de flores. Los personajes como la Paz, la Historia, etc., pueden llevar sus nombres en letras doradas.

UN MILITAR

(A la República)

Al cabo puedo mirarte
ya mis venas resteñadas,

lejos de la lucha heroica
donde se melló mi espada.

MARINO

De igual modo te contemplo
aquí o desde mi navío
que ya no lastro con plomo
sino con laurel y olivo.

LIBERTAD

Verdad. Ambos combatisteis
con amor y con denuedo,
secundados en los campos
y en los mares, por el pueblo.
Yo nací, y entonces tú

(A la República)

después de muchos esfuerzos
te constituiste, y robusta
vas, día a día, creciendo.

PAZ

Yo dí mi beso de amor
acallando los rencores,
para que el bien repartiera
a mano abierta sus dones.

TRABAJO

Y yo entonces en el surco
volqué todos mis afanes,
olvidé todos los odios
y sacié todas las hambres;
y acomodé sobre el riel
la riqueza que es gran base

cuando la equidad gobierna
y el bienestar se comparte.

INDUSTRIA

(Al Trabajo)

Es cierto. Tu brazo férreo
mis maquinarias movió,
sacando al monte y al prado
lo que Natura les dió.

CIENCIA

Yo cooperé. Si no, ciego,
el trabajo se prodiga
y sin tasa ni provecho
por doquier se desperdicia.

JUSTICIA

Mi balanza siempre estuvo
resguardada, y listo el fiel,
con la pena para el pillo,
para el bueno con el bien.

UN BOY-SCOUT

Mientras mi vida se entreabre
al calor de la experiencia,
he resuelto no quedarme
en deleznable promesa.

ESCOLAR

Y yo, que para eso estudio,
con mi esfuerzo he de llegar
a ser un obrero bueno
o a ser un buen capitán,
o a ser un médico sabio

o a ser un hombre formal,
o a ser un ricacho honrado,
o un incansable gañán,
pues sé que todo hace falta
dentro de la sociedad
donde nadie, ¡pero nadie!,
vive tan solo de pan.

HISTORIA

Bien, chicuelo; bien, vosotros
que así lo habéis comprendido.
Con un concepto moderno
en mis hojas eso he escrito.

REPÚBLICA

Si así siempre procedéis,
fuerte y noble, por mi senda
iré sin baldón alzando
para abrir rumbos, mi enseña.
Extranjeros y argentinos
vivirán aquí sin mengua,
mientras labrando sus dichas
aquilaten mi grandeza.
Y hoy, mañana, siempre, ¡siempre!...
como en una unción excelsa
cantemos... (*Pausa*). Oíd las notas
del gran Himno que comienza.

(*La introducción del Himno*).

TELÓN

EL AHORRO

Escritorio. Algunas flores. Muebles anticuados. Cuadros con motivos camperos.

DON PONCIANO. — Ya ando de viejo y pobre que no sé dónde caer, amigo Capolongui.

CAPOLONGUI. — Tiene la culpa usted, don Ponciano...

DON PONCIANO. — ¡Yo la culpa de los años que han pasado?

CAPOLONGUI. — No quería referirme a eso, gajes del tiempo y bendición de Dios, cuando se ha vivido tan honradamente como usted.

DON PONCIANO. — ¡Entonces?...

CAPOLONGUI. — Aludía a lo de pobre.

DON PONCIANO. — Es lo mismo.

CAPOLONGUI. — No, y no se enoje con quien lo estima. No es lo mismo. La vejez no depende de su voluntad. Su situación, sí...

DON PONCIANO. — ¡Muy bien! ¡De modo que mi pobreza es culpa mía?

CAPOLONGUI. — Posiblemente.

DON PONCIANO. — ¡Supone usted que yo he sido un derrochador o un vicioso? ¡Si no he salido de mis pagos para no perder el tiempo en nada, ni he dormido fuera de mis ranchos por la fiesta más linda del mundo!

CAPOLONGUI. — Lo sé, lo sé, y está demás que lo repita.

DON PONCIANO. — ¡Entonces?...

CAPOLONGUI. — Aquí está el punto serio. Ayer, esto es, hará cuarenta años, usted, que entonces tenía treinta de edad, debió mirar lejos, como el que va de viaje hacia un país desconocido y no sabe cuántos caballos debe llevar listos en su tropilla. Hoy diríamos qué cantidad de litros de nafta en el auto.

DON PONCIANO. — ¡Así es que yo debí mirar lejos, como cuando se divisa la tormenta tendida en el pajonal, y no he mirado nada? ¡Ocurrencia la suya! Lo único que no he pensado es que iban a andar los muchachos de ahora en bicicleta, como yo a los tres años sobre las escobas, ni los extranjeros en esas cajas de lata que aventajan a los chajáes, zumbando más allá de las nubes. Eso no he pensado. Lo demás, sí. Ya en mi tiempo corría “La Porteña”, y sus rumores nos decían cosas que semejaban fantasía. Hasta la marcha de ese monstruo imitaba el ruego del avaro: “Mucha plata, mucha plata...” ¡Calcule si habré mirado lejos!

CAPOLONGUI. — Pero acaso miró sin cuidarse los bolsillos...

DON PONCIANO. — ¡Eh? A mí nadie me ha robado. Yo, si he querido, he dado lo que se me ocurrió. Sin pesar una res ni medir el largo de su cuero

para lazo o lo que fuera. Yo he dado a sabiendas. He dado... Sí, es verdad. He dado mucho. Tres estancias tenía entonces. Treinta mil lanares... (*Baja la cabeza*).

CAPOLONGUI. — ¿Qué? ¿Se ha puesto triste? ¿Saca la cuenta recién?

DON PONCIANO. — Creí que el dinero manaba en mis campos. ¿Si había vellones en la esquila!

CAPOLONGUI. — Y amigos que lo aguardaban a usted.

DON PONCIANO. — ¿Amigos?

CAPOLONGUI. — Al menos así los denominaba usted.

DON PONCIANO. — ¿Amigos? ¿Pillos, Capolongui! Pillos que se aprovechaban de un criollo mano abierta.

CAPOLONGUI. — ¡Dolorosa verdad, don Ponciano! Dió usted más al pillo que al bueno, porque éste, como usted ahora, generalmente no extiende la mano porque aun le resta un tesoro: la vergüenza.

DON PONCIANO. — Gracias. Con eso comienzo un nuevo rumbo a los setenta. ¿Creerá que, sin ser mezquino, guardo ahora los cobres que antes juntaba en bolsas para arrojar en los atrios a los chicos, cada vez que salía de padrino — y eran muchas las veces —, porque yo debía ser, lo comprendo recién, algo así como...

CAPOLONGUI. — ¿El pavo de la boda?

DON PONCIANO. — Efectivamente. (Ríe). Me hace

usted un poco feliz con esa frase. Yo iba a decir algo así como el protector del pago. Pero voy a aceptar su calificación. Hace de cuenta que me acabo de sacar la venda de los ojos. ¡El pavo de la boda! (*Ríe*). ¡Tiene razón! ¡Claro! ¡Lo advierto! Yo era el hombre más criollo, más bueno, de mejor trato... ¡Si habré oído esto! Y hasta esto: "... si no tiene inconveniente para prestarme su ayuda, don Ponciano!" ¡El pavo de la boda!... Si me lo hubiera dicho antes usted, todavía podríamos tomar mate en "La Loma", y aun apartar una vaquillona para asarla con cuero.

CAPOLONGUI. — Fué usted un hombre bueno y mano abierta. No le censuro su bondad, porque el mundo necesita muchos hombres con su corazón. Pero debió ser previsor y ahorrativo.

DON PONCIANO. — ¡Ahorrar entonces! Cosa de gringos, se decía.

CAPOLONGUI. — Se lo decían.

DON PONCIANO. — Efectivamente, me lo decían, y mi amor propio de criollo se sentía herido. La consecuencia era abrir el potrero para que carnearan a gusto los falsos amigos.

CAPOLONGUI. — Bien. Nunca es tarde advertirlo.

DON PONCIANO. — Claro es que hasta que mis cobres alcancen para comprarme un solar tendré que vivir cien años más.

CAPOLONGUI. — Como debió hacerlo antes, no piense

en lo que debe vivir, sino en lo que debe hacer.

DON PONCIANO. — ¡Verdad! ¡Verdad! Si hay algo que me preocupa ahora, es ofrecer buenos ejemplos.

CAPOLONGUI. — También es oro eso.

DON PONCIANO. — En mi caso, es toda una fortuna que quiero legar a mis nietos. ¡Me viera usted pegando estampillas de medio centavo con los pebetitos! A veces discutimos buen rato, porque se les ocurre que debo fumar algunos cigarrillos menos en el día, para tener ellos varias estampillas más y yo mejor salud.

CAPOLONGUI. — ¿Y no es feliz así?

DON PONCIANO. — ¡Oh, sí! Tanto como cuando tenía campos y ganados en abundancia. (*Entra corriendo un nieto*).

NIETO. — ¡Abuelo! ¡Abuelo! ¿No me trajo las estampillas?

DON PONCIANO. — Salude primero, amigo.

NIETO. — Buenas tardes, señor.

CAPOLONGUI. — Muy buenas tardes, chico lindo e inteligente.

DON PONCIANO. — No se avergüence, que si no es muy lindo, a no ser para la mamá y el abuelo, lo otro nadie se lo discutirá. ¡Hasta sabe el interés que gana en tres meses un peso! (*Ríe*). Bueno. Ahora lo atiendo. Con permiso, Capolongui. Hable.

NIETO. — La Beba tiene tres centavos más que yo.

DON PONCIANO. — Será más ahorrativa. Usted, a lo mejor, se parece al abuelo de antes.

NIETO. — Es que usted no me dió aún lo que correspondía a los tres cigarros que no fumó.

DON PONCIANO. — ¡Al cabo, amigo! Pero vea, no me he olvidado. Aquí están sus estampillas.

NIETO. — Gracias, abuelo. Así le compraremos pronto el terreno que quiere... (*Se va corriendo*).

DON PONCIANO. — El terrenito... ¡Mire qué inocencia encantadora! El terrenito en la Recoleta, me digo yo sin alzar la voz.

CAPOLONGUI. — Eso no debe preocuparnos a nuestra edad. Pero debe entercernos las intenciones de un chiquillo como su nieto. Ya ve. La bondad y el ahorro pueden andar de la mano.

DON PONCIANO. — ¡Verdad! ¡Verdad!

CAPOLONGUI. — Tanta verdad hay en eso, que de nada vale el intento de hacer caridad si no se ha sabido primero guardar, ahorrando para esa noble y humanitaria finalidad. (*Entra la nieta, algo mohina*).

DON PONCIANO. — ¡Oh! ¿Ahora usted? ¿Qué ocurre? ¿Riña? ¿Ve? Eso es lo malo del interés. ¡Hable, señorita, ya que también se olvidó de saludar a los amigos!

NIETA. — Que el Toto dice que él solo va a comprar el terrenito para usted.

DON PONCIANO (*La abraza emocionado. El amigo disimula, da vuelta y saca un pañuelo*). — ¡Mi

querida! No llore por eso. ¡Usted mandará construir la casa de diez pisos!

NIETA. — ¡Sí, abuelo?

DON PONCIANO. — ¡Claro que sí!

NIETA (*Se desprende de los brazos, da un salto de sus faldas y sale corriendo mientras grita*).
¡Toto! ¡Toto! Te gané. Yo le voy a hacer la casa con mis ahorros!

(*Mientras va cayendo el telón, se abrazan emocionados los viejos amigos*).

DON PONCIANO. — ¡Amigo!... (*Solloza*). ¡Amigo!... ¡Las cosas de los chicos!...

CAPOLONGUI. — Esto es felicidad, aunque llene de lágrimas los ojos. Siga ahorrando lo que ahorró a bolsadas: amor de criollo noble.

DON PONCIANO. — ¡Gracias! ¡Gracias! Elogio y consejo de un buen amigo, son buenas muletas para la vejez, y alas fuertes para la esperanza. ¡Gracias! ¡Gracias, mi gran amigo! ¡Gracias!

TELÓN RÁPIDO

EL DÍA DEL ÁRBOL

Los niños, tomados de la mano, giran y cantan alrededor del hoyo. En el centro están los alum-

*nos, que tienen la planta y la pala.
Fuera, la maestra y el niño con la
regadera.*

Música del Coro

Alegre

CORO

*Plantita que un día
tendrás flores, nidos,*

*cien frutos sabrosos
y múltiples trinos.
Nuestro eco es augurio
de cosas muy buenas:
Sol, lluvia y amparo,
vigor y belleza.*

MAESTRA

Cese un instante la armoniosa ronda.
Tome el obrero su instrumento noble.
La planta quiere que la fijen pronto,
para recompensarlos con sus flores.

NIÑO A

(Colocando la planta)

Esta es tu cunita:
crece, crece, crece.
De noche y de día
velaremos siempre.

NIÑO B

(Hace lo que dice)

Vaya esta palada
de excelente tierra
como una caricia
de toda la escuela.

MAESTRA

Muy bien dicho. Y agrega: Servidores,
aunque humildes, seremos de la Patria,
cuando abramos un surco o amorosos
pongamos donde fuere alguna planta.

NIÑO C

(Con la regadera)

¡Ahora yo, señorita?

MAESTRA

Con prudencia y atención.

NIÑO A

¡Oh! ¡Qué tarea bonita!...

NIÑO B

Es una lluvia bendita...

MAESTRA

O una bendita intención.

CORO

*Plantita que un día
tendrás flores, nidos,
cien frutos sabrosos
y múltiples trinos.*

(Giran,

*Nuestro eco es augurio
de cosas muy buenas:
Sol, lluvia y amparo,
vigor y belleza.*

MAESTRA

Rompan fila y diligentes
cada uno eche su puñado.
La tierra no mancha nunca;
se honra quien le hunde sus manos.
La tierra es nuestro escenario,
nuestra cuna y nuestra fosa.
Ella reserva a los buenos
sustento, alegría y gloria.

Ella hará que esta plantita
obre el divino milagro
de aliviar hasta el dolor
de los que nada plantaron.

CORO

*Plantita que un día
(etc.)*

*(Cantan libremente, echando
tierra y arreglando otras plan-
titas).*

LAS DOS MUÑECAS

*Un bazar. Pequeño mostrador al
frente. A un lado y a otro, cada
una de las muñecas.*

VENDEDOR (*Al público*)

Van a hablar mis muñequitas,
cada cual a su manera.
Son, como son mis vecinas,
la de allá, la de aquí cerca,
la que ansía ser aldeana,
la que quiere ser princesa...
Atención: ¿quién vió en el mundo
invención más estupenda?

¿Ven?... Madera, hierro, estopa... (*Toca*)
 ¡Y hablan!... La pobre comiienza.

(*Señalándola*)

LA MUÑECA POBRE

(*Adelantándose*)

Con qué amor puso la abuela
 este remiendo en mi capa
 y me dijo cariñosa:
 “ Sé siempre buena y honrada;
 “ no desprecies el trabajo
 “ de la aguja que se afana
 “ ganando el pan de esos niños
 “ que la suerte despiadada
 “ echó al arroyo. La dicha
 “ no siempre está donde canta
 “ sus vanidades el oro
 “ o sus triunfos la arrogancia”.

Con qué gusto el abuelito
 me hizo este ramo de dalias
 advirtiéndome: “Comprende,
 “ tesoro, encanto, alborada,
 “ que donde el color abunda
 “ suele faltar la fragancia.
 “ En la vida de los hombres
 “ las cosas muy poco cambian:
 “ en vez de pétalos, lujo,
 “ y en vez de perfume, audacia.
 “ Sin embargo, a nuestro lado,
 “ envuelta en humilde saya,

“suele ir la sabiduría
“o la honra”. Desde esta caja
observé también al mundo
pasar... pasar. Mi pobre alma
se puso muy triste un día,
al ver que en la caravana,
junto a unos pies bien calzados,
dos pies desnudos sangraban.
¡Oh, madre, si Dios viera eso!
Otra ocasión, muchas lágrimas
vertieron estos dos ojos...
En una choza olvidada
hería el mal a tres niños,
y la madre se arrastraba
muriendo, por darles algo
del calor de sus entrañas.
¡Señor, Señor! Haz que siempre
mi corazón noble lata
por la pena de los tristes,
por los huérfanos que llaman
en los suntuosos portales,
donde el egoísmo canta
ditirambos a la incuria
mientras denigra a la patria.
¡Señor, Señor! Haz que junto
al umbral de cada casa
donde reine la miseria,
pueda yo estar, y mi gracia
sea el bálsamo que cura

o la ilusión realizada.
 Yo soy la hermanita pobre
 de los pobres. Nada, nada
 quiero de aquello que amengua
 el amor que nos hermana.
 Señor: Cuando menos, déjame
 ser una dulce esperanza
 donde la piedad no llega
 y los Reyes nunca pasan.

(Quédase inmóvil)

VENDEDOR

La rica ahora. En la vida
 sucede de igual manera.
 Cada uno pinta su cuadro
 según cargue su paleta.
 Cada uno mira hacia el mundo
 por el cristal de su puerta.
 ¡Difícil saber cómo es
 el dolor que a otro atormenta!
 Pero, ¿a qué hablar yo?... Señores:
 Mejor lo hará esta muñeca.

(Señalándola)

LA MUÑECA RICA

(Adelantándose)

¡Bendigo la inmensa suerte
 que bosquejó mi destino!
 Aquí no entra la miseria
 ni el dolor lanza sus gritos.
 Cuando tras de los cristales

de mi gran palacio miro
sin sus pétalos las rosas,
tumbados los eucaliptos,
me pregunto: ¿Por qué gimen
junto al umbral los chiquillos?
Mientras el cielo deshoja
sobre los techos sus lirios,
yo pienso junto a la estufa:
¿Por qué se mueren de frío
los corderos en los prados
y las aves en sus nidos?
¿Es posible que haya manos
que ruegan un pedacito
del pan que abunda en mi mesa
y que cien veces yo tiro?
Estas sedas son las alas
de mi ensueño más querido...
Perlas pusieron las hadas
al borde de mi camino;
joyas, las niñas más bellas;
las damas, todos sus mimos.
Cuando algún príncipe quiera
hacer más leve su hastío,
me llevará a sus estados,
donde se alza su castillo.
¡Qué servidumbre tendré!
Negros, blancos, amarillos
serán mis humildes pajes,
y mis ayas, cien vestidos

cambiarán para halagarme
sólo un día. Mis oídos
oirán las arpas del cielo
y en los más variados ritmos
elogiarán los troveros
mi belleza y mis caprichos.
Mi vida será un dechado
de placeres, donde el vino
moverá los corazones
y encenderá los sentidos.
Y la humildad haraposa
no pisará mi recinto;
no llamará la desdicha
a mi puerta, y el rocío
llorará por mí en los cercos,
y pagaré ese servicio...
¡Tendré oro para comprar
desde la honra hasta el destino!
¡Glorias... riquezas! Señor:
Ninguna otra cosa os pido.

(Quédase inmóvil)

VENDEDOR

¿Deseáis comprar alguna?
Mejor será que os ofrezca
sus reflexiones. La vida
anda corta en experiencias.
Hallar en el cerco de otros
ejemplos, es gran cosecha.

Sin inmutarse dijeron
lo que sienten, mis muñecas.
¡Aprovechad! Nunca nadie
con tanta honradez se expresa.
Pero, ¡cuidado! Ser pobre
no es siempre una cosa buena
cuando hay campos, mares, libros,
salud, fuerza, inteligencia.
Ser rico no es un delito
si el dinero bien se emplea.
Y la virtud no siempre anda
descalza por las aldeas.
Tampoco el honor es hijo
del desgano y la miseria.
Hay corazones muy nobles
bajo los chales de seda.
¡Cuidado, amigos! Tan sólo
he mostrado dos facetas
del ambiente. Recoged
lo que de ambas se merezca.

(Pausa)

¡Buenas noches! Tienen sueño
mis admiradas muñecas.
¡Buenas noches! Y mil gracias,
respetable concurrencia.

CUADRO DEL ALCOHOLISMO

Mostrador, estantería con botellas, mesas, bancos, etc.

ESCENA I

El tabernero, detrás del mostrador, arreglando frascos, y el borracho, casi dormido, de codos sobre una mesa.

BORRACHO (*Levantando la cabeza*)

Yo soy un hombre genial...

Yo soy el genio en persona...

TABERNERO (*Dándose vuelta*)

Tú eres... Hermano, ¡qué "mona"! ,
la madrastra del parral.

Con un poco de alcohol
me adueño de tu dinero.

Soy el futuro banquero

que ha de guardarse hasta el sol.

De los pobres, qué me importa;

de los huérfanos, muy poco.

Pero me pongo hecho un loco

y veo la vida corta

cuando mi caudal recuento,

cuando el oro tintinea,

y cuando en esta tarea

¡gano el doscientos por ciento!

BORRACHO (*Pegando en el mostrador*)

¡Caña! ¡Caña! ¡Caña fuerte,
para quemarme la entraña!
¡Miserable, dame caña (*Encarándolo*)
que así me darás la muerte!

TABERNERO

No me asusto. No me apeno.
Bebe, que yo he de reír...
Si no es esto un elixir,
¡te aseguro que es veneno!
En treinta años que lo doy,
mil difuntos me agradecen,
y mis intereses crecen
discretamente. No soy
tan malo. Si éste termina

(*En voz baja, señalando al
borracho*).

tendré consideración...
¡Hay aquí más de un cajón
de Biter o "Cañisina"!

BORRACHO

Débil soy, y tú, canalla,
me apartas de mi deber...

TABERNERO (*Se asoma*)

¡Eh, que viene tu mujer!...
¡Bebe, bebe, huye y calla!

BORRACHO

¿Qué he de huir? ¿Adónde, adónde?

(*Se para tambaleante*)

Soy nave que busca el fondo.

TABERNERO

Ven, borracho, que te escondo.

BORRACHO

¡La vergüenza no se esconde!...

(*Con amargura*)

ESCENA II

Dichos y la mujer que entra.

MUJER (*Al tabernero*)

¡Miserable mercader
que destruyes un hogar!
Hoy mismo vas a cobrar
disgustos. Ya lo has de ver...

TABERNERO

Pero, si él pide...

MUJER

¡Villano!

Niega el mal a quien lo ruega,
porque la ignorancia es ciega
y el vicio es su torpe hermano.

(*Al esposo*)

Y tú, ¿qué piensas?...

BORRACHO

Yo pienso...

que ya ni pienso... ni pío...

TABERNERO

Señora: Es un cliente mío;
le tengo un cariño inmenso...

MUJER (*A los dos, respectivamente*)

¡Verdugo!... Y tú, ¡desdichado!
El mundo así se degrada.
Para un borracho no hay nada,
porque todo lo ha olvidado.

ESCENA III

*Sale el tabernero, simulando
buscar algo, y entra una niña.*

NIÑA

¡Mamita, pan! ¡Pan, mamita!
Y abrígame, por favor!
¡Ese es papá? ¡Qué color! (*Fijándose*)
¡Estará enfermo?

BORRACHO

¡Mi hijita! (*Emocionado*)
Tu dulce voz me despierta,
tu corazón me da aliento.
¡Soy una brizna que el viento
arrebató de una puerta!
¡Enfermo! ¡Triste verdad!...

MUJER

Sí, nena; papá está enfermo.

BORRACHO

(*Con desprecio de sí mismo*)

Yo soy el valle más yermo,
y ellas, flores de piedad.

NIÑA

¡Vamos! No sufras.

BORRACHO

Lo intento... (*Tambaleante*)

MUJER

Resuelve tu situación. (*Serena y afectuosa*)

BORRACHO

Yo reclamo tu perdón...
El último...

MUJER

¡Ya va un ciento! (*Apenada*)

Pero ¡guay! del ciento uno. (*Activa*)

¿No ves peligrar tu vida?

¿No ves a tu hija querida?

BORRACHO

¡Casi no veo a ninguno!...

(*Atontado. Haciendo pausas*)

Pero juro no volver...

Y he de tapiar la despensa...

Comienzo a tener vergüenza...

Ya comienzo a comprender...

MUJER

Era tiempo. Ya tu hogar (*Triste*)

zozobraba en el dolor.
Yo he sostenido el honor,
mas me empezaba a cansar...

ESCENA IV

Dichos y el tabernero, que vuelve con una regadera y un embudo.

TABERNERO

No me halaga la clientela
que no se emborracha bien,
ni hace del patio un edén,
bailando su tarantela.

BORRACHO

(Lo ataca)

¡Infame! Aguarda... Verás...
No te ocultes... ¡Traicionero!...

MUJER

¡No, no, Juan! ¡No, Juan, no quiero!
Déjalo a ese cachafaz. *(Le detiene)*

(El tabernero huye y la mujer y el borracho salen. La niña arroja piedras contra los estantes).

NIÑA

¡Toma!... ¡Toma!... Y a papá

no envenenes otra vez...
 Para que no hagas después
 nuevas víctimas, ¡ahí va!...

(Arroja la última piedra)

TELÓN

EL HOMBRE FUERTE

Rincón de una chacra. Arados, ruedas, bigornias, rastrillos. Al fondo, la llanura o cualquier aspecto de la campiña.

EL LABRADOR. — Señor: Todo mi afán. Levantarme al alba. Ir sobre la escarcha, contra la espina, frente a las malezas, empapado por los chaparrones o tostado por el sol... Señor: todo mi afán volcado en la era para esto... ¡Maldita langosta! Era una nube fatídica aquello. Después, los árboles, el maíz y las hortalizas aumentaron el verdor. ¡Ilusión! Al día siguiente, las ramas parecían esqueletos y la tierra negreaba desolada. ¡Aun la ropa que se oreaba les fué poco para saciar su voracidad! Señor: ¿Tendré fuerzas para abrir nuevos surcos? *(Cruza el escenario. Ademanos y aspecto de*

desesperado. La langosta entra por el mismo lado que lo hiciera el agricultor).

LANGOSTA. — Aquí no hay más que hierro. Yo cuido mi dentadura. No le comeré ni un tornillo a ese bribón. ¡Miren que sembrar cien hectáreas solamente! ¡Que no sabía que venía mi papá, mi mamá, mi hermanita mayor, la otra menor que ésta?... Bueno: hasta cinco mil millones de trillones, más o menos.

EL GRILLO. — ¡Señorita! (*Saliendo de abajo de un cajón*).

LANGOSTA. — ¡Señor!

EL GRILLO. — Supongo que no pensaré presentarme a su parentela... Pero al menos, permítame que la salude a usted.

LANGOSTA. — Una servidora: Doña Langosta. Su casa, cien kilómetros al norte del Chaco. No hay teléfono.

EL GRILLO. — Gracias. ¡Tanto gusto! Don Grillo: Su cueva, junto al fogón, dormitorio izquierdo del gato barcino, tallo de hongo en el portal, con inscripciones desconocidas.

LANGOSTA. — Gracias. Ya tendré el placer de visitarle.

EL GRILLO. — Igualmente... (*Pausa*). ¡Podría saberse en qué puedo serle útil?

LANGOSTA. — ¡Es usted comible?

EL GRILLO. — ¡Señora!

LANGOSTA. — ¡El hambre es terrible, señor! ¡Tres minutos que no pruebo bocado!

EL GRILLO. — ¿Qué diré yo, que no he almorzado en todo el invierno?

LANGOSTA. — ¡El hambre es fatal, señor! (*Avanza*).

EL GRILLO. — Conserve la distancia, señora. Aquí guardamos el mayor respeto a las damas. (*Ademán*).

LA LANGOSTA. — ¡Es que el hambre... señor! ¡Tres minutos sin comer!... ¿Qué ha hecho ese hombre haragán que no nos ha esperado con cien leguas de buen sembrado?

EL GRILLO. — No le han dado tiempo ni ha recibido aviso. Porque le aseguro que el individuo ése es guapo. ¡Demonios ni es guapo! No habían cantado los gallos ni pintado la aurora, cuando ya partía con su yunta: “¡Arre, arre, Barroso... Pampa!” El sol llegaba al cenit, y volvía: “¡Arre, arre, bueyes flojos, arre!” Comía su pobre sopa con cuatro garbanzos y salía otra vez: “¡Arre, arre!”, hasta que el sol, emponchado en las nubes, caía entre los pajonales. Aun tuve alguna linda noche de luna que interrumpir mi canto o cambiar de casa, porque tras su “¡Arre, arre!”, venía la reja haciendo de las suyas. ¡Cómo cultivaba ese incansable ser! Acaso la esperaba a usted y a su familia. Porque sus diez chiquillos no comen tanto.

LANGOSTA. — ¡Qué nos iba a esperar ese flojo! “¡Arre, arre!”. ¡Confiar en los pobres bueyes, perder las noches durmiendo para recibirnos con cien miserables hectáreas! Otra vez no volvemos... A lo mejor ahora mismo...

EL GRILLO. — ¿Quiere que se lo diga? (*Interrumpiéndola*).

LANGOSTA. — Aun no.

EL GRILLO. — ¿Entonces?

LANGOSTA. — Mire: vamos a ver qué puedo hacer yo aquí para saciar mi apetito.

EL GRILLO. — Aquí tiene una escoba.

LANGOSTA. — ¡Ah! ¡Muy bien! Pero, ¿no podría llamar al dueño para que la humedezca un poco?

EL GRILLO. — ¡Imposible, señora! El labrador, con sus diez hijos y su esposa enferma, van por aquella huella polvorienta hacia el camino real.

LANGOSTA. — ¡Qué descomedido!

EL GRILLO. — Yo puedo, sin embargo, buscar a quien le ha de atender diligentemente.

LANGOSTA. — ¡Al momento! (*Imperativa*).

EL GRILLO. — ¡Volando!... Es verdad que no tengo alas. (*Aparte*). Saltando, señora. (*Sale el Grillo apresuradamente*).

LANGOSTA. — (*Revisa, revuelve, mira abajo, arriba...*) ¡Gente miserable! ¡Todavía las ha de ayudar el cielo! ¡Miserables! ¿Y cómo hemos de alimentar a nuestros pequeñuelos, que no tardarán en alegrar a estos campos tristes con sus graciosas andanzas? Voy a confiar en ese negro saltarín. Acaso de miedo que lo triture y le absorba su tinta china, me va a traer una solución económica para nuestro ilustre pueblo. Miremos estos hierros inútiles, mientras tanto. (*Observando*). ¡Una reja! ¡Cómo habrá cortado terrones y malezas para estar tan gastadita la pobre! ¿Y esto? Un juguete. ¿Se habrá entretenido el bribón del chacarero con este fuellecito? (*Pisa el acordeón y lo hace chillar*). ¡Cáspita! ¿Será una bestia que canta como el negro saltarín? ¡Prudencia, prudencia!... (*Se aleja*).

EL GRILLO. — (*Sorprendiéndola*). ¡Señora! ¡Señora Langosta!

LANGOSTA. — ¡Ah!... ¿Eh?... ¿Ya llegó? ¡Cáspita!

EL GRILLO. — ¡Disculpe! ¡Venía tan apurado! He hallado a una vecina que le informará a usted. ¿Quiere pasar?

LANGOSTA. — Sí, señor; en seguida. (*Sale*).

EL GRILLO. — ¡Me he salvado! Ella dará con la horma de su zapato. ¡Qué familia, los acridios!

Y aun cree que el agricultor la esperaba, y que sembró poco, y que debió trabajar y no dormir! Así también hay individuos como ese insecto voraz. Todo lo que los hombres honrados hacen es poco para ellos. Si ellos tuvieran que hacerlo, sus brazos y sus piernas se doblarían al segundo de comenzar las tareas y sus existencias no durarían un invierno. El que no se ha gastado las manos en las faenas, no sabe apreciar el sabor de una sopa de garbanzos. El castigo, sin embargo, llega...

EL GRILLO. — ¡La atendió, doña Gaviota? (*Al verla entrar*).

LA GAVIOTA. — (*Como haciendo un esfuerzo para deglutir*). Algo duritas las patas. La atendí... Estamos atendiendo a toda la familia con mis soldados. Sabes tú que somos las amigas del chacarero. El, a su vez, nos recompensa abriendo surcos donde abundan los más exquisitos manjares. (*Pausa*). ¡Qué aspecto tienes! ¡Y por qué ese silencio tan negro?

EL GRILLO. — Porque... porque...

LA GAVIOTA. — No me temas. Canta. Tu canto deleita al hombre. (*Pausa*). ¡Cómo llenas la soledad de las pampas cuando te empeñas en no dejar dormir a los cuerpos fatigados! Tu canto es, al cabo, un arrojó de la naturaleza. Los chicos creen que las luciérnagas son estrellitas que te buscan para llevarte al cielo donde reina

la paz eterna. ¡Canta... canta, que ahora tu canto sonará a gloria! ¡Ves aquella sábana de nieve que cubre el horizonte? Son mis hermanas de todos los rumbos que vienen a auxiliar al hombre. Dios no ha descuidado nada en el orbe. Voy a ver si son todas las que necesito. (*Sale*).

EL GRILLO. — Yo voy a sestear un rato, porque tengo que cantar un funeral a la indeseable y continuar el concierto que inicié el año pasado en homenaje de la luna. (*Váse*).

EL LABRADOR. — (*Trae barreras, lanzallamas, etc. Va colocando las cosas y hablando*). Hay que cuadrarse otra vez frente a la fatalidad. Mientras haya fuerzas, a luchar. Ella ya estaba mejor cuando subió a la diligencia, y sanará pronto. Eso me alegra. Los chicos necesitan de mí. (*Observando hacia afuera*). ¡Hum!... ¡Alas, alas blancas de mis compañeras! ¡Alas que Dios manda! ¡Bienvenidas, bienvenidas! ¡Ahora sí! ¡Ellas y yo! ¡Ahora sí! ¡Que ha de derrotarnos el infortunio? Señor, señor: ¡otra vez al rastrojo, alegre, fuerte! ¡Por la esposa, por los hijos, por la patria, por el bien de todos! ¡Ahora sí! ¡Habrá trigo! ¡Habrá pan! ¡Habrá dicha! ¡Música, música de grillos en los surcos; música de segadoras en las eras; música en el día de la recolección! ¡Ahora sí! (*Dando un golpe sobre el yunque*).

¡Campanada de gloria! ¡A luchar! ¡A vencer!
(Lo rodean numerosas gaviotas. Empuña la manera de un arado, cuyo timón se pierde hacia la izquierda. Al decir: "¡Arre, arre!", se desliza el arado, siguen al hombre las gaviotas y va cayendo lentamente el telón. Música delicada con notas, aparte, que imiten el canto del grillo).

MATRICULANDO AL PRIMOGÉNITO

(La mamá, la maestra, el niño, el portero y Pepito).

ESCENA I

La maestra y el portero

MAEST. — Primero de marzo y no tengo más que un alumno inscripto.

PORT. — Nu habrá más, señora...

MAEST. — No, Nicolás. ¡Qué no ha de haber! Es que ciertos padres son los mismos de siempre. No temen a las multas. Y parece que lo que menos les interesa es la educación de sus hijos. Los pobres, porque no leen los diarios, no saben nunca cuándo se abre la matrícula. Los ricos prefieren alargar el veraneo, que no es malo, acordándose que también la escuela es buena.

Las vacaciones son para reponernos; la educación es para hacernos mejores.

PORT. — Claru, señora. Se yu fuera menistru, de-
jretaría mil palus para los padres e para los
chicus.

MAEST. — ¡Qué ministro! Muy buena tu intención,
pero muy malo tu procedimiento. Hay que
convencer con la prédica.

PORT. — Y cun el palu. Porque la letra cun
sanjre...

MAEST. — No, Nicolás. Eso es viejo. Hay que edu-
car al pueblo comenzando por los niños, que
mañana serán hombres.

PORT. — Y buenu. Nu discutu. Pero a mí...

MAEST. — Sí. ¿Y qué has aprendido tú así?

PORT. — Buenu; yu le tenía odiu a las letras.

MAEST. — Le tenías odio por los palos. Mal proce-
dimiento, Nicolás, para despertar cariño.

PORT. — Y buenu. Se fuera menistru; y buenu, se
fuera menistru; y buenu, no sería porteru...
(*Rascándose la cabeza*).

MAEST. — ¡Preciosa reflexión! Por eso eres exce-
lente portero .

ESCENA II

Dichos y Pepito que se asoma

PEP. — ¡Señora, señora!

MAEST. — ¿Qué quieres, Pepito?

PEP. — Ya va a ser la hora.

MAEST. — ¡Cuántos niños hay en el patio?

PEP. — Uno... Yo solo, señora.

MAEST. — ¡Oh! ¡Qué les parece? ¡Tengo razón?
Un solo alumno: Pepito.

PORT. — ¡Se yu fuera menistru! (*Sale rascándose la cabeza*).

ESCENA III

Pepito y la maestra

PEP. — ¡Ha visto, señora, cómo habla Nicolás?
“¡Se yu fuera menistru!...” (*Se ríe*).

MAEST. — No hay que reírse por eso. No domina bien el castellano.

PEP. — ¡Pero si se hubiera educado!...

MAEST. — ¡Claro! Y entonces, como es inteligente, quién sabe no fuera ministro.

PEP. — ¡Qué lástima!

MAEST. — Verdad. Por eso estudia tú. Y recuerda las anécdotas de Sarmiento.

PEP. — Sí, señora. No las olvido. Aspiro a ser como Sarmiento.

MAEST. — Así me gusta. Bueno. Ve a llamar a Nicolás. (*Sale Pepito. Nicolás entra simultáneamente antes que lo llame*).

ESCENA IV

Maestra y Nicolás

PORT. — Señura... ¡Me necesitaba?

MAEST. — Dime, Nicolás: ¡no se ve venir a nadie?

PORT. — Sí, señora. Ahí en la puerta, hay tres personas: una señora, un chicu y el burru en que venían.

MAEST. — ¡Pero Nicolás!... (*Riéndose*). ¡Nicolás!
¡Hombre de Dios!

PORT. — Sí, señora: tres personas. Tres. ¡Se lu jarrantizu! ¡Tres, tres! (*Ademán*).

MAEST. — ¡Nicolás!... (*Ríe*). ¡Hombre!...

PORT. — Le juro. Tres... (*Se asoma*). Ya entran dos. La otra queda afuera.

ESCENA V

Entran la señora y el chico. Nicolás sale rascándose la cabeza

SEÑ. — ¡Güenas tardes!... Servirusté. Permiso, señora.

CHICO. — ¿Colevá? (*Extiende la mano*). ¿Colevá, doña?

MAEST. — ¡Buenas tardes! ¡Ah! ¡Qué atento!... (*Le da mano*). Te sacas el gorrito para estar más fresco. Así... (*Lo descubre*).

SEÑ. — ¡Ah! ¡Es más pícaro! ¡Si le habré dicho que se sacara la gorra! (*Cuando la maestra mira el registro, lo amenaza*).

MAEST. — ¿Qué edad tiene?

SEÑ. — No me acuerdo bien. Nació cuando las inundaciones...

MAEST. — ¡Ah, sí! Las de 1913. Siete años, entonces.

SEÑ. — Verdad. ¡Claro, pues! Había sido lista. ¡Miren qué cabeza! ¡Diantre!

MAEST. — (*Mientras escribe*) ¿De muy lejos vienen?

SEÑ. — Sí, pero con automóvil se llega pronto. Es ligerísimo.

CHICO. — Como exhalación.

SEÑ. — ¡Dejuro!

ESCENA VI

Dichos y Nicolás que entra

NIC. — Señura: se le va el utumóvil. Ha cortado la suga.

SEÑ. — ¡Jesús! ¡Nos quedamos de a pie! ¡Jesús! (*Va a salir*).

CHICO. — ¡Mama!... (*La toma de la pollera y la impide*). ¡Mama!... ¡Mama!...

SEÑ. — ¡Muchacho! ¡Dejame, por Dios! ¡Dejame! Largá o te doy. ¡Largá!

CHICO. — ¡Mama! (*Llorando*). ¡Mama... llevame! ¡Mama! ¡Mama!... Quero irme.

SEÑ. — ¡Quedate! ¡Diantre! (*Le da un empellón, sale corriendo y por detrás el chico y Nicolás*).

ESCENA VII

MAEST. — ¡Cuándo terminaré de inscribir al niño? ¡Hay que tener paciencia con esta gente! ¡Es buena, a veces, pero tan ignorante! (*Pausa*). ¿Qué hay que hacer? Para eso somos maestros.

Voy a arreglar otras cosas mientras vuelven. Nicolás se debe haber encantado del burro. (*Pausa*). Ahora dirá que son cuatro personas. (*Ríe. Arregla libros*). ¡Qué hombre! ¡Un simplete! Pero bueno y honrado. (*Breve intervalo*). ¡Qué barullo será ese? (*Se asoma*). Algo ha ocurrido. Ha sido una escena relámpago, aquí nomás. (*Se sienta*). Aguardemos. ¡Qué gente!

ESCENA VIII

La maestra y Pepito, que entra corriendo

PEP. — ¡Si viera, señora, a Nicolás, al chico y a la madre corriendo detrás del burro! ¿Sabe cómo lo llaman? ¡Automóvil! Nicolás lo subió. Pero el burro se lo sacó por las orejas. ¡Con qué cara se levantó Nicolás! Al fin lo agarraron. Todo ha sido cosa de un momentito.

MAEST. — Un momentito feliz, en medio de todo, porque te has divertido y nadie se ha lastimado. ¿No es así?

PEP. — Cierto, señora. Y la verdad es que aunque Nicolás no siente fama de jinete, nadie le negará valor y un sano deseo de hacer el bien.

MAEST. — Es exacto lo que dices, Pepito. El espíritu de abnegación no anda siempre en armonía con las expresiones atinadas. El buen corazón manda en esos casos. No lo olvides. Claro que si se obra y se habla bien, mejor. ¡Mucho mejor!

PEP. — Ya llegan, señora. (*Se tapa la boca para evitar la risa*).

MAEST. — Sé prudente, Pepito. Mucha prudencia, que ello revela cultura.

ESCENA IX

Dichos, más Nicolás, con la ropa algo desordenada; la señora y el chico

MAEST. — ¡Qué ha ocurrido?

PORT. — El burru del chieu... (*A la señora*). ¡Peru qué animal que había sidu su burru!...

SEÑ. — ¡Jesús, disculpe, maestro!

PORT. — ¡Jracias!...

SEÑ. — Usté las merece...

PORT. — ¡Jracias que nu he caídu del todú!

CHICO. — ¡Cómo se hubiera raido tata del criollo!

PORT. — Para eso es listo el gauchitu, ¿no?

CHICO. — Hijo e'tata...

PORT. — ¡Overu has de ser!...

MAEST. — ¡Bueno, bueno, basta! Ya pasó aquello y esto. Prosigamos la inscripción. (*Nicolás toma un plumero y se retira*).

PEP. — Con permiso, señora. (*Se retira, llevando un frasco*).

MAEST. — ¡Que sean lindas las flores!

PEP. — Rosas... (*Desde afuera*).

MAEST. — ¡Ah! ¡Muy bien!

ESCENA X

Dichos, menos Pepito y Nicolás

MAEST. — ¿Su nombre, señora?

SEÑ. — Petronila Paula M. del Pino y Piñero.

MAEST. — ¿El nombre de su esposo?

SEÑ. — Don Paulino Pino y Piñero. (*Orgullosa*).

MAEST. — ¿La profesión de su esposo?

SEÑ. — Hacendado. (*Con vanidad*).

MAEST. — ¿Dónde vive?

SEÑ. — Allicito. Frente a lo de don Timoteo, cuanto se pasa el boliche del "Quemao", al lado de lo de doña Camila, la madre de don Bartolo, el que fué alcalde por el año 80 y...

MAEST. — ¿Para qué grado el niño?

SEÑ. — (*Al chico*). A ver, hijito: ¿sabrías hacer unas letritas, no?

CHICO. — No quero... Salí. No quero. Vamos.

SEÑ. — ¿A ver hijito?... Ricura, ¿a ver?...

MAEST. — Déjelo. Primer grado. (*Anota*).

SEÑ. — ¡Qué chico más corto, éste! Pero hágalo estudiar. Ya sabe, señora. Porque es muy inteligente. Conoce los colores de todas las vaquitas. A ver, mi hijito, ¿de qué color es Automóvil?

CHICO. — No quero. No sé nada. Vamos a casa. No quero hablar.

SEÑ. — Tomá un caramelito. (*Le da y el chico mastica groseramente*). Pero vas a decir ese versito que te enseñó don Severo. ¿A ver? ¡Qué lindo

que lo hace! A ver, para que te oigan. ¡A ver?...

CHICO. — No quiero... Dame más... Mama, dame más. No quiero hablar.

SEÑ. — ¡Vas a ver!... (*Lo amenaza*). ¡Ignorante!
¡Cabeza dura! ¡Burro!

MAEST. — Déjelo. Ya veo que es inteligente. Pronto lo hemos de pasar a otro grado.

SEÑ. — ¡Terminó? Y disculpe la pregunta. Dejé la olla en el fuego.

MAEST. — Sí, señora. Puede irse.

SEÑ. — Bueno. ¡Adiós, señora! Se lo recomiedo.

MAEST. — ¡Pierda cuidado! Algo bueno hemos de sacar de él. Vaya tranquila. ¡Adiós, señora!
(*Le da la mano*).

CHICO. — No quiero... ¡Mamaaaa!!! (*Corre a tomarse del vestido. La madre sale, mientras la maestra forcejea con el chico*).

MAEST. — ¡Nicolás! ¡Nicolás! ¡Ayúdame!

CHICO. — ¡Mama! ¡Mama! ¡Vení, mama! ¡Mama!
¡Dejemén! ¡Mama, llevame! (*Llora*).

MAEST. — ¡Pero hijito! Sé bueno. Oye... Mira...

CHICO. — ¡No quiero! ¡Mamaaaa!... ¡Mama!...

ESCENA XI

La maestra, Nicolás y el chico

PORT. — (*Agarra al chico*). Nu te irás. Aquí dejarás de ser cumo el que te traju a cuestras. ¡Calla! No te irás.

CHICO. — ¡Mama!... ¡Señora!... ¡Dejemén!...
¡Mamaaa!... (*Gritando*). ¡Mamaaa!...

PORT. — Nu te irás... (*Le tapa la boca*). ¡Nu irás,
salvajitu!

MAEST. — ¡Silencio, Nicolás! Mide las palabras.
¡Silencio! ¡Cuidado!

PORT. — ¡Es que... se yu fuera menistru!... (*Sale
Nicolás rascándose la cabeza, después de dejar-
lo libre*). ¡Se yu fuera menistru!...

CHICO. — ¡Señora! ¡Señora! ¡Por favor!... ¡Ma-
maaa! Yo quero que venga mama. (*Gimiendo*).
¡Mama! ¡Dónde está mama! ¡Que venga!

ESCENA XII

Dichos, menos Nicolás

MAEST. — ¡Que no te gusta la escuela, hijito? ¡Cál-
mate! Sé bueno.

CHICO. — No quero. (*Llora*). Quero que venga ma-
ma. ¡Mamaaa!... (*Llora*).

MAEST. — ¡Calladito! Óyeme... No llores. Óye-
me... Aquí aprenderás cosas lindas. Aprenderás a leer, a cantar, a sacar cuentas. Y también jugarás, y después serás un hombre educado. ¿Te gusta? ¿Te gusta? ¿Sí? ¿Sí? (*Lo acaricia*).

CHICO. — No quero. ¡Mama... mama... señora!
(*Rogando, pero menos hosco*).

MAEST. — ¡Vamos! ¡No seas huraño! No temas,
que ésta es también tu casita. Toma. ¿A qué

no has visto un libro tan lindo? (*Pausa*). ¡Mira qué lápiz! Y un cuaderno para que hagas figuritas. (*Pausa*). ¡Eh? Para que pintes a Automóvil cuando lo tiró al criollo Nicolás... (*El chico mira, toma todo lo que le da y aun se sonríe*). Tú vas a ser bueno. (*Pausa*). ¡Y cuando sepas poner tu nombre! (*Pausa. Siempre como dejando que cada expresión produzca su efecto*). ¡Y cuando seas doctor! (*Mira ahora con cariño a la maestra. Suena la campana. Se sorprende*). No te asustes. Esa es nuestra linda campana escolar. Oye un versito. (*Muy suave y pausado*):

“Campanita buena
del nítido son:
tu dulce canción
no produce pena...”

CHICO. — (*Repentinamente*). ¡Qué lindo!

MAEST. — ¡Te gusta?

CHICO. — Sí...

MAEST. — ¡Quieres aprenderlo?

CHICO. — Sí, quero.

MAEST. — (*Gritando*). ¡Pepito, Pepito! Ven, que hay otro alumno, otro compañero. Un chico bueno y lindo. ¡Pepito!... Otro alumno.

ESCENA XIII

Dichos, Pepito y Nicolás

PEPITO. — (*Sorprendido*). ¡Cuál? ¡Cuál, señora?

(Coloca el frasco con flores sobre el escritorio).

MAEST. — Este... ¿Cómo te llamas, que tu mamá se olvidó de darme tu nombre?

CHICO. — Picholo.

MAEST. — Bueno, Pepito. Díle Picholo, por ahora. Sean buenos y jueguen. Tomen. Vayan a comerlas al patio. (*Les da naranjas*).

PEP. — ¡Gracias, señora! ¡Qué ricas han de ser!

CHICO. — ¡Gracias, señora! (*Por imitación. Salen. Entra Nicolás*).

ESCENA XIV

PORT. — ¡Qué paciencia, señora!

MAEST. — Para eso soy maestra.

PORT. — Lo que es yu, se fuera ministru...

MAEST. — Si fueras ministro recomendarías aún más paciencia, bondad y amor a los niños. Lo que sí, bregarías para que los maestros tuvieran buenos sueldos, buena casa y buenas bibliotecas.

PORT. — Sí, señora. ¡Se yu fuera ministru!... Sí, señora. Eso y más merecería usted y todus los que enseñan.

MAEST. — Pero por ahora, vete a limpiar los patios, que yo arreglaré los libros. (*Sale Nicolás*). ¡Si Nicolás fuera ministro! ¡Y a lo mejor el olmo da peras! ¡Santa intención de los espíritus humildes! ¡Si él fuera ministro! ¡Cuánto quiere expresar con tan pobre lenguaje! ¡Dios lleve

su anhelo al alma de los que puedan hacer efectivos los ideales del pueblo! ¡Ojalá!

TELÓN

NOTA. — Si se cree prudente, puede cambiarse el lenguaje del portero por el gauchesco, o por el lenguaje común, correcto. Mientras tanto, hágase notar y corregir los barbarismos, etc.

CORO GAUCHESCO

Grupos de niños, vestidos de gauchos, los varones, y de paisanitas, las niñas. Unos sentados sobre cabezas de vacas y troncos, en cuclillas, etc. Junto a una sartén, una niña simula freír tortas, que saca y reparte. Otra ceba mate y lo sirve a los demás. Simulan conversar, etc., como en una reunión. Un varón y Ramona tienen guitarras.

JUAN. — ¡Ahora, ni cerca, hermano! Antes sí había que ver cómo se festejaba este día glorioso. Siempre me acuerdo de esta copla que decía tatita:

El 25 de Mayo
es una fecha sin par,

porque dió a los argentinos
lo mejor: la libertad.

PEDRO. — ¡Muy linda, amigazo! Y bien parecida
a la que solía cantar mi “agüelita”.

JUAN. — ¡Y cómo era ésa, don?

PEDRO. — De este tenor, si es que puedo hacer me-
moria. (*Simula recordar. De repente, recita*):

Esta es la fecha, paisanos,
que no tiene parecido:
En ella nació la patria
que adoran los argentinos.

JUAN. — Bastante “güena” su copla, compañero.

PEDRO. — Regularcita, no más.

JUAN. — No sea modesto, don Pedro.

PEDRO. — ¡Le parece, don Juan? ¡Cosas de su güen
corazón!

JUAN. — ¡Se ha olvidado que no sé mentir... cuan-
do digo la verdad?

PEDRO. — Es usted demasiado generoso, o a lo me-
jor, esta vez miente. (*Ríe*).

RAMONA. — (*Poniéndose bruscamente de pie, con
la guitarra en la mano, los interrumpe*):

¡Paisanos! La patria quiere
que lleguemos a su cita
cantando una vidalita
que de amor el alma hiere.
El patriotismo no muere
cuando hay honra y cuando hay gloria;

cuando es augusta la historia
que ya se ha hecho secular...

“¡Aura!”, criollos y a cantar
como antes, en la victoria.

VARIOS. — ¡Muy lindo! ¡Muy bien! ¡Linda china!
¡Argentina debía de ser! (*Mientras tdnto, pre-
paran sus guitarras y simulan preludiar, los
que las tienen. Circulan los pasteles y los
mates*).

UN GUITARRERO. — ¡Están listos, paisanos? Parecen
enredados en las cuartas.

UNO. — Aguarde que trague este pastel, que parece
torta de horno.

UNA JOVEN. — ¡Exagerado para todo!

UNO. — ¡Para todo?

UNA JOVEN. — ¡Claro! ¡No se ha comido ya veinte
de esas tortas? (*Bromas y risa general*).

UN GUITARRERO. — ¡Listos? ¡Todavía con el morral?
¡Listos!

VARIOS. — Cuando mande... Ya estamos. Mande...

UN GUITARRERO. — Bueno. ¡Atención! A la voz de
“aura”... “¡Aura!...” (*Comienza el coro
con acompañamiento de guitarras*).

La patria se alegra

Vidalita

la vez que cantamos.

Cantemos dichosos

Vidalita

nuestro mejor canto.

Tal cantan las aves
Vidalita
 cuando el sol se asoma.
 Y cuando el sol se entra
Vidalita
 gimen casi todas.
 Que nunca se olvide
Vidalita
 el nombre de patria,
 y que vaya siempre
Vidalita
 grabado en el alma.
 Patria de mis padres,
Vidalita
 mi patria argentina:
 porque siempre triunfes
Vidalita
 daré hasta la vida.

(*Aplausos y apretones de manos*)

PEDRO. — Ni envidia le tenemos a los sapos.

JUAN. — Sea más prudente, gaucho.

PEDRO. — ¿Podría instruirme por qué?

JUAN. — Porque también hay ranas en el charco.
 (*Ríe malicioso*).

RAMONA. — ¡Matrero pícaro! ¡A que le doy! (*Levanta en broma una escoba*). ¡Los hubiera querido oír solos! ¡Se nos van todos los pingos del palenque, si lo intentan!

PEDRO. — No nos echen a perder la fiesta. Vamos al galpón, que ya ha comenzado el baile.

VARIOS. — ¡Vamos! ¡A bailar! ¡No se quede nadie!
¡Vamos, criollos!

UN VIEJO. — ¿Hasta nosotros?

OTRO. — ¿Y dónde vió usted rastrojo sin lechuzones? (*Risotadas y chanzas*).

UN VIEJO. — ¡Me va a ver en el malambo!

OTRO. — Crujiendo las tabas como buje sin engrasar. (*Risas y aplausos*).

JUAN. — (*A los viejos*). ¡A ver, muchachos! Las pruebas son mejores que las amenazas. Porque a lo mejor... ¡sólo hay humo en el fogón!

VARIOS. — ¡A bailar! ¡Vamos, gauchos! ¡Está muy lindo! ¡Vamos! Los viejos también. Para eso son más gauchos que viejos. (*En marcha*).

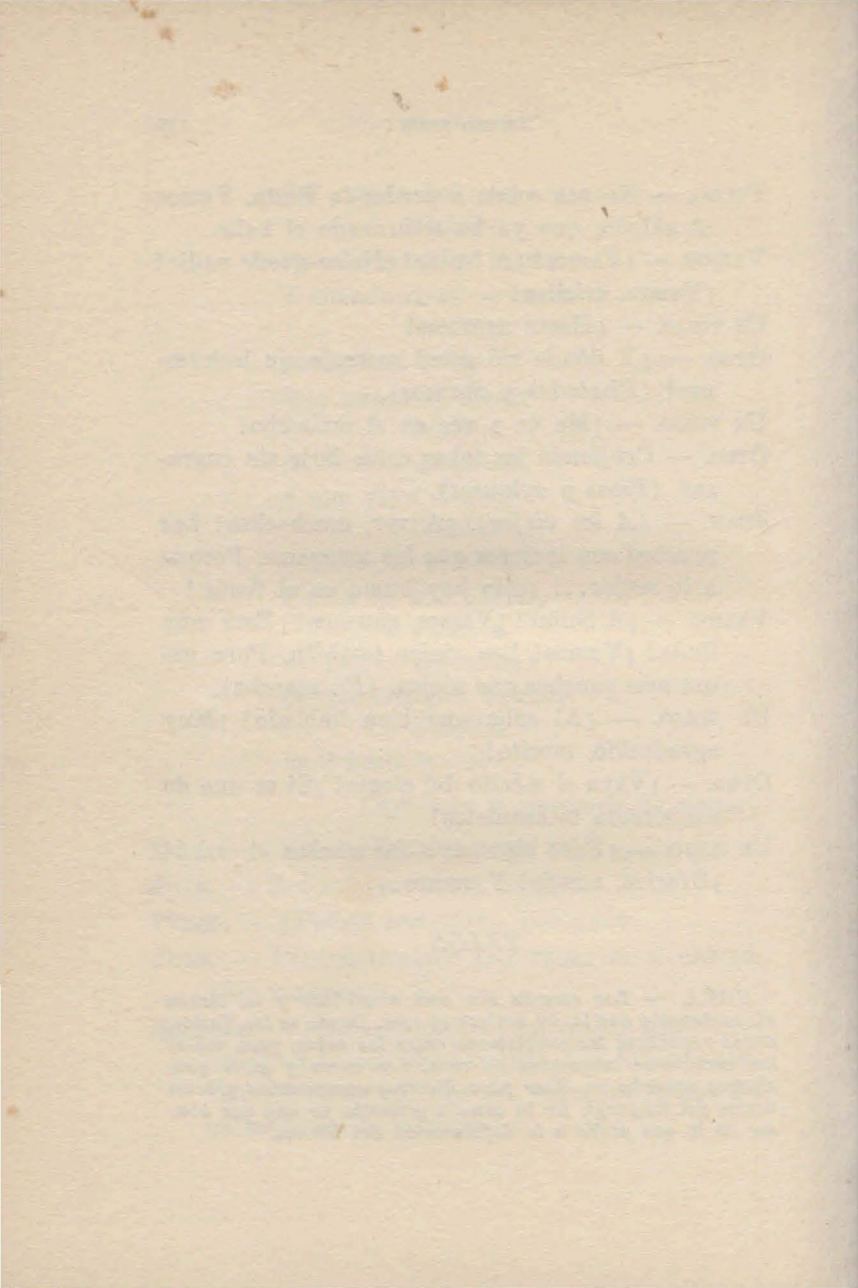
UN VIEJO. — ¡Al cabo uno bien hablado! ¡Muy agradecido, mocito!

OTRO. — ¡Vaya el mérito del elogio! ¡Si es uno de sus setenta tataranietos!

UN VIEJO. — ¡Para algo supo dar sombra el ombú!
¡Gracias, nomás! Y vamos...

TELÓN

NOTA. — Las escenas son casi alegóricas y no tienen otra intención que la de motivar el coro. Donde se lee Varios, deben repartirse las expresiones entre los niños, para evitar las monótonas respuestas en coro. Las voces y giros gauchescos servirán en clase para diversos comentarios previos acerca del lenguaje. En la escuela primaria no hay que abusar de lo que atañe a la deformación del idioma.



CUENTOS Y ANÉCDOTAS

СЪВЕЩАНИЕТО

LA VIEJA DE LAS UÑAS DE IMÁN

I

Si ya eres grandota, Laurita, ¿cómo te voy a contar ese cuento?

Cuando tenías tres años, para entretenerte, lo inventé.

Tanto lo repetí, que me pareció más cómodo no escribirlo.

Y así ocurrió. Porque antes yo arreglaba los episodios o escenas a las circunstancias. Era mayor la tarea.

Si te ibas durmiendo, porque el cuento resultaba especial para eso, apresuraba el resto...

No es un cuento moral en el sentido de los que ignoran que también es un asunto de ética hacer dormir a una niña mañosa sin zurrarla.

Pero las palabras son cultas todas.

El robo, por lo demás, en el país en que esto ocurrió, es simple prueba de ingenio, como en los tiempos heroicos de Grecia o de Roma.

El fin, además, viene con la perniciosa tesis de Maquiavello, a justificar los medios...

¡Ah! ¡Calma! Es verdad. Cuando tenías tres años no te decía esto. ¡Imposible! Entonces, sin otro afán que el hacerse entrar plácidamente en el reino de Morfeo, comenzaba:

II

Había una vez un herrero muy pobre y muy bueno que destinó la mayor parte de lo suyo para servir a los amigos, reservando algo para atender a las necesidades de sus hijos, y finalmente, pagar los remedios de su esposa hasta el día del fallecimiento.

La vejez — cosa que él no había advertido en el afán de trabajar sin descanso — se le vino encima durante un otoño.

Se acostó enfermo, y cuando después de dos semanas se levantó con hambre y sed, porque todo se le había consumido y nadie lo había auxiliado, sintió que las piernas le flaqueaban.

Tenía la espalda muy encorvada. La barba y la cabellera competían en color con las cenizas de las últimas brasas de un tronco de paraíso.

El frío lo hacía temblar. Cuando daba fuego a la fragua, era para calentar su cuerpo, pues ya le resultaba penoso levantar el martillo. Tampoco tenía otra cosa que el yunque para machacar.

—¡Malo, malo esto! — murmuró. — ¡Si viniera alguno de mis hijos!...

Los hijos estaban muy lejos.

Uno, casado con la única heredera de un rico estanciero, se había radicado en París.

Otro... ¿Dónde estaba el otro?

El no lo sabía. El muchacho salió muy niño a vender diarios para comprarse el pan que él no le pudo dar, cuando enfermó la esposa, y no volvió más.

Treinta años pasaron.

El herrero, no obstante, cada vez que en la calle gritaban: “¡Diariooo!”, corría a ver si el canillita era su Pedrín, el regalón.

Una noche, mientras se consumía un cabito de vela, dejando a obscuras la cueva en que vivía guarecido por algunas chapas y materiales enmohecidos que se amontonaban en desorden, sintió una voz cavernosa, que le decía:

“¡Trabaja, trabaja! ¡No eres viejo si piensas en tus hijos y guardas el recuerdo de tu compañera! ¡No eres viejo si no reniegas contra Dios ni achacas tu adversidad a los vecinos!...”

El herrero se alegró, porque aquello le halagaba. Pero en seguida pensó: “¡Sí, trabaja! ¿En qué?...”

Un rumor de pasos le obligó a incorporarse.

—¡Ave María! — dijo una voz en las tinieblas.

—¡Adelante! — fué la respuesta, sin titubear.

Era un hombre joven. No obstante el polvo que le cubría el rostro y los desgarrones sufridos por su ropa, denotaba ser una persona de buena condición.

Al pasar el puente, junto al paso-nivel, se le habían caído todas las piezas del auto como por obra de encantamiento.

No hablaron del precio, pero el herrero corrió diligente. En realidad, le parecía que el deseo de servir, más que el de lucrar, le había enderezado el espinazo y endurecido la voluntad. Mientras el joven tropezaba en todo, él parecía ver en la obscuridad, pues hallaba muy fácilmente las piezas, y tan ágiles sentía sus manos, que creía que las tuercas y los tornillos iban solos a sus sitios.

—¿Sabe que nunca he visto un hombre más activo e inteligente que usted? — díjole el joven. — Yo creí que me iba hallar aquí el amanecer... ¡Usted lo ha hecho todo en media hora!

El herrero mismo se asombraba de su acierto.

Como no se atrevió a poner precio a su trabajo, dijo, respondiendo al común “¿Cuánto le debo?”:

—Lo que usted guste.

Cuando al alba extendió el papel que el joven le echara en la mano, creía que el sol enviaba demasiado temprano sus rayos, dorando lo que supuso diez pesos.

—¡Cien! — se dijo mirando mejor. En seguida pensó: — ¡Si mi hijo de París hubiera empobrecido!... ¡Si Pedrín estuviera preso!... ¡Ah! ¡Ella!...

Corrió con un hermoso ramo de flores al cementerio.

Al regresar lo esperaban diez clientes. Todos decían esto: "El príncipe, que visita de incógnito el país, nos dijo que usted es el mejor herrero del mundo".

Pensó que no tenía herramientas para arreglar a tanto coche primoroso, mas el taller estaba repleto.

No dijo nada. Se pasó la mano por la frente. Creyó que acaso en sueños había ido él mismo a la ferretería.

Bien. No tenía tiempo que perder.

Los coches fueron pasando uno a uno. Algunos se componían sólo con cruzar por debajo del galponcito que hacía de taller.

El dinero llenó los bolsillos del viejo.

Volvió a pensar en sus hijos.

Durmió muy bien esa noche y soñó cosas fantásticas, viajes por las nubes y el regreso a su niñez dichosa.

La voz "Trabaja, eres joven, porque eres bueno", lo había despertado alguna vez.

Muy temprano ya llamaban a la puerta de su taller.

El trabajo fué enorme, fácil y rendidor.

Todos manifestaban que las piezas se les desprendían al pasar el puente, y que el príncipe incógnito les recomendaba al herrero.

El tiempo corrió sin alternativas. La cueva se convirtió en el establecimiento mecánico más im-

portante de la región. Millares de obreros se ganaban allí el sustento.

El herrero tenía ya ochenta años. Su hijo rico de París, murió sin verlo. Pedrín, plegado a una expedición al interior del Brasil, no había vuelto más a los centros civilizados.

Cuando el hombre sintió que la muerte rondaba a sus espaldas, se dijo:

—¿A quién puedo dejar todo esto?

Anocheceía bajo la lluvia.

Una viejecita achacosa llegó penosamente hasta el "chalet" donde el herrero veraneaba.

Los sirvientes se aprestaban a negarlo y a despedir a la pobre mujer.

Él lo advirtió a tiempo, y gritó:

—¡No! ¡Adelante, buena mujer!

Me recuerda usted a mi santa madre.

Repóngase allí y pida lo que desee.

—¡Gracias! — sólo dijo.

Los sirvientes corrieron con mantas, ropas limpias, platos tibios y vinos reconstituyentes.

Observó el herrero que la anciana ocultaba las manos en unos trozos de piel sin curtir.

—¿Quiere usted curarse, si está enferma?

—No, señor.

—¿Quiere reemplazar sus guantes por estos míos, que ya han suavizado a mis manos callosas?

—¡Gracias! ¡Gracias!

—Pida, buena anciana, y disponga del mejor

apósito. Elija su ayuda de cámara entre toda mi servidumbre. Quiero volcar en su noble vejez la gratitud inmensa que debo a mi madre y a quien me haya brindado tanto bien.

La viejecita eligió el cuarto más pequeño y el lecho más modesto.

Arregló todo con sus propias manos y se encerró.

Al día siguiente llamaron inútilmente los sirvientes a la puerta.

Era la hora del almuerzo.

Volvieron a llamar. Se dió aviso al señor.

El señor entendía de cerrojos. Una lima, un cortafierro... y ¡zás!: la puerta abierta.

No había ni rastros.

Los ojos de los sirvientes se agrandaron.

Una moza supersticiosa pensó:

“La muerte busca a nuestro amo”.

El herrero se puso disimuladamente en el bolsillo un sobre que halló sobre el velador.

En su escritorio leyó el contenido: “Yo soy para unos, los que todo lo pierden porque son ociosos y malos, “La vieja de las uñas de imán...” Para otros, la misma vieja, pero en lugar de llevarles lo que tienen, les busco lo que desean, para que empleen bien su tiempo y hagan caridad.

“No me saqué los guantes por no sustraerte lo que tu trabajo y tu honradez te han dado, tras la misteriosa ayuda de mis artes.

“Mañana, al anochecer, recompensarás con toda

tu fortuna, en lugar de a mí, a un hombre aun joven que salió un día a buscar su pan y el del ser que más quería, extraviándose primero entre los hombres malos y después en las selvas de un lugar desconocido”.

Nada dijo el anciano. Guardó la esquila. Bebió su café. Rezó su oración y durmió tranquilo.

Llamaron al alba. Abrió...

—¡Padre! — gritó el hijo.

—¡Pedrín! — respondió el padre.

Era la última pieza que faltaba al mecanismo de su existencia para ser completamente feliz.

¿También te has dormido ahora, Laura, a los diecisiete años?

¡Son lindos mis cuentos!

¿YO COETÁNEO?

Hace mucho que ocurrió esto en Dolores. En corro de amigos era escuchado el doctor X, que había llegado en esos días, después de una ausencia de treinta años. Encarándose alegremente con uno de los que acostumbraban a restarse hasta diez primaveras, le dijo:

—Vea: usted ha de ser uno de mis coetáneos.

El interpelado respondió bajo y algo confundido:

—No sé... Tal vez... ¿Le parece?

Alguien, más perspicaz, que formaba en el corro, y que conocía la capacidad mental de todos, apartó discretamente al "coetáneo" y le habló así, al oído:

—¡Pero que había sido infeliz, mi amigo!

—¡Por qué? — respondió aquél, sorprendido.

—¡Por qué? ¡Todavía pregunta? ¡Dejarse llamar coetáneo!

Intrigado el hombre, interrogó:

—¡Y qué quiere decir eso, *che*?

—¡Para qué se lo voy a decir! Es una palabra extranjera que significa algo más feo que... (Aquí dijo una expresión imposible de anotar).

—¡Si será canalla! — gruñó el "coetáneo" —. Esta no se la perdono.

—¡Claro! — le atizó el otro.

El "coetáneo", muy de mal humor, volvió hacia donde estaban todos, e interrumpiendo bruscamente al doctor X., casi le gritó:

—¡Ajá! Con que yo he sido su coetáneo, ¿no?

—Sí — dijo el doctor, despreocupadamente.

—¡Yo coetáneo suyo?... ¡Más coetáneo será usted, su...!

La carcajada del bromista sacó del asombro a todos. Pero no sin trabajo se pudo calmar al ofendido, restableciendo la santa alegría de los buenos amigos que anudaban viejos recuerdos en amenas charlas.

EL QUE DOMÓ AL DIABLO

Mi hermano, que si alguna vez miente no lo hace tan mal, me refiere que andando por el partido de Villegas, oyó el relato que va a continuación, y que las gentes de por ahí daban por muy cierto:

Un estanciero de los más acaudalados del lugar había ofrecido a un núcleo de porteños el clásico espectáculo criollo de la doma de potros.

Después de las jineteadas de cuantos quisieron hacerlo, pondría broche de oro a la reunión el gaucho González, mentado por sus hazañas en muchas leguas a la redonda. Era éste un hombre joven, fornido, de un valor y de una serenidad a toda prueba. Nadie le había visto caer jamás del caballo, a no ser en una "boleada" o "rodada", pero siempre de pie, con las riendas en las manos y aun echando una pulla a propósito del suceso.

El patrón pensaba lucirse con su domador. No era tampoco otra la aspiración de González, quien durante la semana anterior se había ensayado en los ejercicios más arriesgados, saliendo victorioso de todos.

Las damas y los caballeros de la capital se hallaban maravillados ante la destreza y coraje de la mayoría de los gauchos.

El patrón previno que eso era nada, y que ya verían a González. En ese momento venía el gaucho

trayendo una manada de las que jamás han entrado al corral.

Los compañeros de González referían que éste, en el afán de lucirse, decía a cada rato:

—¡Siquiera me tocara jinetear al mismo diablo!

Cuando después de mucho trabajo se consiguió encerrar a la manada cimarrona, comenzaron los entendidos a calcular cuál sería el mejor potro, esto es, el más bellaco y bravo.

En seguida llamó la atención de todos, un animal renegrido, lustroso, que daba bufidos y que parecía de elástico al girar de un lado para otro. Aunque ya era potro hecho, se hallaba orejano. Esto revelaba que jamás había entrado en brete alguno ni había probado el tirón del lazo.

—¡Ese, patrón! — dijo regocijado González.

—Ese — le respondió el dueño. — Y te lo doy si no te voltea.

—¡Qué me ha de voltear! ¡Ni aunque fuera el diablo! ¡Y mejor si lo fuera!...

Con gran trabajo, pero sin cansarlo, consiguieron amarrar al terrible animal a un palenque. Le pusieron las caronas y ni mosqueó.

—¡Caray! — gritó el gaucho. — ¡Me parece que es más manso que un borrego!

Después que montaron los dos “apadrinadores”, clavóle González las espuelas y lo castigó con alma y vida, de derecho a izquierda, por la barriga.

—¡ Oh! ¡ Pero éste es un matungo! — gritó.

—¡ Castíguelo más! — insinuó el patrón.

González se le afirmó con rabia hasta por la cabeza y le hizo jugar las “lloronas” desde el pecho hasta los cuartos.

El obscuro, entonces, salió al galope. Al rato corría campo afuera sin dar un coreovo. Y, finalmente, era tal su furia en dirección a unos médanos, que dejó lejos, pero muy lejos, a los “apadrinadores”, no obstante que iban admirablemente bien montados.

Un instante después se veía al jinete agitando sin cesar el rebenque sobre lo más alto del médano. Parecía que las patas del animal no tocaban el suelo. Al momento desapareció la silueta ecuestre del gaucho, y sólo se divisó a los “apadrinadores” acercándose y luego subiendo por la falda a todo galope.

Lo que estos dos paisanos relataron asombró a todo el mundo. Al bajar hacia el lado opuesto, aun pudieron divisar al bruto infernal que huía, como suspendido en el aire. González estaba ahí nomás, junto a unas matas de paja brava, sobre el recado, con las riendas en una mano y el rebenque en la otra, azotando los pastos, clavando las espuelas en la tierra y gritando:

—¡ Y había sido el diablo! ¡ Pingo, pingo, vamos!

Los “apadrinadores” volvieron con el gaucho maniatado. Sólo así podían dominar su locura. Al

ver al estanciero, lleno los ojos de lágrimas, en un instante de lucidez, gritó González como antes:

—¡Había sido el diablo, patrón!... ¡Sólo el diablo me ha volteado! ¡El diablo, el diablo!...

“SAL, PORQUE TE VI”

Una señora anciana de Buenos Aires, cuyos nietos son médicos, diplomáticos y abogados, tenía la costumbre de registrar su casa todas las noches antes de acostarse, hurgueteando los rincones con el bastón, mientras decía al azar:

—¡Sal, porque te vi!... ¡Sal, porque te vi!...

Nada le había ocurrido en su existencia larga, y su costumbre se había convertido en la burla de los íntimos.

La viejecita, entretanto, no se acostaba sin poner en práctica su ingenua precaución.

Una noche cualquiera en que todos se habían ido al club o al teatro, la señora comenzó a recorrer las piezas y escondrijos, diciendo:

—¡Sal, porque te vi!... ¡Sal, porque te vi!...

De repente, al hurguetear debajo de una cama repitiendo su estribillo, vió, con un asombro que rayó en pavor, incorporarse a un forajido que, dándole un empellón, le dijo al huir:

—¡Si me has visto, no me quedo, vieja del demonio!

CON LOS MUERTOS NO SE JUEGA

La prueba más terrible para aquilatar el coraje de un paisano, es preguntarle si se anima a entrar en un cementerio a las doce de la noche.

Después de beber muchas copas, un individuo había apostado que entraría en el cementerio, y de acuerdo a lo convenido, pegaría tres puñaladas sobre la tierra donde se había sepultado a una persona ese día.

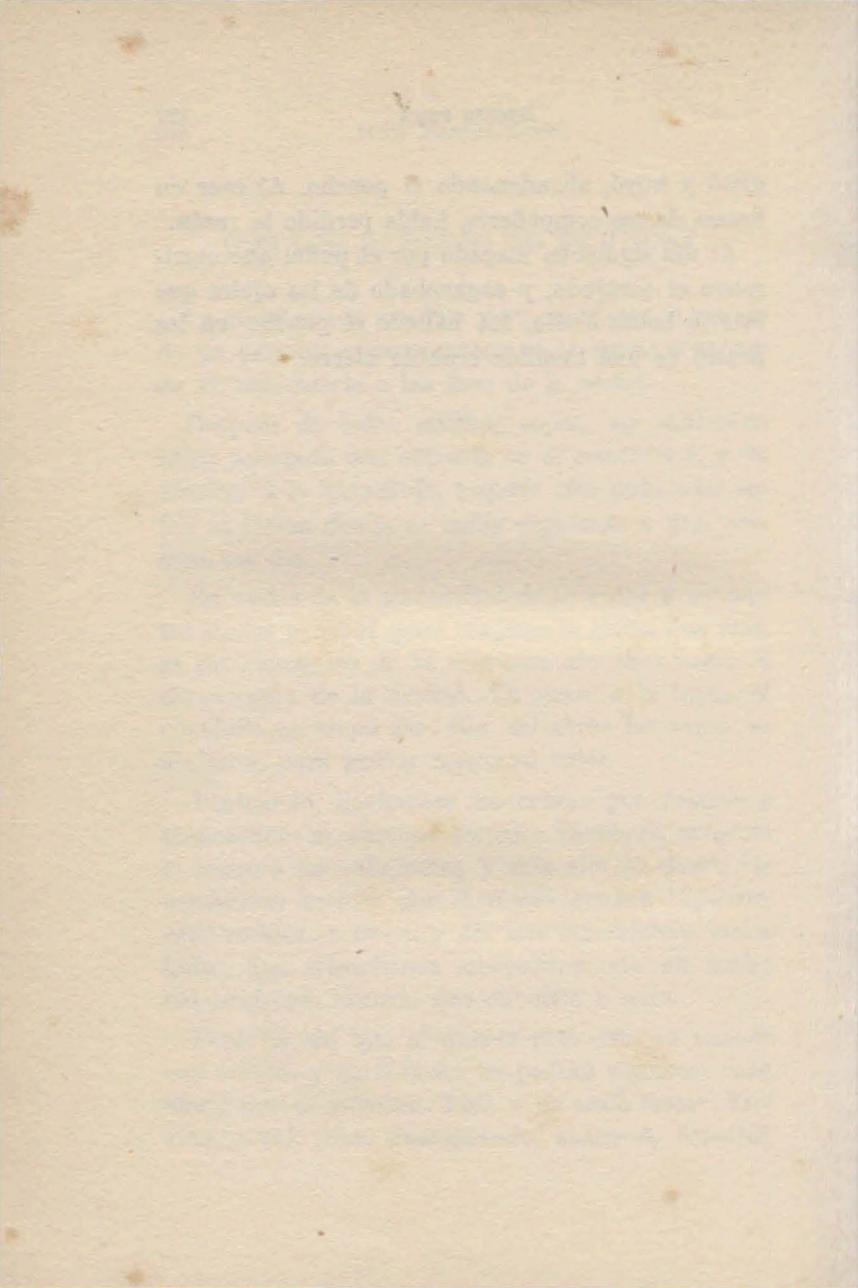
En medio de la obscuridad de la noche y envueltos en sus ponchos, para atajarse la garúa que caía, se dirigieron los de la aventura macabra hacia el camposanto de la ciudad. Ya junto a la tapia, el corajudo se trepó por ella, mientras los otros se alejaron, para probar mejor su valor.

Tanteando, llevándose las cruces por delante o tropezando en algunos despojos fúnebres, atravesó el hombre las callejuelas, y más allá de donde las casuarinas heridas por el viento gemían lúgubres, echó rodilla en tierra y dió tres formidables puñaladas, que retumbaron misteriosamente en medio del profundo silencio que envolvía a todo.

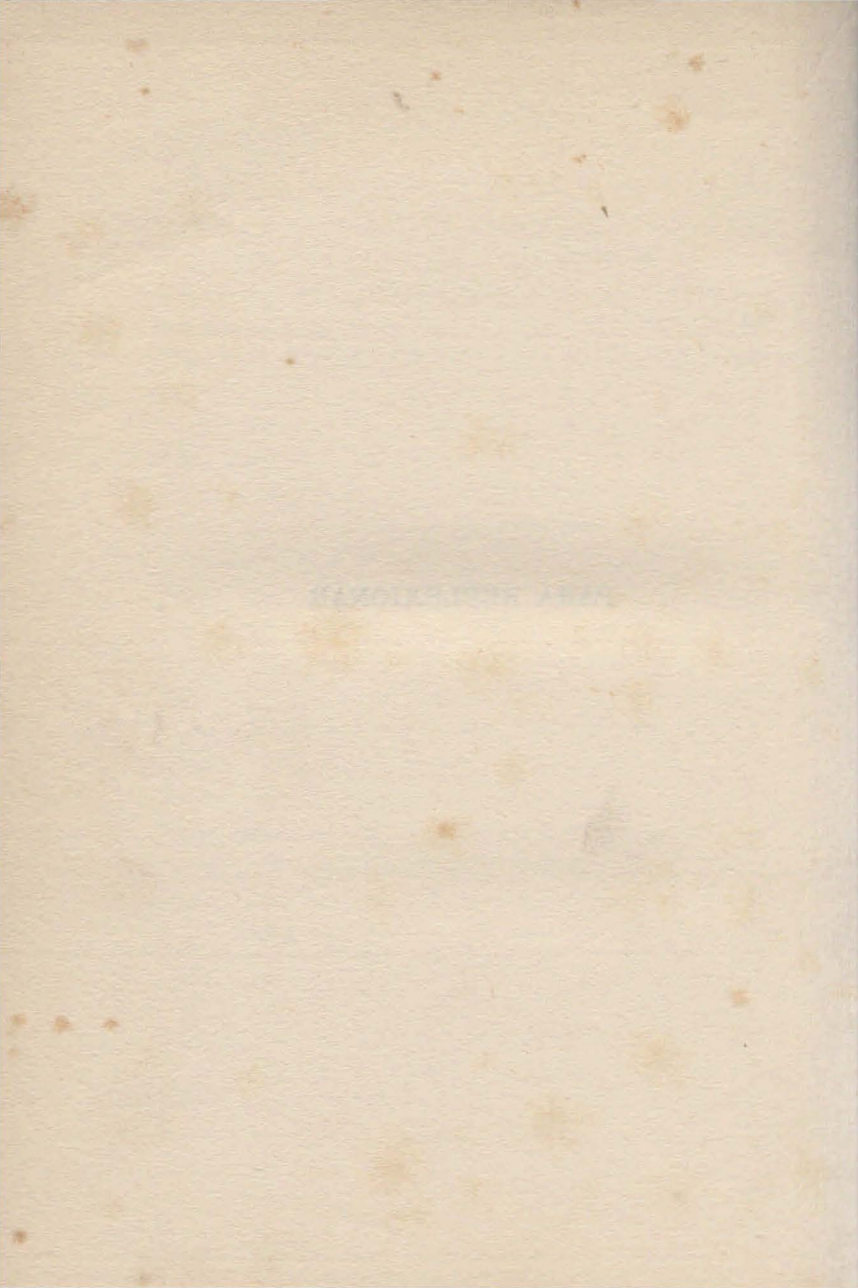
Pero he ahí que al querer retirarse, ya cuando sus nervios y su corazón no podían aguantar más, sintió que lo retenían. Tiró, y no pudo andar. Tiró más y fué peor. Desesperado, entonces, forcejeó,

gritó y huyó, abandonando el poncho. Al caer en brazos de sus compañeros, había perdido la razón.

Al día siguiente, rasgado por el puñal que esgrimiera el corajudo, y enganchado de los ojales que éste le había hecho, fué hallado el poncho en los brazos de una humilde cruz de hierro.



PARA REFLEXIONAR



El niño que sin interés particular piensa en el buen nombre de su escuela, será mañana un excelente ciudadano de su patria y un honrado obrero de la felicidad universal.

El dolor con que la verdad parece punzarnos, es capaz de obrar como depurativo moral, dignificándonos.

Quien no siente admiración por los grandes hombres, revela una lamentable inferioridad espiritual.

Ninguna niña sensata ha de creer que sus virtudes se afirman con la exclusiva ocupación personal de limarse las uñas o lustrarse el calzado.

No es un buen amigo el que nos llena la bolsa y nos empuja hacia un despeñadero.

Un rayo de sol produce en la escarcha el mismo efecto que la verdad frente a la calumnia.

Donde falta el buen corazón, están demás las profundas reflexiones.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Más que los consejos de cien teorizadores vale, para nuestra guía, la experiencia de un hombre sensato.

Ser hombre es obligarse a muchas horas de labor honrada y a practicar diversas virtudes.

El miedo infundado privó a muchos hombres de la fortuna, de la libertad y aun de la gloria.

El trabajo honrado que se emprende a tiempo es la tabla salvadora que la suerte o la Providencia pone junto a la mano del náufrago que ya iba a perecer.

La gloria que alcanzaron nuestros abuelos no es para aumentar nuestro orgullo, ni debemos creer que la libertad que nos dieron los mismos es para que nos entreguemos al desorden o al vicio.

El oro con que sueñan los ambiciosos, suele hallarlo, sin bajar a ningún abismo, el hombre que no cesa de remover y vigilar su era.

La transformación del lodo en objetos de arte, puede servir de ejemplo a los que no significando nada, perseveran en el estudio para ser algo.

El que lee lo bello y medita acerca de lo bueno,

hace de cuenta que vive alerta, divisando hacia todos los caminos del mundo.

La alegría del mañana dependerá de la previsión del hoy.

La ancianidad venerable es siempre una página de historia o un ejemplo de experiencia que conviene a la niñez.

Miremos los defectos ajenos como a un preciado objeto cuya posesión no nos deberá tentar jamás.

La virtud del respeto a los demás se completa con el afán de hacerse digno de igual consideración.

Un vistazo al pasado suele abrir los grandes caminos del porvenir.

Un verso, un canto o una oración hace tanto o más bien al hombre que el banquete más suculento.

El pueblo que no guarda ni siente su tradición, se parece a esas personas que olvidan la casa paterna o los consejos íntimos que modelaron su corazón y su espíritu.

La contemplación de la naturaleza en sus aspectos mejores, hace a los hombres más sabios y buenos.

La falta de información sería desvirtúa los hechos y sirve de base a la calumnia.

La terquedad de muchos ignorantes suele quedar derrotada frente al microscopio o a cualquier otro instrumento científico.

Quien educa su mano, serena generalmente su espíritu y templa su carácter.

Un hogar bien organizado significa, dentro de la sociedad, lo que un sillar bien puesto en los cimientos de un castillo.

Los sentimientos más grandes se reflejan con más nitidez en las almas sencillas.

El progreso no aborrece al pasado aunque trate de superarlo.

La vejez que se honró en las labores, es una página nutrida de buena experiencia.

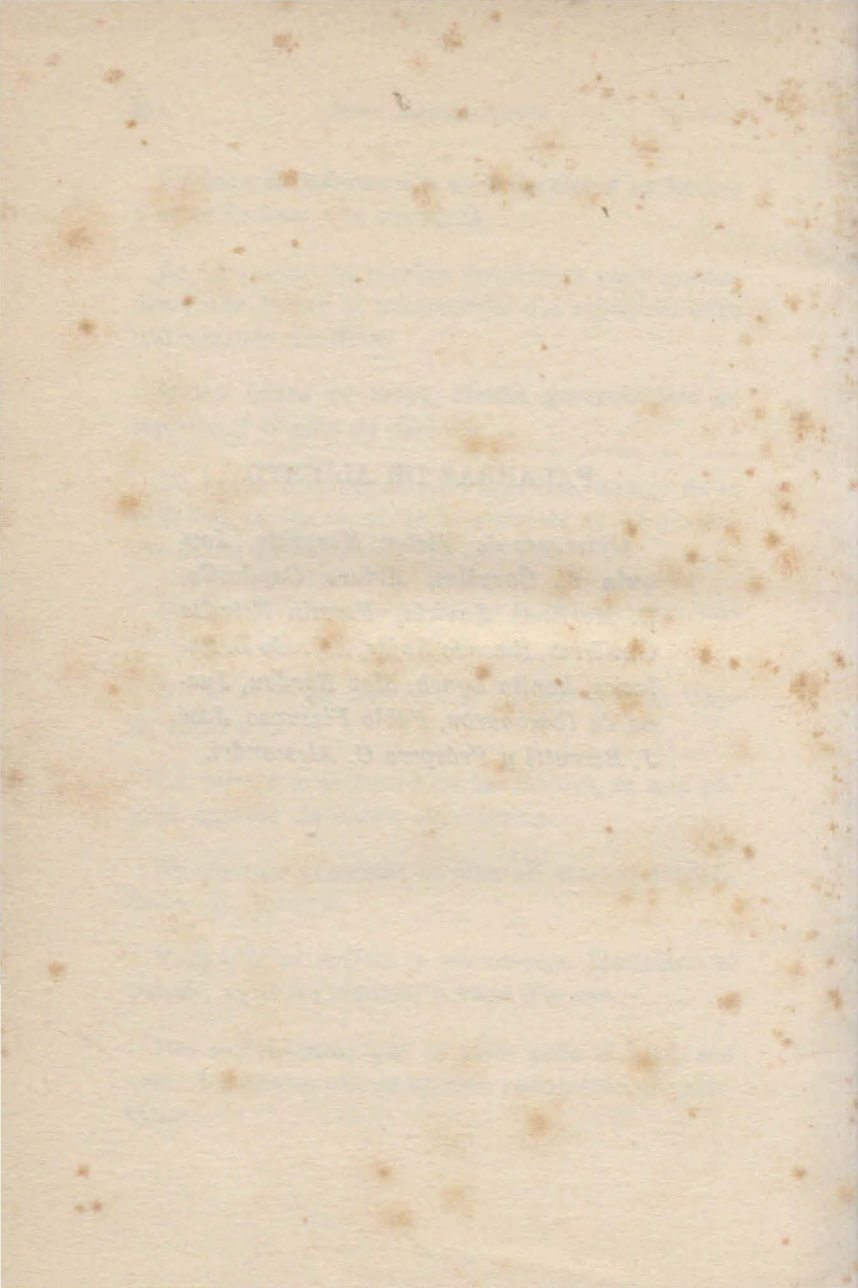
No siempre armoniza el plumaje con las modalidades del instinto.

Vida que se detiene a contemplar demasiado el pasado, es fruto maduro o vano que cae.

Dos sentimientos que se unen para el bien, son como dos brazos que se oponen reciamente al infortunio.

PALABRAS DE ALIENTO

Opiniones de Víctor Mercante, Joaquín V. González, Arturo Capdevila, G. Martínez Zuviria, Fermín Estrella Gutiérrez, Ricardo Rojas, Alfredo L. Palacios, Benito Lynch, Max Nordau, Juana de Ibarbourou, Pablo Pizzurno, José J. Berrutti y Próspero G. Alemandri.



PALABRAS DE ALIENTO

Por circunstancias difíciles de precisar, la escuela de Cotta recuerda el Shantiniketón de Rabindranath Tagore, perdida, como la del poeta hindú, en la tranquilidad luminosa del arrabal, bajo el oro de la luz del sol, entre las alegorías de la brisa pampeana, dueña de la modesta casa de amplio fondo en la que Cotta educa. — VÍCTOR MERCANTE.

... Aquélla ("La ofrenda del maestro"), es una labor colosal, bella y bien inspirada y escrita en estilo atractivo y propio de su objeto. Un grande y no usado concurso para la escuela, que usted procura elevar por la poesía a su concepto de la más alta función social y humana. (Agosto 7 de 1922). — JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

Todos sabemos en Buenos Aires que hay en La Pampa (1) un educador, un pensador, un poeta que vela por los más puros ideales de la patria. Ese

(1) El autor es actualmente director de la Escuela Normal Mixta de Quilmes (Buenos Aires).

educador, ese pensador, ese poeta, es usted. No seré yo quien se lo descubra, pero sí puedo ser el que le lleve la persuasión de la alta estima con que se sigue en esta capital su obra tan digna y tan bella. —
ARTURO CAPDEVILA.

Sin tiempo para formular un juicio minucioso, me limito a transmitirle la deliciosa impresión que me han producido sus versos, de armonía clásica, la única posible armonía mientras conservemos el tímpano que Dios nos ha dado, y su prosa clara, firme, limpia y vigorosa, con finalidades realistas que revelan una potente imaginación hermanada con una visión directa de las cosas. —
G. MARTÍNEZ ZUVIRÍA.

En uno y otro libro se advierte al escritor sincero y al maestro de noble corazón, que pone por encima de todas las cosas, la suprema sabiduría del bien. —
FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

He leído sus dos libros: el de versos, que tan bien refleja las virtudes de su alma, y el de cuentos, que tan bien pinta hombres, anécdotas y paisajes de la región en que ahora realiza su destino. Deseo que le reconozcan su noble labor los pampeanos. —
RICARDO ROJAS.

Le sigo con honda simpatía en su noble labor intelectual. —
ALFREDO L. PALACIOS.

No solamente están sus libros escritos con la propiedad y soltura de su pluma largamente experimentada, sino que tienen el sabor inconfundible de las cosas vividas. — BENITO LYNCH.

Votre conception de la vie, votre éthique, votre code des devoirs du cœur, de l'esprit et de la volonté sont ceux d'un esprit libre en même temps que discipliné, universel en même temps que national et patriote, fier en même temps que modeste, indépendant en même temps que solidaire et social. Avec ces principes, on forme des hommes autonomes et fermes devant les responsabilités individuelles et des bons citoyens pour les tâches collectives. — MAX NORDAU.

Es usted cosa rara, pues esto raramente se ve junto: buen poeta y buen escritor. — JUANA DE IBARBOUROU.

Leyendo su edificante disertación, se me ocurrió preguntarme: ¿Dónde, en qué institución, con qué profesor, en qué ambiente se ha formado este maestro? Y me di la respuesta casi seguro de no equivocarme: Este hombre es un autodidacto, hijo de sí mismo. — PABLO PIZZURNO.

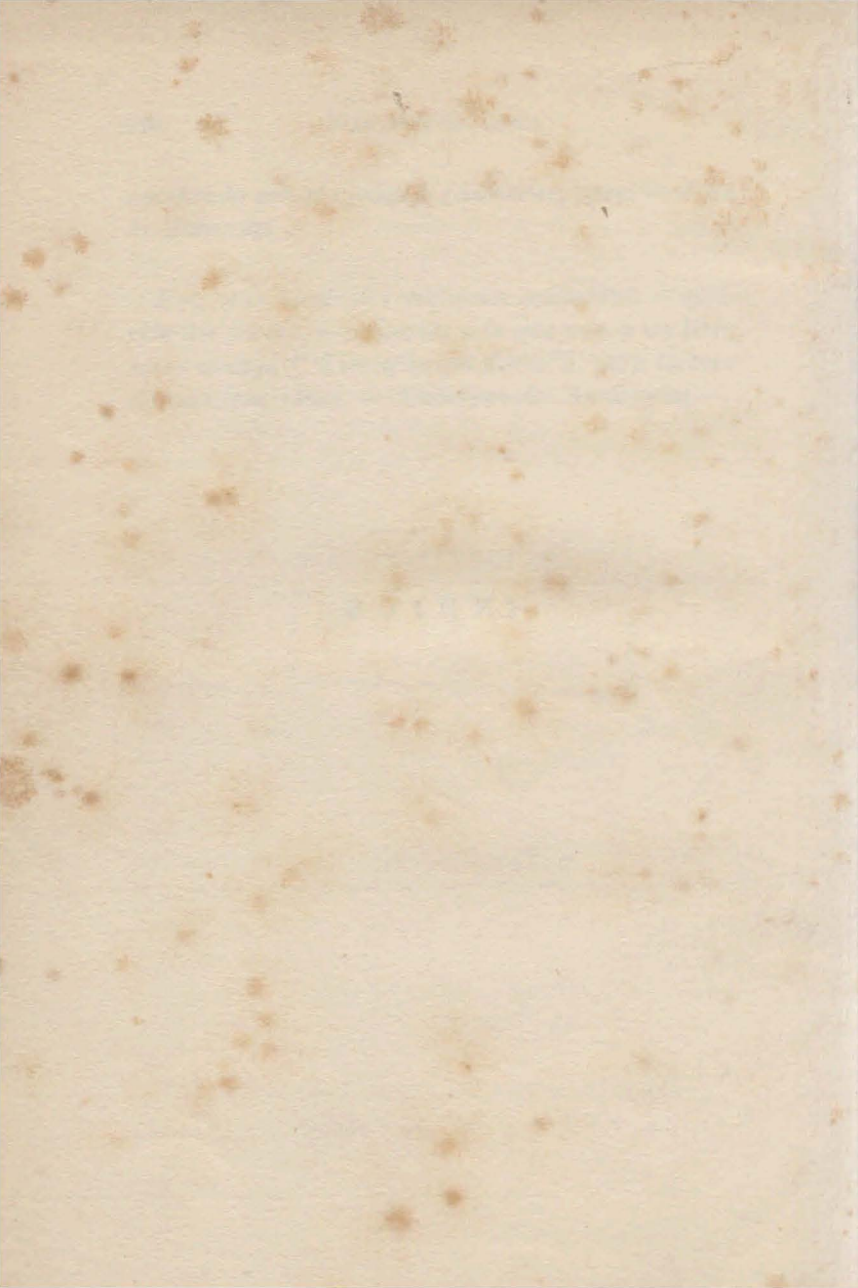
... Permítame felicitarle por su nuevo y sentido libro, que he leído con verdadero placer. Sigue usted

enseñando con el ejemplo. ¡Adelante, pues! — JOSÉ J. BERRUTTI.

Hoy, que ideologías malsanas conturban el espíritu del obrero, necesitamos más que nunca un libro como el suyo ("Tierra hospitalaria"), para lectura de nuestros niños. — PRÓSPERO G. ALEMANDRI.



Í N D I C E



ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Prólogo	9
EL POEMA DEL HOGAR	
Los versos de Laura Beatriz	15
Otros versos de Laura Beatriz	16
Nono	17
Los versos de Juan Ángel	18
Doña Luna	19
Los versos de Blanca Helena	20
Canción	21
Los versos de Roberto Horacio	22
La suerte de los malos	23
Caballito de madera	24
UN POQUITO DE TODO	
Ta - Te - Ti	29
Copito de nieve	30
La bandera	31
Día de Reyes	32
Motivo rural	32
Pompa de jabón	33
Campanita escolar	34
La caballería gaucha	36
Batalla de Caseros	38
A San Martín	39
En busca de una madre	41

	<i>Pág.</i>
Combate de San Nicolás	42
La canción de las plantas	44
Güemes	48

FÁBULAS E HISTORIETAS

Los dos capitanes	53
Nuevo juez de un viejo pleito	54
El pedestal del águila	57
El muñeco sabio	58
Cómo aplauden los perros	60
Rata, Ratón y Ranún	60
Polilla	66

MONÓLOGOS

El Día de la Madre	71
El sabio	74

DIÁLOGOS

La mariposa y el rosal	81
Los libros no tienen sueño	87
El sapo azul	92
Gobernar	98
El Día del Camino	105
El viaje	111
El caracol y la tortuga	114

RELACIONES

Para el pericón	123
-----------------------	-----

ALEGORÍAS Y COMEDIAS

En el Día de la Patria	129
El ahorro	133
El Día del Árbol	139

	<i>Pág.</i>
Las dos muñecas	143
Cuadro del alcoholismo	150
El hombre fuerte	156
Matriculando al primogénito	163
Coro gauchesco	175

Cuentos y Anécdotas

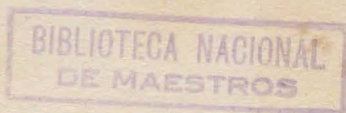
La vieja de las uñas de imán	183
¿Yo coetáneo?	190
El que domó al diablo	192
“Sal, porque te vi”	195
Con los muertos no se juega	196

PARA REFLEXIONAR

Para reflexionar	201
------------------------	-----

PALABRAS DE ALIENTO

Palabras de aliento	207
---------------------------	-----



Este libro acabóse de imprimir el
día 15 de Julio de 1938, en los

TALLERES GRAFICOS
ROMANO Y JUNIOR

Carlos Calvo, 1136
Buenos Aires



